EL

EVANGELIO MEDITADO.

III.

PARIS, IMPRENTA DE MOQUET Y COMP.,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO TERCERO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE BAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_o3o4

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION LXI.

SANA JESUCRISTO UN LEPROSO.

S. Mat., c. VIII, v. I, IV. — S. Marc., c. I, v. XL, XLV, — S. Luc., c. V, v. XII, XVI.

Meditemos lo primero el estado de este leproso: segundo, su conducta: tercero, lo sana Jesucristo: cuarto, lo que se sigue á este milagro: todos estas cuatro circunstancias se merecen nuestra consideracion.

PUNTO PRIMERO.

Estado del leproso.

«Y habiendo bajado del monte, lo siguieron muchas turbas... y vino á él un leproso...» Ninguna cosa representa mejor el estado del pecado, que el estado de la lepra. En la enfermedad de este infeliz podemos reconocer la de nuestra alma.

3800

Lo primero. *La lepra es un mal horrible en sí mismo.*—El miserable, de quien hablamos, estaba todo cubierto : causaba horror á todo el mundo , y se lo causaba á sí mismo, de suerte que no se podia sufrir. — Siendo todo pecado una mancha del alma, debo reconocer que estoy del todo cubierto, porque mi vida es una cadena de pecados. ¡ Oh ! ¡ qué cosa seria yo á mis ojos , si pudiese ver las inmundicias que desfiguran mi alma! ¡ Qué cosa seria á los ojos de los hombres , si las pudiesen conocer ! ¿ Y qué seré á los ojos de Dios, que las está viendo, y conoce toda su deformidad ? ¿ Y me quedaré siempre en este estado, sin recurrir al médico que me cure ?

Lo segundo. *La lepra era un mal contagioso para los otros ;* pero lo es aun mas el pecado. Este se comunica por los ojos, por las palabras, por las acciones, y por los ejemplos, sin hablar aquí de aquellos pecados enormes, que deshonran la razon, y son tan comunes en el mundo , ¿ pensamos nosotros acaso, que nuestra disipacion, nuestra inmodestia, nuestra inmortificacion, nuestra irregularidad, nuestras impaciencias, nuestras quejas, nuestras antipatías, nuestras aversiones, nuestras murmuraciones, nuestros apodos, nuestras sátiras, y nuestra crítica nada tienen de contagioso para los prójimos?

Lo tercero. *La lepra es un mal menos funesto que el pecado en su contagio.* — Lo primero , porque el leproso comunicando su mal á los otros, no aumenta el suyo propio; y por el pecado, todos los que ocasionamos en otros, son tantas suciedades

que de nuevo caen sobre nosotros. Segundo, porque el leproso no aumenta su mal comunicando con otros leprosos; y por el pecado, aunque ya estamos manchados, se aumenta cada dia mas nuestro mal, comunicando con las inmundicias de los otros.--¡Ay de mí! Cuántos pecados nos comunican los otros, sin aquellos que nacen del fondo de nuestro corazon y sin aquellos que comunicamos nosotros! Llenos de confusion confesemos delante del Señor que son innumerables todos estos diferentes pecados, por los que nuestra alma se halla en el estado mas peligroso, si el médico celestial no se mueve á compasion.

Lo cuarto. *La lepra era un mal humillante para el que le padecia, porque era excluido de todo comercio con los demas hombres.* — No era lícito á un leproso habitar ó entrar en la ciudad, y estaba prohibido á todos el tocarlo: obligado á andar errante por las campañas, huyendo de él todo el mundo, apenas encontraba de qué sustentarse, y era necesario arrojarle desde lejos lo que se le queria dar por caridad. — ¡Ah! si me hubieran de hacer á mí justicia, ¿no deberia yo ser tratado tambien de este modo? ¿No deberia ser echado y arrojado de la sociedad de los hombres, como contagioso, despreciado y aborrecido de todo el mundo? ¡Ah! bien conozco que con mi mala conducta he obligado á tantos hombres justos y virtuosos á separarse de mí. Mis sentimientos sobre la religion, mis discursos contra el pudor y la caridad, mi índole altiva,

extravagante y colérica, mi manera de vivir mundana y disipada, y otros mil vicios de que soy esclavo. ¡Ah! bien conozco que alejan cada dia las almas timoratas de tener comunicacion conmigo.

PUNTO II.

La conducta del leproso.

« Y he aquí, que viniendo un leproso lo adoraba... Y puesto de rodillas le dijo... Señor, si quieres, me puedes limpiar... »

Examinemos menudamente estas circunstancias. Primera. *El leproso vió á Jesus.* En esto precisamente no consiste su mérito; fue un efecto de la bondad del Salvador, que con ofrecerse á la vista de aquel infeliz lo previno: su mérito consistió en considerar en Jesucristo aquel que por una multitud de curaciones venia anunciado por el Mesías, y por el Hijo de Dios: consistió en creer y esperar en él, y en comprender la felicidad que conseguiria con solo poder acercarse á él. Nosotros tenemos esta dicha, ¿pero cómo la comprendemos, y cómo nos aprovechamos? Jesus nos previene con miradas, con los rayos de su divina luz, con vivas inspiraciones, y por medio del santo deseo de dársenos se nos ofrece. ¡Ah! no apartemos los ojos de él para no verlo. Él es nuestro médico y nuestro Salvador: no pongamos la vista en otros objetos: él solo, y

ningun otro, nos puede salvar, purificar, y hacer felices.

Segunda. *El leproso va á Jesus.*—Apenas lo vió, se fué á él.—¿Qué pensamientos tenemos nosotros de ir á Jesucristo, de visitarlo, de estarnos con él en sus templos, y de recibirlo en su Sacramento? ¿De llamarlo en nuestra ayuda en las tentaciones? ¿Qué cuidado tenemos de recurrir á sus ministros, á quienes ha confiado su omnipotencia para sanarnos? ¡Ay de mí! en vez de ir á buscarlos, huimos de ellos, ó por lo menos vamos dilatando de dia en dia el recurrir á su ministerio. En vez de ir á Jesucristo, andamos por todos aquellos lugares por donde sabemos bien que no le encontraremos.

Tercera. *El leproso adora á Jesucristo.*—Acercándose al Salvador, se postró, y puso de rodillas delante de él para adorarlo... ¿Cómo estamos nosotros en la presencia de Jesucristo en sus templos, delante de su tabernáculo, ó cuando privadamente oramos, y le suplicamos? ¿Pensamos que estamos en la presencia de nuestro Dios, de aquel de quien solo podemos, y debemos esperar nuestra salvacion?

Cuarta. *El leproso suplica á Jesus.* — « Y poniéndose de rodillas, dijo: Señor, si quieres, me puedes limpiar... » ¡Breve, pero fervorosa oracion! ¡Cuántos sentimientos en estas pocas palabras! ¡Qué fe en la presencia del Salvador! ¡Qué confianza en su bondad! ¡Qué humildad! ¡Qué sumision á su santísima voluntad! Se reconoce indigno de la gra-

cia que pide, la espera de la pura liberalidad de Jesucristo, cree que puede concederla, que le basta solo quererla, y espera que lo querrá... ¿Por qué no oramos nosotros así para obtener la pureza de nuestra alma, principalmente en las tentaciones que padecemos? Despues de estas pocas palabras, el leproso siempre postrado á los pies de Jesucristo, esperaba la decision de su suerte. ¡Oh! ¡qué sentimientos se excitarian entretanto en su corazon! Sentimientos de un dulce gozo, ocasionado de la firme esperanza de quedar sano, y de verse bien presto purificado de su mal: sentimientos de un tierno amor de aquel Señor, de quien esperaba su salud con una resolucion firme de no separarse jamas de él, y de servirlo: sentimientos de temor á vista de su indignidad, como regularmente se experimenta cuando se espera una gracia grande, que no se merece; pero la bondad de Jesucristo no le hizo esperar mucho tiempo.

PUNTO III.

Sana el Señor al leproso.

« Y Jesus movido á compasion... extendió su mano, y tocándole, le dijo: *Quiero, está sano;* y repentinamente desapareció de él la lepra... » Observemos aquí en Jesucristo sus sentimientos, su accion, sus palabras, y el milagro que obra.

Lo primero. *Los sentimientos de Jesucristo.* — El sentimiento de Jesus á la vista del leproso no fue de horror, de desprecio, ni de extrañeza, sino de la mas tierna compasion. ¡Ah! aprendamos á conocer á Jesucristo, confusos y turbados por nuestras miserias temblamos algunas veces de ir á él, porque sabemos que es santo, y que es justo; pues sepamos aun mucho mas, y es: que es tierno, que es compasivo, y que inspira los mismos sentimientos á sus ministros, cuando ven un penitente que da pruebas de un verdadero dolor de sus pecados, y de un verdadero deseo de ser purificado de ellos. Vamos, pues, y enderecémonos á ellos llenos de confianza en las misericordias de nuestro Dios.

Lo segundo. *La accion de Jesucristo.* — « Extendió su mano, y tocó al leproso... » ¡O mano poderosa! ¡O tocamiento saludable! ¡Qué impresion hiciste sobre este miserable suplicante! Se llenaron de júbilo sus carnes, y su corazon. ¿No era bastante, o Señor, el sanarlo! ¿Era necesario tambien que vuestra sagrada mano tocase una carne inficionada de la lepra, que ni aun se podia ver sin horror? ¡O! ¡y cuán grande es vuestra bondad, o Dios mio! Ella os empeña aun ahora á venir á nosotros, aunque miserables, no solo para tocarnos; sino tambien para unirnos á vos, y servirnos de alimento.

Lo tercero. *Las palabras de Jesucristo.* — « Jesus tocándolo, le dijo: *Seas sano...* » Nuestra salvacion es cierta, luego que queramos, y hagamos de nues-

tra parte todo aquello que Dios nos pide, porque estamos ciertos de parte de Jesucristo de tu voluntad; porque su voluntad es omnipotente y porque no poniendo nosotros obstáculo, obtiene siempre su efecto. Seremos, pues, infinitamente culpables, si lejos de aprovecharnos de estas disposiciones de nuestro divino Salvador para sanarnos, limpiarnos, santificarnos y salvarnos, abusamos de ellas, resistiendo ó dilatándolo.

Lo cuarto. *El milagro que obra Jesucristo.* — Al pronunciar solo esta palabra: *Lo quiero*, *sé sano*, desapareció la lepra: aquel que se habia postrado leproso se levantó puro y limpio, sin mancha, y tan sano como si jamas hubiera tenido la lepra. — Tambien nosotros quedariamos purificados de este modo de nuestro orgullo, de nuestro apego á los bienes de la tierra, y á los placeres del mundo, de nuestra inmortificacion, de nuestras impaciencias; en una palabra, de la lepra de nuestros pecados, si con humildad y confianza nos encaminásemos á Jesucristo, si le suplicáramos y pidiéramos que nos mirase, que tuviese compasion de nosotros, que nos tocase y que nos hablase.

PUNTO IV.

De lo que acacció despues de sanar al leproso.

« Y le mandó que no lo dijese á alguno... Y le dice : guárdate de decirlo á nadie, mas ve, y preséntate al Príncipe de los Sacerdotes, y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moises en testimonio para ellos... Pero él luego que salió empezó á publicar, y á divulgar el hecho... Y mucho mas se extendia su fama, de suerte que no podia entrar descubiertamente en la ciudad, sino que se estaba fuera en lugares solitarios, é iban de todas partes á buscarlo... Y se juntaban muchas turbas para oirlo, y para que los sanase de sus enfermedades, mas él se retiraba al desierto á orar. » Jesucristo nos da aquí un maravilloso ejemplo de su obediencia y subordinacion á la ley, de su modestia en huir sus alabanzas, de su retiro, de su oracion, de su caridad y de su celo.

Lo primero. *Obediencia y subordinacion de Jesucristo á la ley.*—El leproso queria seguir á su bienhechor, y no abandonarlo jamas; pero Jesus no se lo permitió, antes le habló en tono severo, le amenazó, y le obligó á retirarse, para ir á presentarse al Sacerdote, que por orden del Sumo Sacerdote, y en su lugar, estaba encargado de verificar la sanidad de los leprosos, y de restituirlos á la sociedad civil. Le mandó tambien, que hi-

ciera la oferta que prescribia la ley, para que sirviera de testimonio á los Sacerdotes, y á todo el pueblo, de que la sanidad era perfecta.

Lo segundo. *Modestia de Jesucristo, y su atencion á huir las alabanzas.* — Le prohibió que dijese á alguno de quién, ni cómo habia sido curado la lepra... Pero el leproso obligado á obedecer á la orden de retirarse, no se creyó igualmente obligado á la de callar: manifestó su reconocimiento, publicando por todas partes el milagro, y este hecho hizo tanto ruido, que Jesus por aquel tiempo no se dejaba ver en la ciudad, por evitar los aplausos y aclamaciones de una gran tropa de admiradores.— El Salvador no temia la ostentacion, pero queria darnos un ejemplo de aquella humildad, que no puede ver por un momento las honras que se le dan, y esconde con diligencia el bien que hace por la gracia de Dios.

Lo tercero. *Retiro de Jesucristo, y su oracion.*— Los pueblos venian de todas partes para recibir las instrucciones y la sanidad de sus males; pero Jesus no se rindió á sus deseos, y se retiró á la soledad para atender allí á la oracion.—Los Superiores y los Pastores traen muchas mas veces las gracias necesarias á sus súbditos, y á sus rebaños por medio de la oracion, que por el de sus discursos, ¿y dónde se puede orar mejor, y con mayor fruto, que en el silencio y en el retiro?

Lo cuarto. *Caridad y celo de Jesucristo.* — Cuando el Pastor deja su pueblo por atender á la ora-

cion, el pueblo ni se escandaliza, ni se desanima, antes recurre á él con mayor confianza y con mayor diligencia.—Por mas profunda que fuese la soledad donde se retiró el Salvador, el pueblo se fué á encontrarlo; y Jesus, que habia pasado la noche en oracion, empleó el dia en la instruccion, y en sanar enfermos: de este modo empleó Jesucristo toda su vida por nosotros, y proveyó á todas nuestras necesidades. Instruia igualmente con sus discursos, y con sus ejemplos.

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio! mi alma está desfigurada de una lepra mucho mas horrible que la del leproso del Evangelio. Señor, si quereis, me podeis sanar. Extended, pues, vuestra mano poderosa y saludable: tocad mi corazon, y haced que no os resista ya mas: haced sentir á mi alma aquellas palabras llenas de consuelo: *Lo quiero, sé sano.* Amen.

MEDITACION LXII.

SANA JESUCRISTO AL CRIADO DEL CENTURION.
S. Mat., c. VIII, v. v, XIII.

Meditemos lo primero, las palabras del Centurion; lo segundo, las palabras de Jesucristo á los circunstantes: y lo tercero, las palabras de Jesucristo al Centurion.

PUNTO PRIMERO.

Palabras del Centurion á Jesucristo.

Estas palabras estan llenas de caridad, de confianza, de humildad, y de fe.

Lo primero. *Llenas de caridad.* — « Y habiendo entrado Jesus en Cafarnaun, salió á encontrarlo un Centurion, rogándole, y diciendo: Señor, mi muchacho está paralítico, y es malamente atormentado... » Jesus, despues de su retiro, entró en Cafarnaun, y un Centurion, esto es, un Oficial Romano, que mandaba una compañía de cien hombres, vino á implorar su socorro: lo hizo con aquella simplicidad y franqueza ordinaria que las

personas militares tienen en puntos de religion y de fe, y con aquella nobleza y naturalidad que se ganan el corazon de los hombres, y aseguran para con Dios el éxito de su súplica. La caridad animaba su peticion, no pedia para sí, sino para su criado, que estaba en cama con una paralisis que lo atormentaba. ¿Tenemos nosotros la misma caridad para con nuestros criados, para con nuestros hermanos, y para con nuestros inferiores? ¡Ah! tengámosla á lo menos para con nuestra alma. ¡O cuánto tiempo ha que ella está como paralítica, y sin movimiento para las cosas del cielo, y para las obras buenas, mientras está buena, viva y ardiente para las cosas de la tierra!

Lo segundo. *Palabras del Centurion llenas de confianza en la bondad de Jesucristo.*—Nada le pide: se contenta con exponer el estado del enfermo, y esto basta para el corazon de Jesus. Representémosle con la misma confianza nosotros las enfermedades de nuestra alma, sus llagas, su flaqueza, sus pecados, y su tibieza, que él la sanará.

Lo tercero. *Palabras del Centurion llenas de humildad.* —« Y Jesus le dijo: yo iré, y lo sanaré...» Pero el Centurion lleno de confusion, respondió diciendo: ¡Ah Señor, no me atrevo á pretender semejante honor: no os pido, no, que vayais á mi casa: « yo no soy digno de que entreis bajo de mi techo, mas di solo una palabra, y mi muchacho será sano... » Palabras admirables, que la Iglesia pone en la boca de sus hijos en el punto de la Co-

munion : digámoslas entonces con los sentimientos del mas profundo respeto á la persona adorable de Jesucristo nuestro Salvador , y nuestro Dios.

Lo cuarto. *Palabras del Centurion llenas de fe en el poder de Jesus.* — Sin salir del lugar en que estais , o Señor , prosiguió él , dignaos solamente de decir una palabra , que los males mas obstinados os obedecerán, y el enfermo será sano ; « porque tambien yo soy un hombre subordinado á otro, y tengo bajo de mí soldados ; y digo á este, ves, y va ; y á otro, ven, y viene ; y á mi criado , haz la tal cosa, y la hace... » Se habia formado el Centurion una justa idea de la potencia de Jesucristo. Es noble y viva la manera con que manifiesta su pensamiento. ¡Qué profesion de fe para un Gentil! Da á entender á Jesucristo , que teniendo un poder soberano, independiente é ilimitado , puede en una manera absoluta y eficaz mandar como dueño y señor á las enfermedades , y á toda la naturaleza , y que basta abrir la boca para ser obedecido... ¿Y no concebiremos jamas nosotros una idea semejante de Jesucristo? ¿Pues por qué nos enderezamos á él siempre con una timidez , con una desconfianza , y con una secreta inquietud que nos estrecha el corazon? ¡Ah! esto es porque no conocemos su poder , ni su bondad , porque no tenemos fe en el uno , ni confianza en la otra. Aprendamos hoy á conocer á nuestro Salvador : comencemos á creer en él , esto es, á poner en él toda nuestra confianza.

PUNTO II.

Palabras de Jesucristo á los circunstantes.

Estas palabras estan llenas de elogios para el Centurion, de consuelo para los Gentiles, de terror para los Judíos, y de amenazas para los malos Cristianos.

Lo primero. *Llenas de elogios para el Centurion.* — « Jesus, oidas estas palabras, se maravilló, y dijo á los que lo seguian : en verdad os digo, que no he encontrado una fe tan grande en Israel... » ¿Cuándo daremos nosotros á Jesucristo esta satisfaccion de ver y de alabar en nosotros una fe viva y perfecta? ¡Un extrangero tiene mas fe que un Israelita! ¡Un hombre empeñado en el mundo, en la profesion de las armas, tiene tal vez mas fe que aquellos que estan consagrados al retiro, y al servicio del altar! Cuanto es mas glorioso para los unos, es de mayor humillacion para los otros semejante contraste. Si estamos retirados del mundo, aprovechémonos de la felicidad de nuestro estado, y no nos dejemos sobrepujar de aquellos que no gozan de las mismas ventajas : reunámonos todos en la caridad por medio de una santa emulacion, y animémonos los unos á los otros á dar á nuestro Salvador testimonio de nuestra fe, y de nuestro amor.

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de consuelo para los Gentiles.* — « Y os digo, que muchos vendrán de oriente y de occidente, y se sentarán con Abrahan, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos...» El objeto de la profecía que hace aquí nuestro Señor somos nosotros. Nosotros vemos el dichoso cumplimiento de esta prediccion. Nosotros estamos asociados á la fe de estos santos Patriarcas; ¿pero lo seremos á su felicidad? ¡Ah! ¡qué desgracia, si despues de tantos favores venimos por nuestra culpa á ser privados de ella!

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de terror para los Judíos.* — Mas los hijos del Reino serán arrojados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto, y el crugir de dientes...» Los hijos del Reino que deben ser arrojados á las tinieblas exteriores, donde serán alimentados de lágrimas, donde será el rechinar de dientes, tormento y desesperacion, son los Judíos infieles, que habiendo tenido la dicha de nacer en el seno de la verdadera religion, de estar prevenidos para el Evangelio, por medio de la ley, y de los Profetas, y de ser los primeros llamados y destinados á vivir bajo el imperio de Jesucristo, no lo han conocido, y lo han desechado. Nosotros vemos en qué densas y palpables tinieblas vive esta nacion incrédula: no pueden disipar su ceguedad ni el cumplimiento de las profecías, ni la vista de todas las naciones reunidas por medio de Jesucristo al culto de un solo Dios. Digamos mas: no pueden ablandar su dureza, ni abrir sus ojos un pro-

longado y vergonzoso destierro, ni un castigo de casi dos mil años.—¿Cuál será, pues, en el infierno el suplicio de estos infelices? ¿Cuál su desesperacion al verse desechados de aquel Reino de luz, que estaba destinado para ellos, y que será poseido de los paganos, y de los idólatras sinceramente convertidos, y sustituidos en su lugar?

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de amenazas para los malos Cristianos.* — Apliquemos á nosotros mismos estas amenazas de nuestro Salvador: sustituidos nosotros hijos de Reino en lugar de los Judíos, guardémonos de perder la fe, las luces, las obras, las recompensas: guardémonos de perder la fe, dejar pasar á otras manos por nuestra infidelidad la herencia. ¡Qué desesperacion será para los réprobos cuando sean confrontados con los bienaventurados del cielo! Católicos de nacimiento con salvages nuevamente convertidos: grandes con sus criados, y con sus súbditos: ricos y sabios con pobres é ignorantes: Sacerdotes y Religiosos con legos y seculares. ¡Ah! ¡quién no temblará á solo este pensamiento! Sea, pues, para nosotros este temor motivo de un fervor nuevo, y de una vigilancia mas exacta.

PUNTO III.

Palabras de Jesucristo al Centurion.

Lo primero. *Estas palabras estan llenas de bondad.* — Apenas hubo expuesto el Centurion el estado de su criado, sin darle tiempo de hablar mas, y sin esperar á que le rogase, ó le pidiese, le responde el Señor: » Yo iré, y lo sanaré...» ¡Qué bien que se manifiesta aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestros males! ¿Y por qué no tenemos nosotros los mismos deseos por la salud de nuestras almas? ¡Oh! ¡y cuán facil le seria obrarla, si se la pidiéramos sinceramente! ¿Cómo podemos desfallecer en el estado peligroso en que se halla nuestra alma, teniendo un Salvador tan amable, tan condescendiente, tan misericordioso, y tan solícito para aliviarnos?

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de poder.*—«Y dijo Jesus al Centurion: ve, y hágase conforme has creido; y en aquella hora el criado sanó... « ¡O poder de Jesucristo! Vos sois no menos amable que admirable, Vos estais siempre en atencion para colmarnos de bienes, y librarnos de los males.

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de condescendencia.* — Si nosotros mostramos deseos de que venga, se ofrece á venir: si queremos que esté quieto, consiente estarse: está siempre conten-

to, si puede darnos pruebas de su amor : satisfecho, si puede curar nuestras llagas ; y enamorado, si puede hallar en nosotros una gran fe, y la ocasion de recompensarla.

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de instruccion.* — Diciendo al Centurion : « hágase conforme has creido, » nos enseña que el efecto de nuestra oracion depende de nuestra fe; y que por ella se regula el fruto que sacamos de las buenas obras, de la frecuencia de Sacramentos, y del ejercicio de la religion. Si de todas estas cosas es poco ó ninguno el fruto que sacamos : si experimentamos solo tibieza, disgusto y tedio, apliquemos el remedio donde está el mal, animemos nuestra fe, obremos segun nuestra fe, y obtendremos á proporcion de su extension, de su eficacia, y de su medida.

Peticion y Coloquio.

Creo ¡ o Salvador mio! como el Centurion, que con una sola palabra me podeis sanar : decidme, pues, como á el: *Ves, y hágase conforme has creido.* En el momento en que pronuncieis esta palabra de salud, recobraré mis fuerzas, y saliendo de la inaccion, á que por la paralisis está reducida mi alma, correré por el camino de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION LXIII.

PARTE JESUS PARA EMBARCARSE, Y PASAR A LA OTRA PARTE DEL LAGO.

S. Mat., c. VIII, v. XVIII. XXII.

«Viendo Jesus las muchas turbas que lo cercaban, manda pasar á la otra ribera del lago... » La vida presente es un viage : el mundo es un mar famoso por sus naufragios. Consideraremos en este lago, de que habla el Evangelio, una figura del camino estrecho de la vida retirada, santa, regular y penitente, que deben seguir los verdaderos cristianos, y las almas fieles. Ahora, pues, ¿y en qué manera se debe emprender el pasage de este lago figurado y misterioso? Lo primero, con confianza : lo segundo, con valor : lo tercero sin dilacion. Este es el plan de la meditacion presente.

PUNTO PRIMERO.

Con confianza.

Primeramente. *Debe animar nuestra confianza el dejar una grande multitud en la playa.*—Esta multitud es el mundo, esto es, aquel mundo tantas veces desterrado, condenado y herido con terribles anatemas por Jesucristo: aquel mundo que camina por el camino ancho de los placeres y de las pasiones, y que corre á la perdicion. Esta vida que conduce la multitud de los mundanos, ó encanta, ó nos fastidia: si nos agrada, estamos en peligro evidente de perder nuestra salvacion, y no serán jamas excesivas todas nuestras precauciones para evitarlo: si al contrario esta vida tumultuosa nos fastidia y disgusta. ¡ah! renunciémosla de una vez, y tomemos el pártido de la piedad, de la devocion, del retiro, de la penitencia, y de la santidad: separémonos desde ahora de la multitud: separémonos á lo menos con el corazon, si queremos ser separado por Dios el dia de su juicio.

Lo segundo. *Debe animar nuestra confianza la compañía escogida que seguiremos.*— Jesus es nuestro capitan y nuestra cabeza, ¿qué cosa podemos temer? ¿No es él bastante poderoso para sostenernos, y bastante bueno para quererlo? Unámonos á él sin temor, él mismo nos convida, sus discípulos lo acompañan

y caminan con él. ¡O qué felicidad será la nuestra el ser de este número! ¡Cuántas almas santas lo siguen con fervor! De estas conocemos muchas; ¿y nos contentaremos solo con admirarlas? ¿Acaso no podemos nosotros lo que ellas pueden? ¿Pues por qué no las imitamos? ¡Ah! anime su ejemplo nuestra confianza, y excite en nosotros una santa emulacion; porque de otra manera serán ellas un dia para nosotros motivo de condenacion.

Lo tercero. *Lo corto del pasage que hemos de hacer debe animar nuestra confianza.* — Este es breve, y debe conducir á un estado que no tendrá fin. Hemos experimentado ya la velocidad con que pasa esta vida; y fuera de esto, por lo comun ella se acaba, cuando se creia que aun debia durar mucho tiempo, y la mas larga es en sí misma nada mas que un dia, ó un instante: en una palabra, ella tiene un fin, y se le sigue una eternidad interminable: de cualquier modo que pasemos nuestra vida ella se ha de acabar. El voluptuoso y el penitente encuentran igualmente el fin; el uno de sus placeres, y el otro de sus penas. Los dos entran igualmente en una eternidad sin fin, para el uno de suplicios, y para el otro de bienes. ¡Ah! pensemos seriamente en esta eternidad feliz ó infeliz, donde llegaremos bien presto, y hagamos aquella eleccion, porque podamos bendecir á Dios eternamente.

PUNTO II.

Con valor.

Lo primero. *Se requiere valor para empezar.* —Habiendo Jesucristo ordenado que se preparase lo necesario para pasar el lago, « y llegándose un Escriba, le dijo : Maestro, yo te seguiré á cualquiera parte que vayas... » De estas palabras se comprende que en este Escriba solo habia un buen movimiento, un santo deseo, una bella resolucion, pero no habia comenzado aun. Estaban aun en tierra, y Jesucristo no se habia embarcado aun. Ofrezcámonos á Jesus con las palabras de este Escriba, formemos buenos propósitos, tengamos santas resoluciones, esto va bien; pero reflexionemos que hasta este punto nada hay aun de hecho. Nada cuestan los proyectos para lo por venir, se trata de empezar, y poner mano á la obra. El empezar es lo que cuesta, y es justamente de aquellos que han comenzado bien, de quienes se puede decir, que ya han hecho la mitad; pero del que propone, del que promete, de quien proyecta, y no comienza, se puede asegurar que nada ha hecho; y que segun todas las apariencias, nada hará jamas. ¡Cuántos se han muerto en este estado, sin haber comenzado jamas á servir á Dios! Temamos ser de este número, si hasta hoy no hemos dado principio.

Lo segundo. *Se requiere ánimo para continuar y sostener las pruebas.*—Mucho se prometia de su celo el Escriba ó Doctor de la Ley. Quiso Jesucristo probarlo, y bien presto se desengañó. ¿Sabes tú (parece que le dice el Señor) sabes tú quien soy yo? ¿Has hecho madura reflexion de lo que me prometes! Aprende cuál es mi tenor de vida. « Las zorras tienen sus cuevas, y los pájaros del aire nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza... » Yo, el primogénito de todos los hombres, no tengo un alojamiento, ni un lugar propio mio donde poder descansar; en cualquiera parte donde me hallo, ó me retiro, soy extrangero: esto es lo que soy sobre la tierra, y esto es lo que deben ser los que me siguen: mira ahora, y consulta tu valor... La vida cristiana (no es necesario disimularlo) tiene sus penas; ¿pero no las tiene tambien el mundo? ¿Y qué diferencia entre las unas y las otras? En las penas que experimenta la vida penitente, de cualquiera naturaleza que ellas sean, nos precede Jesucristo, y va delante de nosotros, y seguramente no nos pondrá jamas á pruebas tan duras, cuanto fueron aquellas por donde él mismo quiso pasar por nuestro amor. Cada una de nuestras penas en particular está presente á sus ojos, y él mismo nos dará despues cuenta fiel: bien podremos nosotros olvidarnos de ellas; pero el Señor jamas las olvidará, y ninguna se quedará sin recompensa, y sin premio. Con la vida se acabarán nuestras penas, pero jamas se acabará la fe-

licidad que se seguirá. ¡Ah! no será así por cierto con las penas del mundo, que son el fruto del pecado, y de las pasiones.

Lo tercero. *Se requiere valor para perseverar hasta el fin.*—Sin esta perseverancia todo es inutil: pidámosla, pues, á Dios todos los dias, que no nos la negará: seamos vigilantes de nuestra parte: examinemos nuestros progresos; y si alguna vez encontramos cualquier relajamiento en nuestros ejercicios y en la virtud, no descansemos, no respiremos hasta que volvamos á aquel punto de donde hemos caido: oremos, lloremos, gimamos y temamos las consecuencias funestas de la mas mínima tibieza en nuestro fervor; porque entonces justamente empieza á huir de nosotros la perseverancia, y si no ponemos pronto remedio, la perderemos del todo.

PUNTO III.

Sin dilacion.

Tres cosas, esto es: la gracia, la voluntad, y la vida huyen con tanta rapidez, que no nos permiten diferir un solo momento nuestra conversion.

Lo primero. *La gracia.* — « Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame ir primero á enterrar á mi padre; pero Jesus le dijo: sígueme, y deja que los muertos entierren á sus muertos... » Jesus en este instante se iba acercando al mar para em-

barcarse, y no se podia perder un momento, ó era necesario ir con él, ó dejar y renunciar el seguirlo. ¿Podria acaso esperar este discípulo, que Jesus por esperarlo habia de dejar ó suspender su viage, ó que habia de diferir el embarcarse? La gracia nos estimula, nos solicita, nos intima sus órdenes, y nos hace conocer nuestras obligaciones; pero no nos espera, ni se sujeta á nuestros caprichos. Podemos, sí, engañarnos á nosotros mismos, y cubrir nuestra relajacion con los mas ingeniosos pretextos; pero ninguno puede engañar á Dios, que ve el fondo de nuestros corazones. ¿Tendremos acaso razones mas plausibles que las de este discípulo para diferir nuestra conversion? Y con todo eso, á los ojos de Jesucristo eran un falso pretexto... No era necesario que este discípulo se hallara presente á la sepultura de su padre: dejemos que los muertos, esto es, las gentes del mundo muertas á la gracia entierren sus muertos, pongan en orden sus negocios, den fin á sus pleitos: nosotros pensemos solo en aprovecharnos de la gracia; y en darnos á Dios. Si tenemos negocios indispensables, en vez de empezar con acabarlos para convertirnos despues, comencemos primero con la conversion, y así estaremos en mejor disposicion para concluirlos.

Lo segundo. *La voluntad.* — Este discípulo estaba resuelto, es verdad, á unirse á Jesus despues de haber dado sepultura á su padre; ¿pero quién le habia asegurado que persistiria en esta resolucion?

Despues de haber dado sepultura á su padre ¿no se hallaria en el empeño de la division de los bienes, y en el examen de sus intereses? Habiendo quedado dueño y señor de su patrimonio ¿habria conservado el gusto de la pobreza de Jesucristo, habria pensado en volver á acompañarlo? Esto es lo que no sabemos: lo que sabemos, y la experiencia nos lo muestra todos los dias, es que un negocio llama tras sí otro: que á un obstáculo se sucede otro segundo: que pendientes todas estas dilaciones, se pierden las mas bellas resoluciones, y que una conversion que se dilata, es casi siempre una conversion que nunca se efectua, y casi siempre se desvanece, y va á mal.

Lo tercero. *La vida.* — En el diferir se pasa la vida: el demonio está sobre nosotros alerta, y nosotros no lo advertimos! Yendo este discípulo á dar sepultura á su padre, ¿no podia él morir? ¡Ah! fijamos un tiempo para nuestra conversion con tanta certidumbre, como si fuéramos dueños de él. Llegado el tiempo destinado, autorizamos la primera imprudencia, y cometemos otra mas peligrosa, destinando la conversion para otro mas distante; y de este modo la vida se pasa en hacer proyectos, y en diferir; hasta que una muerte no esperada pone fin á todos estos incautos é insensatos proyectos, y á estas temerarias dilaciones.

Peticion y Coloquio.

¡O desgracia irreparable! ¡O desesparacion eterna! ¿Y he tenido hasta hoy corazon para exponerme á esta desventura? ¡Ah Señor! estoy resuelto. Haced sentir de nuevo á mi corazon aquel dulce llamamiento : *sígueme*. Ya no lo dilato mas : ninguna cosa me puede apartar de vuestro servicio : ninguna cosa me separará de Vos : á pesar de todos los obstáculos, y de todas las pruebas con que querais ejercitarme, asistido de vuestra gracia, o adorable Salvador mio, seré vuestro sin dilacion, sin variacion, en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXIV.

TEMPESTAD CALMADA.

S. Mat., c. VIII, v. XXIII, XXVII. — S. Marc, c. IV, v. XXXV, XL. — S. Luc., c. VIII, v. XXII, XXV.

PELIGROS DE LA VIDA PRESENTE.

Estos peligros miran á nuestro cuerpo, á nuestra alma, y á la Iglesia.

PUNTO PRIMERO.

Peligros que miran á nuestro cuerpo.

Consideremos lo primero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?* Jesucristo se iba adelantando insensiblemente hácia la ribera, dando útiles lecciones á sus discípulos.... Cuanto mas se acercaba al mar, tanto mas y con mas ardor lo rodeaban. Ya se habia hecho tarde, y sin pararse jamas. «Y subiendo á la barca, lo siguieron sus discípulos, y les dijo: pasemos á la otra ribera del lago... Y despedido del pueblo, lo llevaron como estaba en la barca, y otras barcas iban tambien con él.»

¿Quién se hubiera podido imaginar jamas que esta navegacion, que se emprende por orden del Hijo único de Dios, del Salvador del mundo, habia de venir á ser una navegacion peligrosa? Pues de hecho: estos navegantes se creyeron de una vez perdidos.—La vida y los bienes no solo en el mar estan en peligro, todos los elementos, toda la naturaleza, mil accidentes nos amenazan de todas partes, y nos vienen á asaltar cuando menos lo esperamos; y así debemos perseverar constantemente en la gracia de Dios, y estar siempre prontos á comparecer delante de él. Debemos encomendar todos los dias á la proteccion del dueño de todos los acaecimientos, nuestra vida, nuestros bienes, y las personas por quienes nos interesamos. Nada debemos hacer, nada debemos emprender sin implorar el divino auxilio, la proteccion de los santos Angeles, la intercesion de nuestros Santos abogados, y particularmente la de la Reina de los Angeles y de los Santos. ¡Qué temeridad vivir entre tantos peligros con una conciencia manchada del pecado! ¡Empeñarse en viages y peligros del mar ó de la guerra en estado de pecado.

Lo segundo. *¿Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?* «Y mientras navegaban, se durmió.... Y se levantó una grande tempestad en el mar... Y un torbellino de viento se levantó en el lago, de tal suerte, que la barca estaba cubierta de las olas, y estaban en peligro... Y él se estaba en la popa durmiendo sobre una almohada... Entonces se acer-

caron á él, y lo despertaron diciendo: ¿Maestro, no te se da nada que perezcamos?... Señor, sálvanos, nos perdemos... Y levantándose, les dijo: ¿por qué temeis, hombres de poca fe?»

En el peligro es necesario obrar con firmeza, y hacer aquello que depende de nosotros, por medio de votos religiosos, de sinceras promesas: orar é interesar al cielo en nuestro favor, esperar en la bondad y en el poder de aquel que se invoca: someternos á las órdenes de la Providencia, y á la voluntad del Soberano Señor. Si alguna enfermedad peligrosa nos hace temer el fin de nuestros dias: si alguna persecucion turba nuestra tranquilidad, y nuestros bienes, obremos, oremos, sometámonos y esperemos.

Lo tercero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta despues del peligro?* «Pero él levantándose amenazó al viento, y dijo al mar: calla, enmudece. Y cesó el viento, y sucedió la bonanza, y les dijo: ¿por qué temeis? ¿No teneis aun fe? ¿Dónde está vuestra fe? Y temieron con un temor grande, y se decian el uno al otro: ¿quién es este.... que manda al viento y al mar... á quien obedecen los vientos y el mar?»

Despues del peligro debemos mostrar nuestro reconocimiento por medio de alabanzas y de agradecimientos unidos á la admiracion, al temor, y al amor para con quien nos ha librado. Lo debemos mostrar con una pronta y exacta fidelidad en cumplir las promesas que hayamos hecho; pero principalmente con un santo uso de la vida, y de la tran-

quilidad que se nos ha concedido. ¿Quién hay entre nosotros que no se haya hallado en algun urgente peligro, en ocasiones, ó en negocios críticos de que ha salido libre como por una especie de milagro? Traigamos aquí á la memoria los beneficios particulares que Dios nos ha hecho. ¿Qué reconocimiento le hemos mostrado hasta ahora? Él nos ha conservado y conserva nuestros dias? ¿pues por qué le ofendemos? ¿por qué vivimos una vida desarreglada? ¡O ingratos! ¿Lo hemos invocado en los peligros? Le hemos prometido serle fieles en la guarda y cumplimiento de su ley, si nos libraba; él nos ha librado, y nosotros nos hemos olvidado tanto de nuestras promesas como de sus beneficios. ¡Ah ingratos!

PUNTO II.

De los peligros que miran á nuestra alma.

Consideremos lo primero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?* Se debe temer, porque aquí se trata de un todo por el peligro que hay de perder la gracia, la devocion, la inocencia, la fe, el alma, la eternidad.—El menor peligro que amenace nuestra vida, nos hace temblar: no es necesario exhortarnos á temerlo: lo tememos muchas veces aun con esceso; mientras nada tememos el peligro que nos puede quitar la vida de la gracia,

y precipitarnos en una desgracia eterna. Segundo. Es necesario temer el peligro, porque pocos escapan, y la mayor parte perece en él: huyamos, pues, los lugares, aquellas personas, aquellas amistades peligrosas: echemos al fuego aquellos libros, aquellas canciones, aquellas estatuas, aquellas pinturas indecentes: renunciemos á los espectáculos, á los juegos, á las conversaciones escandalosas. Al prever cualquier peligro para nuestra alma, temblemos, huyamos: si de nuestra plena y propia voluntad nos exponemos al peligro, si lo amamos, si lo buscamos, ya estamos medio vencidos, nosotros pereceremos. Tercero. Se encuentran los peligros en todas partes, y por lo regular donde tenemos menos motivos de sospecharlos: si no estamos continuamente velando, nos hallaremos acometidos de ellos, y engañados aun antes de advertirlo. Cuarto. Finalmente es necesario orar, porque Dios solo, y ningun otro, puede alejarnos de todos los peligros: pidámosle todos los dias esta gracia para nosotros, y para aquellos por quienes nos interesamos: pidámosla antes de emprender cualquiera cosa, al principio, y en el progreso de todas nuestras acciones.

Lo segundo. *¿Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?* — Primero. Es necesario al principio ó huir, ó combatir generosamente. Si acaso nos hallamos improvisamente empeñados en algunos pasos peligrosos para nuestra alma, guardémonos de internarnos mas en ellos, de mantenernos tran-

quilos á la orilla del precipicio: retirémonos al principio con horror como de la vista de una serpiente insidiosa: rompamos aquella práctica: salgamos de aquel lugar: desechemos aquellos pensamientos, aquellas imágenes importunas: cerremos aquel libro: apartemos los ojos de aquel objeto: dominemos sobre todos nuestros sentidos: si nos detenemos ó nos descuidamos, aunque sea por poco tiempo, la tentacion entrará en nuestro corazon, ó por mejor decir, entraremos nosotros mismos en la tentacion, y seremos vencidos. Segundo. Es necesario orar: Sin embargo de nuestra poquísima fuerza, no dejemos de orar aun cuando no hagamos otra cosa que repetir con frecuencia los nombres de Jesus y de María, ó decir continuamente: *Señor, sálvame, que yo perezco.* Tercero. Se necesita tener confianza: la tentacion no durará siempre, volverá la calma, y entonces, ¿qué consolacion no será para nosotros haber resistido, y haber sido fieles á Dios? En el furor de la tempestad parece que todo se ha perdido, y que no queda otro remedio que abandonarse á la propia desgracia. Guardémonos de dar oidos á semejante sujestion del tentador: mientras falta nuestro consentimiento, nada hay perdido, y no hemos recibido aun daño alguno: si acaso hemos incurrido en alguna flaqueza, si hemos condescendido en algo con nuestro enemigo, guardémonos de cederle mas, renovemos y avivemos nuestro valor; y si nuestra victoria no fuese completa, hagamos á lo menos de manera

que no quedemos enteramente vencidos y desechos.

Lo tercero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta despues del peligro?* — Humillémonos, pidamos perdon á Dios de las culpas que hemos podido cometer en la tentacion, ó sea con habernos expuesto, ó sea con haber resistido con flojedad y sin valor. Segundo. Demos gracias á Dios por habernos guardado y sostenido en el peligro, y por no haber permitido que perezcamos en él. Tercero. Finalmente hagamos una buena resolucion, y tomemos sabias precauciones para en adelante, porque lo que no nos ha sucedido en este peligro, nos puede suceder en otros muchos. La penitencia, el recogimiento, la oracion, el trabajo, el temor, huir las ocasiones, el amor á Jesus, la union con Dios, y la frecuencia de Sacramentos, nos han de servir de preservativos, y de remedios contra los peligros.

PUNTO III.

De los peligros que miran á la Iglesia.

La barca de S. Pedro es la figura de la Iglesia. Primero. *La Iglesia*, como la barca de S. Pedro, está expuesta á las mas terribles tempestades, y muchas veces se ve en punto de ser tragada de las olas. ¿Quién no la habria ya creido mil veces destruida por el yerro, sumergida por el error, disipada por el cisma, dada al traves por los delitos, aniquilada

por la política? Pero ella subsiste en medio de la tempestad. Los males que sufre afligen á sus hijos ; mas no se escandalizan , ni se desaniman por ello : gocen enborabuena las falsas religiones su tranquilidad entre los hombres, que hallan en ellas de qué lisongear las propias inclinaciones, y de qué fomentar las propias ilusiones : esto no sorprende , como ciertamente nada tiene desorprendente el ver que en medio de tales hombres la Iglesia , que enseña la verdad, sea atacada, combatida y perseguida; pero que con todo esto la Iglesia asaltada por todas partes, y contra quien se unen y se desencadenan todos los errores, y todas las pasiones, subsista y continue su curso á pesar de las olas y los vientos contrarios, esto es un prodigio que no podremos jamas admirar bastante.

Segundo. *La Iglesia tiene siempre consigo á Jesucristo.* — Jesus está siempre presente en la Iglesia, como en la barca de Pedro. El conoce los asaltos que ha de sostener, y regula el esfuerzo y la duracion : si por algun intervalo de tiempo aparece , ó sin poder , ó sin movimiento , ó sin accion : si parece que cierra los ojos á los insultos que se hacen á su esposa, lo hace por purgarla, por probar su fe, y mostrarle despues con mas magnificencia su ternura y su amor. Jesus se despierta con la oracion , pero con una oracion llena de caridad , de tranquilidad y de confianza. El verdadero cristiano no conoce otras armas para la defensa de la Iglesia : expone con sinceridad y simplicidad las verdades

que ella enseña : las defiende sin exacerbarse , sin inquietarse : á estas vive unido sin respeto humano, sufre sin lamentarse , ni quejarse : muere bendiciendo á quien lo condena, y abrazando al que lo hiere.

Tercero. *La Iglesia está segura de recobrar la calma cuando le será provechosa.* — En la Iglesia , como en la barca de Pedro, Jesus cuando le agrada, y segun el orden de los decretos de su infinita sabiduría, hace que suceda la mas profunda calma á las mas horribles tempestades , á la noche mas oscura el dia mas sereno : ó por medio de estupendos prodigios, ó con la uncion secreta de su gracia cambia el corazon de los pueblos y el de los Reyes : aquellos se someten á la Iglesia, y estos se hacen sus protectores. De esta manera los Constantinos, los Clodoveos, los Carlo Magnos, los San Luises , los San Fernandos , y otros muchos Monarcas han procurado á la Iglesia, no solo la paz y la libertad , sino tambien la dignidad y el esplendor.

Peticion y Coloquio.

¡ O santa Iglesia ! ¡ O barca misteriosa fuera de la que todo es abismo y naufragio! O sea que yo te vea tranquila, ó sea que te vea agitada ; en vuestro seno quiero vivir y morir. ¡ Ay de mí si habiendo tenido la dicha de ser admitido en él, viniese algun dia á salir , ó si gloriándome de estar aun en él, no

participase de la gloria que tú gozas, ó de los males que te afligen...! Guiadla, o divino Jesus, guiad esta barca privilegiada, esta Iglesia militante al puerto de la eternidad, á pesar de las tempestades y las persecuciones que incesantemente la combaten. Todo lo que experimenta y prueba la Iglesia esposa vuestra, o Jesus, lo pruebo y lo experimento yo personalmente: dentro y al rededor me acometen y me asaltan muchísimas tentaciones: hablad vos, y se disipará la tempestad: mandad sobre todo que se calmen las pasiones que destrozan mi corazon, para que pueda seguir únicamente las dulces y pacíficas impresiones de vuestro amor. Amen.

MEDITACION LXV.

DE LOS DOS ENDEMONIADOS DE GERASA.

S. Math., c. VIII, xxviii, xxxii. — S. Marc, c. V, v. vi, i. xiii, — S. Luc, c. VIII, v. xxvi, xxxv.

FIGURA DE LA IMPUREZA.

Meditemos lo primero el estado infeliz de estos dos miserables desgraciados, víctimas del demonio. Lo segundo. Su libertad de tan cruel tirano.

PUNTO PRIMERO.

Estado de estos dos infelices endemoniados.

«Y habiendo pasado al otro lado del lago, al pais de los Gerasenos, que está en frente de la Galilea; y luego que saltó á tierra, le vinieron al encuentro dos endemoniados que salian de las sepulturas, y eran tan furiosos, que ninguno podia pasar por aquel camino. — El uno era poseido del espíritu inmundo, y no llevaba vestido, ni habitaba en las casas, sino en los sepulcros.» S. Marcos y S. Lu-

cas hablan de un solo endemoniado, sin duda porque siendo uno de los dos de quien habla S. Mateo, el mas furioso, no creyeron necesario hablar mas que de este. Consideremos lo primero, cuál fuese el demonio de quien estaban poseidos estos dos hombres. Segundo. Cuál fuese la naturaleza de esta opresion. Tercero. Cuál fuese su estado, y el tiempo que fueron poseidos.

Lo primero. *¿Cuál era el demonio de quien estaban poseidos?*—Era un espíritu impuro: bien que todos los demonios sean espíritus impuros; por los caracteres especiales que este representa, se puede fácilmente conocer el demonio de la impureza. Primero. *Por su crueldad.* No contento con atormentar á aquellos que poseia, se arrojaba tambien con furor sobre los pasageros. — El impúdico busca por todas partes víctimas de su incontinencia, y cómplices de sus desórdenes. ¡Desdichado aquel que pasaba por el camino donde estaban estos endemoniados! El impúdico es aun mucho mas de temer. — ¡Ay de aquel que se le acerca, de aquel que lo frecuenta, de aquel que se le familiariza! — Estad atentos, padres y madres de familias, si amais á vuestros hijos. Segundo. Se conoce por su fuerza. — « Y ni aun con cadenas habia quien pudiese tenerlo atado, porque habiendo estado amarrado con cadenas y con hierros á los pies, habia despedazado las cadenas, y roto los hierros, y ninguno podia domarlo...» ¿Y quién es el que puede domar un impúdico? ¿quién puede conte-

nerlo? Ni la pérdida de su reputacion, ni la ruina de su salud, ni el oprobio de su familia, ni los vínculos de la amistad y de la sangre, ni los votos de la religion, ni el caracter de los sagrados órdenes, ni las enfermedades, ni la vista de una muerte próxima, podrán contener la furia de sus deseos desenfrenados. No hay otra cosa que pueda echar del corazon un demonio tan fuerte y tan obstinado que un milagro de la gracia de Jesucristo. Tercero. Este se reconoce por su nombre. —« Y le preguntó, ¿ qué nombre tienes? Y le respondió : mi nombre Legion, porque somos muchos... » Legion es el verdadero nombre del demonio de la impureza : él no va jamas solo, detras de sí lleva y arrastra todos los vicios : se enseñorea de todos los sentidos, de todas las facultades del alma, y posee todo el hombre entero. —¡Ah! temblemos de pensar solo en un demonio tan detestable. Si acaso por nuestra desgracia hemos sido presa suya, reconozcamos una vez su caracter : si hemos sido preservados ó librados ¡Oh! y cuán obligados debemos estar á nuestro libertador!

Lo segundo. ¿*Cuál era la naturaleza de esta opresion*? —Primero. *Era muy antigua.* « Porque ya de mucho tiempo lo poseia... » Cuando un cristiano comienza á abandonarse á la deshonestidad, se lisongea de hacerlo solo por un cierto y determinado tiempo. Algunas veces llega á restringirse á cometer solo una culpa; pero despues la primera trae consigo otras mil : el tiempo que ha fijado para

convertirse, pasa, se va dilatando, y conduce muchas veces hasta la edad decrépita, y finalmente hasta la tumba. Si alguna vez se levanta, luego recae por años enteros, y últimamente para no levantarse ya jamas. — Segundo. *Opresion continua.* «Y estaba siempre dia y noche por los monumentos, y por las montañas... » Esta misma es la suerte de los impúdicos, de dia y de noche, en la campaña y en la soledad, en casa y en el templo, en todo lugar, y en todo tiempo llevan consigo su pasion, en ella se ocupan, y por ella son atormentados. ¡Oh! ¡qué continuacion de delitos, qué multitud de pecados!—Tercero. *Opresion cruel.* « Gritando, y hiriéndose con las piedras...» Es aun mas cruel la pasion de un impúdico, y lo despedaza con mas impiedad, con remordimientos, con la vergüenza, con los celos, con la infidelidad, con el deshonor, con hacerle malgastar la hacienda, con las enfermedades, y con el justo temor de una eternidad de castigos. ¡O pasion cruel! Nada son, y nada valen los gustos y los placeres que prometes en comparacion de los tormentos que haces sufrir.

Lo tercero. *¿Cuál fue el estado de estos infelices todo el tiempo que estuvieron poseidos del demonio?* —Primero. *Estaban desnudos como bestias...* « *Y no llevaban vestido...* » —No podian sufrir sobre sus cuerpos ningun género de vestido: este es el estado vergonzoso á que los habia reducido el demonio. ¿El demonio de la impureza no es aun todos los dias el demonio de la desnudez? ¡Ah! ¿No es este

el que la ha introducido en los adornos femeniles, en la escultura, en la pintura, en las estatuas? ¿No ha inventado este tantas modas indecentes y contrarias á la modestia cristiana? La desnudez es la librea del demonio: el que la lleva, pertenece á él: el que se apacienta, y se deleita con su vista, se alista bajo de sus leyes, y se sujeta á su imperio. Apartemos, pues, con horror la vista de ella, arrojemos y desterremos lejos de nuestras casas estas señales de estar poseidos del demonio, estas señales de reprobacion. Observemos, ó sea en público, ó sea en particular, ó sea respecto de nosotros, ó respecto de los otros, una modestia severa y exacta.—Segundo. *Estos desgraciados vivian en los sepulcros, en los lugares tenebrosos y hediondos.* ¿No se ve por ventura el impúdico en las casas de la disolucion, de la prostitucion, con pecadores muertos ya de mucho tiempo, hediondos y corrompidos como él de los mismos vicios, y que como él son sepulcros blanqueados? Su conciencia está llena de pecados, y de horribles inmundicias, y su cuerpo consumido de la disolucion, y muchas veces mas corrompido que los cadáveres que estan en las sepulturas.—Tercero. *Estos desgraciados andaban vagueando por los monumentos y por las montañas, llenando el aire de horribles alharidos.*—Imagen sensible del aspecto vago, inquieto y feroz que el impúdico suele manifestar, del humor agreste que lo domina, y lo hace insociable, y de los gritos y suspiros que la pasion, aun contra su voluntad, le arranca del corazon.

¡Qué vida, o Dios mio, qué vida para un cristiano! ¿Son estos los placeres que el demonio hace gustar á los que lo siguen? ¡Ah engañador! ¿Y es esto lo que tú has prometido?

PUNTO II.

Los libra Jesucristo de tan grande mal.

Se reconoce aquí tambien el demonio de la impureza en su proceder, en sus quejas, y en lo que pretende.

Lo primero. *Proceder forzado.* — Y viendo desde lejos á Jesus, corrió, « se postró delante de él, y lo adoró... » Apenas tocó la tierra Jesucristo sintió el demonio, aunque contra su voluntad, que estaba cerca su vencedor. No pudo parar en sus tenebrosos soterráneos, una fuerza invisible lo sacó de ellos con violencia, y lo citó, por decirlo así, al tribunal de su Juez... Corrió á encontrarlo, y viéndolo este espíritu feroz, á quien ninguna fuerza humana habia podido domar, se hizo docil, y temblando cayó á sus pies, reconoció á su Señor, y lo adoró... Adoracion forzada que le sacó solo el temor, y que no puede agradar á Jesucristo... Así tambien sucede que aun el mas abominable impúdico, forzado tal vez de sus remordimientos, se postra delante de Dios, se da golpes de pecho, reconoce su desenvoltura y sus descaminos. — Buen principio, loable

conducta: ¡pero cuántas veces encuentra el demonio medios de hacerla inutil!

Lo segundo. *Quejas injuriosas.* — Y exclamando en alta voz, dijo... « ¿Qué tengo yo contigo, Jesus, Hijo de Dios Altísimo? ¿Has venido tú aquí antes de tiempo para atormentarnos...? Te conjuro por Dios que no me atormentes, porque le decia: sal, espíritu inmundo del hombre... »

El demonio se lamenta de que Jesus se declare su enemigo, y de que venga á turbarlo, y atormentarlo antes de tiempo. ¿Sobre qué se fundan todas sus quejas? Sobre el orden que le da este Dios Salvador de salir de los cuerpos que poseia... Jesus en mandárselo no quiere forzarlo á que luego al punto salga para darle tiempo á que manifieste su malicia y su insolencia, y á nosotros ocasion de conocerla y detestarla. ¿Es, pues, atormentarte, o espíritu impuro y cruel, el mandarte, ó el impedirte que nos hagas mal? ¿Te imaginabas acaso que te se habia de dejar el poder hasta el fin del mundo? No, no: Jesucristo ha venido, y nos ha librado de un yugo tan odioso, y tú ya no tendrás en adelante dominio sino solo sobre aquellos que te se quieran sujetar... Gracias inmortales os tributen todos los hombres, o divino Redentor. ¡Ay de aquellos que no se quieren aprovechar de los preciosos frutos de vuestra sangre adorable! Las mismas quejas hace todos los dias el demonio por boca del impúdico.

Primero. *Se duele de que Dios se oponga á sus desórdenes.*— ¿Qué mal hago yo, grita este? Yo no no hago mal ni perjuicio á nadie... Como si el espíritu de Dios no fuese esencialmente opuesto al espíritu impuro: como si el precepto esencial del amor de Dios pudiese ser compatible con un amor pecaminoso, y con llamas impúdicas.

Segundo. *Se duele de los hombres.*— ¿Por qué, pues, dice él, atormentar los corazones, poner en sujecion las inclinaciones, y limitar las obligaciones? A las sagradas leyes del pudor virginal, y de la fidelidad conyugal, opone otras del todo contrarias, que va esparciendo en muchos libros, que publica en los teatros, y que insinua por medio de sus cantos. — ¿Quién lee estas obras, quién asiste á estos espectáculos, quién repite estas canciones, ¿á quién piensa que pertenece, á Jesus, ó al demonio? Finalmente se lamenta de aquellos que tienen celo por las almas. Represéntesele al impúdico la enormidad de sus delitos, búsquese el medio de excitar en él remordimientos saludables, elude todas las diligencias, diciendo que lo inquietan antes de tiempo... ¡Juventud desgraciada! ¿De esta manera te dejas engañar? ¿Llegarás acaso á ese tiempo que tú te prometes? Y demos caso que llegues, ¿no serás aun entonces, y hasta la suma vejez, el juego y la presa del demonio que acaricias?

Lo tercero. *Súplicas malvadas.* — « Y le rogaba mucho que no lo echase de aquel pais... que no les mandase ir al abismo... Y habia una manada de

muchos puercos que se apacentaban... al rededor del monte... y le rogaban que les permitiese entrar en ellos... diciendo... Si nos echas de aquí, envíanos á aquella manada de puercos... para que entremos en ellos... Y saliendo los espíritus inmundos entraron en los puercos, y con furia grande la manada, que era de cerca de dos mil, se precipitó en el mar... y murieron en las aguas... »

El demonio pide lo primero quedarse en el pais. ¿Y para qué? Para hacer allí mal... Despues pide no ser precipitado en el abismo, donde debe caer á la fin del mundo : pide quedarse siempre en esta region terrena, ¿y para qué? Para ejercer aquí su furor, para poder tentar y perder á los hombres... Quitarle este poder, es lo que llama él atormentarlo. Finalmente pide que le sea permitido entrar en los puercos que pacian en aquellos contornos : ¿para qué? Para precipitarlos en el mar, y hacer al Salvador odioso en todo el pais... Jesus le concede esta última peticion. — En la Meditacion siguiente veremos las razones del por qué, pero reconozcamos aquí los secretos votos, y los íntimos deseos de los impúdicos. ¿Qué desean estos con tanta ansia? ¿qué piden? El no ser precipitados al infierno. Querrian estos evitarlo, sin poner fin á sus desórdenes; querrian que no hubiese justicia en Dios, ni castigo para el pecado : querrian finalmente ser semejantes á las bestias, envidian su suerte, intentan persuadirse que no son de condicion diversa de ellas, y algunas veces permite Dios por justo castigo que

se lo persuadan, ó que vivan, como si verdaderamente estuvieran persuadidos.

Peticion y Coloquio.

¡Ah Señor! Os hago hoy una peticion bien diferente de aquella del impúdico. No permitais que yo venga á ser semejante á las bestias, antes hacedme semejante á Vos. Si es necesario para librarme del demonio, y de mis pasiones perder todo aquello que poseo: si es necesario abandonar el placer en que estoy: salir del seno de mi familia, renunciar al mundo, o Dios mio, estoy pronto á sacrificarme todo antes que perderme, y que vivir en vuestra desgracia... Sostenedme, o divino Jesus, en estas resoluciones, y fortificadme contra mis enemigos y los vuestros. Amen.

MEDITACION LXVI.

DE LO QUE SUCEDIÓ DESPUES QUE EL SEÑOR LIBRÓ LOS DOS ENDEMONIADOS DE GERASA.

S. Mat., c. VIII, v. xxx III, xxxiv. — S. Marc, c. V, v. xiv, xxi. — S. Luc., c. VIII, v. xxxiv, xl.

Consideremos aquí primero, la conducta de los Gerasenos : segundo, la conducta de los obsesos : tercero, la conducta de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Conducta de los Gerasenos.

Lo primero. *La huida de aquellos que llevaban á apacentar los puercos.* — « Y los que los apacentaban, huyeron, y lo contaron en la ciudad, y en los campos... Y contaron todas aquellas cosas, y el caso de los que habian estado poseidos de los demonios... » Los que estaban encargados de guardar los puercos, se huyeron cada uno hácia su respectivo amo, los unos á Gerasa, y los otros á las aldeas

vecinas, donde esparcieron la nueva de un hecho tan sorprendente. ¿Y quién no se hubiera espantado al ver semejante espectáculo? Si nosotros pudiéramos ver la multitud de pecados y de demonios de que es librado un pecador que se convierte, quedaríamos tambien sobrecogidos de espanto; y para darnos de esto una prueba sensible, concedió Jesucristo al demonio el efecto de su peticion.

Lo segundo. *El temor absurdo de los Gerasenos.* — « Y luego toda la ciudad salió al encuentro á Jesus... á ver qué era aquello que habia sucedido. Y habiendo llegado donde estaba Jesus, vieron al que habia sido atormentado del demonio, que estaba sentado, vestido, y demente, sana á los pies de él, y se atemorizaron... Y les contaron tambien aquellos que lo habian visto de qué manera habia sido librado de la legion... Y el hecho de los puercos. »

Fue tan grande la multitud de los que concurrieron á aquel lugar para instruirse de cuanto habia sucedido, que se dijo: que toda la ciudad se habia unido para saber las circunstancias. Vieron á Jesus, y á sus discípulos, y á los pies de Jesucristo los dos obsesos, principalmente el mas furioso de los dos, vestido, tranquilo, y con su juicio sano, escuchando al Salvador que los instruia. Este espectáculo causó en los habitadores de Gerasa mas temor que respeto: se imaginaron que se habian perdido sus manadas de puercos: tuvieron temor de la pérdida de aquellos animales; pues aunque la ley les

prohibia alimentarse de ellos, no juzgaban que les era prohibido el criarlos para el comercio. La fe de este pueblo se dejó vencer de un vil interes; si hubieran ellos sufrido con resignacion esta prueba de su fe que Jesucristo les habia suministrado, se hubieran asegurado su felicidad.—¿No es aun hoy por ventura este espíritu de interes y de avaricia, este apego á los bienes de la tierra el que predomina nuestro corazon, y el que nos pierde?

Lo tercero. *La súplica insensata de los Gerasenos.* — « Y todo el pueblo del pais de los Gerasenos le suplicó que se retirase de ellos, porque estaban sobrecogidos de temor grande; y él subiendo en la barca, se volvió... ¡Insensatos! ¿De qué os privais vosotros? De aquel que hubiera librado todos vuestros obsesos, que hubiera curado todos vuestros enfermos: de aquel que os hubiera anunciado la verdad, y os hubiera colmado de gracias y de bendiciones. ¡Ay de mí! ¿Cuántos dicen todos los dias á Jesus: « retiraos de mí, no vengais á mí, » no por respeto y por humildad, sino por no despojarse de aquello que desagrada á Jesucristo? De esta manera se dejan huir los momentos de salud, cuando la gracia que nos mueve no se acomoda con nuestros intereses. De esta manera, por no mortificar las pasiones que acariciamos, desechamos las visitas del cielo, y despreciamos los llamamientos del Salvador.

PUNTO II.

Conducta de los dos endemoniados.

Cuál fue la conducta de estos. Primero. Cuando fueron librados. Segundo. Cuando Jesucristo quiso retirarse de ellos. Tercero. Cuando se volvieron á sus casas.

Lo primero. *Cuando fueron librados.* — Habiendo permitido Jesus al demonio que entrara en los puercos, los espíritus inmundos salieron de los cuerpos de los dos obsesos. En el mismo instante se hallaron estos libres, y con el juicio sano; y habiendo vuelto en sí, se vistieron decentemente, quedaron perfectamente en calma y tranquilos, y se sentaron á los pies de Jesucristo. — Tal es la imagen de un alma convertida y penitente. Todo se muda en ella: sus ideas, sus afectos, su persona, sus modales, sus vestidos, sus muebles, su mesa, y sus gastos... Ninguno ve ya en ella su mal humor, ninguna señal de sus antiguas pasiones: ella pone todo su consuelo en estar á los pies de Jesucristo su Salvador, y su libertador: su reconocimiento la tiene allí quieta, y su amor la llena allí de delicias.

Lo segundo. *Conducta de los obsesos cuando Jesus quiere retirarse.* — ¡Qué separacion tan amarga para unos corazones penetrados de reconocimiento! Aquel que habia sido mas atormentado del demo-

nio, no pudo resolverse á esta separacion : se ofreció á Jesucristo, y le pidió que le diera un puesto entre sus discípulos, protestándole con sinceridad que no se separaria jamas de su bienhechor; pero Jesucristo movido de su reconocimiento lo destinó á otro empleo, esto es, á anunciar las misericordias de Dios : empleo á que satisfizo con fidelidad. « Y habiendo subido á la barca, comenzó aquel que habia sido vejado del demonio á rogarle que le dejase estar con él... Pero Jesus le despidió, y dijo : vete á tu casa á los tuyos, y cuéntales cuanto ha hecho el Señor por tí, y como te ha mirado con misericordia... »

Lo tercero. *Conducta de los obsesos vueltos á sus casas.* — Jesus les habia ordenado que volviesen á sus casas, que se restituyesen á sus familias, y que publicasen los beneficios que habian recibido de Dios... ¿Quién podrá, pues, decir con qué celo, y con qué reconocimiento lo hicieron, principalmente aquel que habia sido mas desgraciado? « Y fué por toda la ciudad publicando cuantas cosas le habia hecho Jesus. » Y no contento con haber manifestado á su familia, y á toda la ciudad de Gerasa la potencia y la gloria de Jesus... « se fué, y empezó á predicar por toda la Decapoles cuanto le habia hecho el Señor, y todos se maravillaban... » Corrió toda la Decapoles como un Apostol, dejándose ver en todas partes, como prueba subsistente del poder del Salvador : llenó de asombro y de admiracion todas las ciudades, y todas las aldeas, y

las dispuso para recibir bien presto el Evangelio... En todas las condiciones de gentes forma la gratitud Apóstoles. — ¡Y oh! ¡cuantás conquistas haria para Dios esta excelente virtud, si todos aquellos que son colmados de sus gracias y de sus beneficios tuvieran un corazon reconocido! Procuremos, pues, nosotros tener el nuestro penetrado de una semejante gratitud, y de un semejante amor, y sin ser Apóstoles ¿ cuántas obras apostólicas no haremos?

PUNTO III.

Conducta de Jesucristo.

« Y todos se maravillaban... » Admiremos tambien nosotros. — Lo primero. *La potencia de Jesus*, que cita al demonio, le pregunta, y lo echa de aquel hombre... El espíritu impuro hizo daño en aquellos animales viles, sí; pero fue despues de haber obtenido una expresa permision del Salvador. ¿Qué tenemos, pues, que temer nosotros con Jesucristo? Seámosle fieles, y ninguna cosa nos podrá venir en contra.

Lo segundo. *Admiremos la sabiduría de Jesucristo*, que en este suceso nos hace conocer el caracter, la malicia, la fuerza, y la debilidad del enemigo de nuestra salud, que prueba á los Gerasenos con la pérdida de un bien pequeño, y que no quiere admitir al ministerio del Evangelio á aquellos á quie-

nes una mancha pública, aunque inculpable, y que ya no subsiste, no deja gozar una reputacion santa y entera.

Lo tercero. *Admiremos su bondad*, que libra estos dos desgraciados, y procura á sus familias la consolacion de volverlos á ver, y poseerlos... Su bondad que les hace retirarse del pais de los Gerasenos sin quejarse, y dejándoles tambien un remedio saludable en la orden que da á los obsesos de publicar sus misericordias. Finalmente su bondad, que satisface á los vivos deseos del pueblo fiel, que lo espera con impaciencia á la otra orilla del lago... « Y habiendo pasado Jesus otra vez con la barca á la ribera opuesta, se juntó al rededor de él una grande multitud.. pues era esperado de todos... y estaba cerca del mar... » ¡ O ¡ y cuán bueno es Jesus! ¡Bienaventurados aquellos que en su ausencia suspiran por que vuelva! ¡ Bienaventurados aquellos que lo acogen con amor!

Peticion y Coloquio.

Inspiradme, Señor, este santo ardor, este vivo deseo de vuestra santa palabra : hablad á mi corazon, y será sano. O divino Jesus, hablad, mandad al demonio vuestro enemigo y mio, y se disiparán y ahuyentarán todas las potestades de las tinieblas que ponen asechanzas á mi espíritu, y todas las pasiones que reinan en mi corazon. Abridme los

ojos, desengañadme, o caritativo Salvador mio, y no permitais que yo corra á mi perdicion como aquellos animales viles é irracionales. Hacedme sentir el gusto que se experimenta en poseeros, y la pérdida que se hace en perderos. Finalmente habitad en mí, o Dios mio, despues de haber tomado posesion; y haced que sea vuestro en el tiempo, y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXVII.

SANA JESUS UN PARALÍTICO EN PRESENCIA DE LOS FARISEOS.

S. Marc, c. II, v. I, XII.—S. Luc, c. V, v. XVII, XXVI.—S. Mat., c. IX, v. I, VIII.

Primero, lo que precede á este milagro. Segundo, la manera con que lo obra. Tercero, lo que le sigue.

PUNTO PRIMERO.

Lo que precede á este milagro.

Lo primero. *La docilidad del pueblo.* « Y despues de algunos dias entró nuevamente en Cafarnaun... Y se supo que estaba en la casa, y se juntó mucha gente, de modo que no cabian ya ni en el espacio que habia al rededor de la puerta, y les hablaba la palabra...» Los vivos deseos de este pueblo serán bien presto recompensados: el Salvador lo hará testigo de un milagro estrepitoso, que lo llenará de la mas dulce consolacion... Jesus es la vida y la luz: él solo puede iluminarnos y sanarnos, y está

pronto á derramar sobre nosotros los dones de su misericordia, que nos comunicará á proporcion de nuestros deseos y de nuestra docilidad para con él.— Lamentémonos con nosotros de nosotros mismos, si vivimos siempre á ciegas y siempre enfermos.... Tenemos la dicha de estar en la casa donde enseña Jesus, y obra sus maravillas, esto es, en su Iglesia, mientras tantos vienen á ella de todas partes á recibir las gracias que necesitan, no nos estemos nosotros en ella inútilmente.

Lo segundo. *Celos de los Fariseos.* — « Y aconteció un dia, que él estaba sentado enseñando, y estaban sentados algunos Fariseos y Doctores de la ley, que habian venido de todos aquellos pueblos de la Galilea, y de la Judea, y de Jerusalen, y la virtud del Señor obraba para sanarlos... El pueblo iba á Jesus para que lo sanase de sus males; pero los Doctores iban á contrastar sus milagros, y á criticar la doctrina del que los hacia, y desacreditarlo con el pueblo... No tuvieron estos jamas mejor ocasion que esta para conocer á Jesus, aquel hombre tan célebre que á ellos les hacia tanta sombra... Este divino Salvador estaba sentado en casa, y ellos estaban tambien sentados cerca de él: lo vieron, lo oyeron, y lo censuraron; pero no sacaron otra cosa que confusion; y la obstinada resistencia á la evidencia de los hechos, sirvió para aumentar su ceguedad, para obstinarlos mas en dureza, y para animar contra Jesucristo un odio que desde este punto fue siempre implacable. — Justo

castigo de aquellos que oyen ó leen la palabra de Dios, ó que examinan sus maravillosas obras con las mismas disposiciones que los Fariseos.

Lo tercero. *La caridad de aquellos que presentaron el paralítico.* — « Y vinieron á él los que conducian un paralítico... que venia en su cama... llevado por cuatro personas... y buscaban el modo de entrarlo dentro de la casa para presentarlo... » *Caridad laboriosa:* este desgraciado estaba tullido de todos sus miembros, y eran necesarias cuatro personas para llevarlo acostado en su cama, y al punto se hallaron personas caritativas que lo llevaron: la caridad no está en las palabras, sino en los hechos y en los efectos. — *Caridad perseverante.* El enfermo, y los que lo llevaban estaban bien persuadidos, que si pudiesen romper por la multitud de la gente, y acercarse á Jesucristo, se seguiria el conseguir la salud ; pero la dificultad estaba en poder acercarse. No obstante todos los esfuerzos que hicieron, despues de haber intentado por largo tiempo abrirse camino por medio de la gran multitud, no pudieron ni aun acercarse á la puerta : pero con todo esto no se desanimaron. La verdadera caridad aumenta su vigor entre los mismos impedimentos, permitiéndolo Dios para hacerla mas resplandeciente. — *Caridad industriosa.* « Y no hallando el camino de introducirlo... y presentarlo... á causa de la turba, subieron sobre el techo, y hecha una abertura, bajaron la cama en que estaba tendido el paralítico... en medio delante de Jesus. » No pu-

diendo abrirse el paso, rompiendo por la mucha gente que sitiaba la puerta, tomaron un medio término, y acercándose á la casa por otra parte, llevaron al enfermo por una escalera sobre el techo, que segun el uso de la Palestina era un terrado: allí hicieron una grande abertura, bajaron al paralítico en su cama, y lo presentaron en medio de la turba á los pies de Jesucristo. — Imaginémonos cuál fue la sorpresa de los circunstantes, y sobre todo su expectacion. La prueba era fuerte, un engañador se hubiera hallado en un grande embarazo: los que habia fuera de la casa no estaban menos solícitos por saber cuál seria el éxito de aquellos que habian entrado dentro... Jesucristo aumentó aun mas la expectacion de los unos y de los otros, y les dejó algun tiempo para que ejercitaran su fe, sus conjeturas y su crítica, difiriendo el sanarlo, ó por mejor decir, anunciando el milagro con otras maravillas mas secretas, y de un orden superior.

PUNTO II.

La manera con que se obró el milagro.

Jesucristo en vez de un milagro obró tres: de los cuales el primero fue el mas grande; el segundo fue sorprendente, aunque secreto, y el tercero fue el mas perceptible, y la prueba de los otros dos.

Primer milagro. El perdon de los pecados. — «Y vista por Jesus la fe de ellos, dijo al paralítico:

Hijo, te son perdonados tus pecados... » Consideremos aquí primero *las instrucciones que Jesus nos da.* Él nos da á conocer que todas las enfermedades humanas tienen su origen en el pecado: que las aflicciones corporales se deben sufrir para satisfacer por el pecado; y finalmente que en el ejercicio del celo, y en todas las acciones se necesita obrar segun Dios con una santa libertad, y sin respeto á cierto escándalo farisáico de algunos espíritus impíos y malignos.

Observemos lo segundo *la consolacion del paralítico.* — De qué júbilo fue penetrado su corazon cuando oyó estas tiernas palabras: «Hijo, confia...» Son ciertamente motivo de júbilo, de admiracion y de amor la remision que logra de sus pecados, y el precioso y augusto nombre de hijo que Jesus le dió.

Lo tercero. *Reflexionemos sobre el escándalo de los Fariseos.* — Buscaban estos ser escandalizados, y verdaderamente lo fueron. « Y estaban allí sentados algunos de los Escribas y Fariseos... que decian en su interior: ¿por qué habla así este? ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios..? Este blasfema... » ¿Debian ignorar estos Doctores, que segun los Profetas un caracter esencial del Mesías era ser Hijo de Dios, el mismo Dios, Dios con nosotros, y que por consiguiente debia tener, segun ellos, el poder de perdonar los pecados? Con que Jesucristo en esta ocasion obraba como verda-

dero Mesías. Es verdad que un impostor podia usurpar este lenguage, y que muchos lo han hecho; pero tratándose de dar las pruebas no les ha salido bien... Se necesitaba por lo menos suspender el juicio, y esperar la prueba; pero esto no lo hacen los impíos. Blasfeman contra la religion que no quisieron jamas entender, y separan siempre sus misterios incomprensibles de las pruebas que los hacen perceptibles, y que los insinuan en los espíritus mas sencillos. Comparezcan aquí estos pretendidos genios, y si no estan enteramente endurecidos, esperen el éxito, y se convencerán, y se rendirán.

Segundo milagro. *El conocimiento de los corazones.* — « Y habiendo visto Jesus sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestro corazon...?» Llenos los Escribas y los Fariseos de la idea de que Jesucristo habia blasfemado, se prometian poderse servir de esta coyuntura para desengañar los pueblos de la alta opinion que habian concebido de la alta santidad del nuevo Profeta. No se atrevian á declararse públicamente, por temor de sublevar los que estaban presentes, y esperaban el milagro: mas sin embargo de sus precauciones leia Jesucristo en el fondo de sus corazones... ¿Cuáles son vuestros pensamientos, les dijo? ¿Qué sospechas formais vosotros interiormente contra mí? ¿Por qué pensais mal en vuestro corazon? Palabra bien precisa, y que jamas debemos olvidar nosotros. ¿Qué nos sirve fingir, y escondernos á los ojos de los hom-

bres ? Jesus ve nuestro corazon, y lo que él ve será despues la materia de nuestro juicio: ve los pensamientos de que nos complacemos: pensamientos de vanidad, de ambicion, de sensualidad, de impureza: ve aquellas sospechas contra el prójimo, aquellos juicios temerarios y precipitados, aquellas quejas, aquellas impaciencias: ve aquellos motivos que nos hacen obrar, motivos de vanagloria, de respetos humanos, de interes, de amor propio: aquellos motivos demasiadamente terrenos, y frecuentemente viciados, ó en todo, ó en parte. Examinemos aquí nuestro corazon, y procuremos tenerlo en adelante siempre puro en la presencia de aquel que lo ve.

Tercer milagro. *Sana al paralítico.*— Estad atentos, Escribas y Fariseos: este es el momento decisivo en que os será facil conocer quien es el que ha blasfemado; si Jesus, ó vosotros. No se trata ya de teneros suspensos, se trata sí de disponeros á lo que debe seguir, y ya se os ha anunciado... Juzgad de la eficacia de las primeras palabras que Jesucristo ha dicho á este paralítico para curar su alma, por la de aquellas que quiere decirle para sanar su cuerpo; y si con una palabra le sana el cuerpo, confesad que él tiene la potestad que se atribuye de curar el alma, y de perdonar los pecados; y por consecuencia que él es Dios, el Salvador de los hombres, el Rey de Israel, y el Mesias esperado... Continuando Jesus su discurso, les dijo: « ¿Qué cosa es mas facil de decir: te son perdonados tus pecados,

ó decir: levántate y camina? Pues, para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: levántate, pilla tu cama, y vete á tu casa... Y en el mismo instante se levantó en presencia de ellos, cogió la cama en que estaba acostado, y se fué á su casa glorificando á Dios... » Démosle á Jesucristo infinitas gracias por el grande milagro que obra, y por la manera con que lo obra. ¡Oh! y cuán glorioso es para él este dia, y cuán feliz para nosotros; pues en él confundió sus enemigos, probó su divinidad, alivió los miserables, alegró el cielo, y consoló la tierra!

PUNTO III.

Lo que se siguió al milagro.

Lo primero. *La conducta del paralítico que debemos imitar.* — Al orden que le dió el Salvador, se levantó solo, y sin que nadie le ayudase, á vista de todos, cargó su cama, y tomó el camino de su casa, publicando las misericordias de Dios... ¿Cuando Jesucristo con la voz de su ministro nos concede el perdon de nuestros pecados, manifiesta nuestra conducta, la sanidad, y nuestro reconocimiento? ¿Nos levantamos de la tierra? ¿Salimos de nuestros malos hábitos, y de nuestra relajacion, de nuestra tibieza, y de nuestra paralisis? ¿Estamos firmes en nuestras resoluciones? ¿No volvemos á

recaer mas en nuestras mismas enfermedades? ¿En el mismo amor del reposo y del ocio, y en el mismo apego á las criaturas? Tenemos fortaleza para apartar; y hacer que desaparezcan todas las señales de nuestra enfermedad, todos los objetos que nos han engañado, todas las ocasiones que nos han hecho caer? ¿Somos tan generosos, que triunfando de ellas, levantemos un trofeo á nuestro libertador? ¿Nos retiramos á nuestras casas? ¿Nos estamos en ellas en el silencio, en el retiro, en el recogimiento, en la oracion? ¿Glorifican al Señor todas nuestras ocasiones, y toda nuestra vida? ¿Las consagramos á su gloria, y á nuestra salvacion?

Lo segundo. *Sus aclamaciones del pueblo, á que nos debemos juntar tambien nosotros.* — « Y viendo esto las turbas, se atemorizaron... todos quedaron sorprendidos, y glorificaron á Dios, que tanta potestad dió á los hombres... Y fueron todos llenos de temor, diciendo: maravillas hemos visto hoy... jamas hemos visto cosa semejante... »

Cuando los que estaban en la casa vieron alzarse el paralítico, y cargar la cama: cuando los que estaban fuera lo vieron salir, y pasar por medio de todos ellos, se oyó un grito universal por la gloria de Dios y de Jesucristo. Las aclamaciones de los circunstantes se unieron, y se confundieron con las del paralítico; por todas partes se gritaba: no, no, jamas ha obrado el Señor maravillas semejantes, ni mas estrepitosas en medio de su Puéblo.

Este verdaderamente es el dia en que Dios se manifiesta á los hombres por medio de los prodigios que vemos. — Bendito sea Dios por haber comunicado un poder tan divino á nuestra debil y mortal naturaleza! Bendigamos tambien nosotros á este Dios de misericordias; porque ¿qué cosa seria de nosotros, miserables pecadores, si no hubiera dado á los hombres sobre la tierra la potestad de perdonar pecados? ¿Si Jesucristo no la hubiera dejado á los Apóstoles, y los Apóstoles á sus sucesores? Este divino poder es nuestro remedio en nuestras caidas, nuestra consolacion en nuestras penas, y nuestra seguridad en nuestras inquietudes. ¡Infelices de aquellos que han abandonado una Iglesia colmada de tantos favores, por seguir sectas impotentes, y privadas de este divino poder!

Lo tercero. *El silencio de los Fariseos, que debemos detestar.* — ¿Cómo habrian podido estos jamas apartar á este pueblo de una pretendida ilusion, ó de formar sus justas aclamaciones? No se tomaron este inutil trabajo, el hecho era del todo evidente, y hablaba bien claro... ¿Cómo, pues, con su voz no hicieron eco á la del pueblo? Este es el efecto de la ceguedad voluntaria, de los celos, y del odio, y de una determinacion tomada por pasion en que uno se obstina, y que no quiere abandonar: tal es aun la conducta de nuestros incrédulos. Desengañémonos estos de nuestro error: muéstremos por qué camino de seduccion y de engaño ha llegado hasta nosotros el Evangelio tal cual él

es, y en qué siglo se ha pretendido engañar al género humano para hacerle creer la historia evangélica.— No ha sido ciertamente en el nuestro: nosotros creemos puramente aquello que se creia en los siglos pasados; y así de mano en mano lo que se creia al principio del cristianismo: ¿y si entonces las cosas hubieran sido falsas, hubieran sido creidas, y hubieran llegado hasta nosotros? Pero no, no se toman ellos el trabajo de desengañarnos, se restringen solo á decir, que respecto á ellos no estan convencidos. Pero si vosotros no lo estais, señal que no raciocinais. ¿Estais convencidos, y bien seguros de los nuevos y singulares dogmas que publicais? ¿Que todo se acaba con la vida: que vuestra alma es material; y que muere con vuestro cuerpo? ¿Son vuestras pruebas evidentes, y que no admiten réplica? Manifestadlas ¡ciegos é insensatos! Vosotros creeis sin pruebas los absurdos y las mentiras que lisongean vuestras pasiones, y desechais la verdad apoyada sobre pruebas sensibles, que ni aun os atreveis á impugnar sino con negarlas, y con esta inconsecuencia correis hasta la tumba, y se abre para vosotros la eternidad.

Peticion y Coloquio.

O Jesus, yo os reconozco, y os adoro por mi Salvador, y por mi Dios : que se la tomen los Fariseos con esta palabra : « te son perdonados tus pecados. » Por mí creo y confieso que Vos solo habeis podido pagar por mis pecados, y satisfacer por ellos con vuestra sangre : que vos solo con una soberana autoridad podeis perdonarlos con vuestra gracia. Vuestra misericordia, o divino Jesus, haga sentir á mi corazon estas palabras de consuelo : « Hijo, confia : te son perdonados tus pecados. » Amen.

MEDITACION LXVIII.

VOCACION DE SAN MATEO.

S.Luc., c,V, v. xxvii, xxxii.—
S. Marc., c. II, v. xiii, xvii.
—S. Mat., c. IX, v. ix, xiii.

Primero. Jesucristo llama á S. Mateo. Segundo. Convite en la casa de S. Mateo. Tercero. Los Fariseos hablan mal del Salvador. Cuarto. Responde á la maledicencia de los Fariseos.

PUNTO PRIMERO.

Jesus llama á S. Mateo.

« Y despues de esto salió... y se fué de nuevo hácia el mar. Y venian á él todas las turbas, y las enseñaba. — Y pasando vió á Leví, hijo de Alfeo. — Publicano... llamado Mateo... que estaba sentado en el banco, y le dijo : sígueme, y abandonando todas las cosas, se levantó y lo siguió... » Observemos lo primero, quién es aquel que Jesucristo llama : segundo, la manera como lo llama : tercero, cómo es obedecido.

Lo primero. *¿Quién es aquel que Jesucristo llama?* — Un Publicano, un hombre empleado en los estancos, y ocupado en recoger el dinero público, y los tributos impuestos por los Romanos: profesion odiosa para los Judíos, que contra su voluntad sufrian el dominio de los Romanos: profesion lucrosa; pero que de ordinario, multiplicando las riquezas, aumenta la sed, apega el corazon á la tierra, y guia al olvido de Dios: profesion peligrosa por la facilidad que suministra de hacer injusticias, y porque estas en semejantes empleos se pueden cometer impunemente. — Un hombre de esta profesion es el que Jesucristo llama al Apostolado, á la práctica, y á la predicacion de la pobreza y del desprecio de las cosas del mundo. ¡Oh! y cuán profundos son, Dios mio, y cuán impenetrables vuestros designios! ¡Cuán poderosa vuestra gracia! ¡Y cuán inefable vuestra bondad! No desesperemos de nadie, ni juzguemos á ninguno: aquellos que juzgamos estar lejos del Reino de Dios, y que acaso despreciamos, pueden ser algun dia unos Santos, y servirnos de condenacion.

Lo segundo. *¿En qué manera llama Jesucristo al Publicano?* — Lo llama pasando: Jesus no pierde algun momento. — Sale de Cafarnaum, y va á la ribera del mar. — Caminando instruye al pueblo que lo sigue, y pasando llama á un Publicano, y lo hace un Apostol. — Las mayores gracias dependen muchas veces de un instante pasagero. — ¡Ay de aquel que deja huir este precioso momento? Jesu-

cristo llama á Mateo cuando actualmente estaba sentado en el banco. — El momento de la conversion es el de la gracia, y el momento de la gracia no pende de nosotros. Muchas veces toca Dios al corazon en el tumulto de los negocios, en la mayor disipacion, en medio de los placeres, en el acto mismo del pecado, y lo llama á sí. — Dilatar el rendirse, no es esperar ocasion mas favorable, es perder el tiempo de la gracia, y acaso para no recobrarlo, jamas. — Jesucristo llama á Mateo con una sola palabra : « sígueme. » ¡ O palabra poderosa ! ¡ O palabra adorable para quien conoce el precio ! ¡ Cuántas veces la he oido yo ! ¡ Cuántas veces he hecho cuenta de no oirla, ó por mejor decir, cuántas veces he tenido la desgracia de resistirle abiertamente !

Lo tercero. *¿Cómo es obedecido Jesucristo?* — Es obedecido *prontamente.* — A esta sola palabra : « sígueme... » Mateo se levanta, sin que algun negocio, ó interes, ó alguna otra consideracion ó respeto humano lo puedan detener un momento. — Jesucristo es obedecido sincera y efectivamente : este rico lo abandona todo, se despoja de todo, y nada reserva de sus bienes, sino es el uso de lo que necesitaba para poder manifestar una sola vez á su maestro su humilde y perfecto reconocimiento. Deja grandes bienes, y grandes esperanzas ; pero bienes y esperanzas terrenas, cuya posesion y gozo se hubiera pasado presto, por adquirir los bienes celestiales, de que ahora goza aun, y gozará para

siempre. ¿Y por qué no hacemos nosotros una eleccion semejante? Jesucristo es obedecido *generosamente*. — El nuevo discípulo sigue á su Maestro en todo el curso de su vida : lo predica despues de su muerte : escribe su historia : es el primer sagrado escritor de la nueva alianza; y finalmente confirma lo que ha escrito y predicado con derramar su sangre. ¡O santo Apostol! ¡O Santo Evangelista, fiel imitador de nuestro Maestro! Pedidle para nosotros la gracia de aprovecharnos de vuestra predicacion, que se contiene en vuestros escritos, y aquel espíritu de despego, de fervor, y de humildad de que nos habeis dado el ejemplo.

PUNTO II.

Jesucristo es convidado en casa de San Mateo.

« Y le hizo Leví un gran banquete en su casa. — Y acaeció que estando á la mesa en la casa de él, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron con Jesus, y con sus discípulos. »

Consideremos lo primero los preparativos del banquete. — El nuevo discípulo, habiendo de tener el honor de recibir en su casa á su Maestro, puso toda la atencion en tratarlo de manera que pudiese mostrarle su adhesion y su amor. Consideró este dia como el mas feliz y el mas glorioso de toda su vida: solícito de participar con otros su alegría, convidó á sus parientes, á sus amigos, y á los publicanos em-

pleados con él, ó á él subordinados, hombres todos que los Judíos llamaban pecadores, por que no hacian ostentacion de vivir con grande regularidad, aunque por otra parte no estaban muy lejos del Reino de Dios, y entre ellos habia muchos que ya habian empezado á seguir á Jesucristo. — Estuvo atento á que nada faltase para la solemnidad de este grande dia, y el banquete fue explendido. — ¿Es esta la preparacion que nosotros llevamos para recibir al mismo Jesucristo, no ya hombre mortal sobre la tierra, sino reinante en el cielo, y presente en la Eucaristía; no para darle de comer, sino para alimentarnos de él nosotros mismos: no para tenerlo en nuestra casa, sino dentro de nuestro cuerpo, y de nuestra alma? ¿Conocemos nosotros cuánta gloria, y cuánta felicidad nos trae un dia de Comunion? ¿cuántas atenciones, y cuánta vigilancia se requieren para coger los frutos.

Lo segundo. *Observemos cuál fue el júbilo del banquete.*—Primero. *Fue puro*, porque con una honesta libertad reinaban en él la templanza, la modestia, la paz, la dulzura y la caridad. Segundo. *Fue santo*, porque todos tenian los ojos fijos en Jesucristo, escuchaban sus discursos, y hablaban solo de cosas de edificacion. Tercero. *Fue perfecto*, porque al mismo tiempo que el cuerpo tomaba su alimento, se alimentaban mil veces mas delicadamente el alma y el corazon. — De esta manera celebraban los primeros cristianos sus agapes; y así deben ahora celebrar los cristianos sus convites.

Lo tercero. *Examinemos cuáles fueron los frutos de este banquete.* — Fueron gracias abundantes, que encendieron en el corazon de los convidados un nuevo fervor por el servicio de Dios, un nuevo ardor por oir su palabra, y un nuevo esfuerzo para seguir á Jesus, y declararse por él. Mateo entre los otros fue el mas favorecido. Desde este momento renunció á todo, se resolvió á seguir al Salvador, y jamas lo abandonó despues. Si queremos ser participantes de estos favores, no pudiendo ya alimentar á Jesucristo en su persona, alimentémoslo en sus miembros, que son los pobres.

PUNTO II.

Maledicencia de los Fariseos contra Jesucristo.

« Y los Fariseos y los Escribas... al verlo comer con los publicanos y los pecadores... murmuraban, diciendo á sus discípulos: ¿por qué comeis y bebeis con los publicanos, y los pecadores? — ¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos, con los pecadores...» La maledicencia de los Fariseos tenia su origen en los celos, cuyos caracteres son la curiosidad, la malignidad, y la vileza.

Lo primero. *La curiosidad.* — ¿De dónde, pues, sabian los Fariseos que Jesucristo comia en casa de Mateo, y con quiénes comia? El celoso lo explora todo, todo lo ve, todo lo examina, tiene los ojos en todo. ! Miserable curiosidad que turba la paz, destruye

la caridad, é impugna á las veces la religion y la conducta del mismo Dios! ¡Ah! ¿Qué nos importa á nosotros lo que hace el tal, sobre cuya conducta no nos toca velar? ¿Qué nos importa lo que no podemos impedir, ni nos toca remediar? Pensemos en nosotros, y dejemos á los otros en paz.

Lo segundo. *La malignidad.*—« Por qué (decian los Fariseos á los discípulos) vuestro Maestro, y vosotros mismos comeis con los pecadores? » El celoso en todas las cosas encuentra intenciones y misterios, todo lo echa á mala parte, y se escandaliza de todo. En vez de suponer en los otros buenas intenciones, como muchas veces las tienen, en vez de mirar las cosas, á lo menos como indiferentes, y de ninguna consecuencia, como lo son de ordinario, todo lo convierte en mal, y en todo encuentra abusos, delitos y escándalos.

Lo tercero. *La vileza.* — Los Fariseos no representaron sus quejas á Jesucristo, sino á sus discípulos.—El celoso no asalta personalmente á aquellos que son el objeto de sus celos, y que se hallarian en estado de responderle : solo murmura en secreto, y en su ausencia con sus amigos, y con aquellos que por algun lado le pertenecen : á estos les inspira sus desconfianzas, insinua sus sospechas, y procura comunicar su veneno. No se atreve tampoco el impío á proponer sus dudas y sus blasfemias á hombres de un cierto caracter, sino solo á aquellos que sabe que no estan bastantemente instruidos para confutarlos : en presencia de estos habla y mur-

mura, y en la de los otros se está en silencio. Pero Jesucristo todo lo oye, no abandona su causa, ni la de sus discípulos, y suscita tambien hombres capaces de confundir la calumnia, y de iluminar á aquellos que desean ser iluminados; y un dia vengará descubiertamente su gloria, y la de sus siervos.

PUNTO IV.

Respuesta de Jesucristo á los Fariseos.

Jesucristo saca su respuesta lo primero de una comparacion: lo segundo de un texto de la Escritura; lo tercero del fin de su mision.

Lo primero. *De una comparacion.*—«Lo que habiendo oido Jesus, les dijo: no tienen necesidad de médico los que estan sanos, sino los enfermos...» ¡O médico caritativo! Vos, Señor, ejercitais aquí principalmente el oficio á favor de vuestros mismos enemigos: no les dais en rostro con su enfermedad, aunque voluntaria: no os irritais contra ellos aunque culpados, ni menos les representais su injusticia y malignidad: con dulzura los instruís: solo pretendeis sanarlos y ganarlos. ¡O médico poderoso! ¡Ah! si os consultáramos en nuestras enfermedades, gozariamos una perfecta salud, y nos asegurariamos una vida eterna.

Lo segundo. *Jesucristo saca su respuesta de un texto de la Escritura.* —«Andad, pues, y aprended

qué cosa es yo amo la misericordia, y no el sacrificio...» Esto es, igualmente está mandada la misericordia que el sacrificio; pero en la concurrencia de estos dos preceptos, y en la imposibilidad de conciliarlos debeis dejar el sacrificio por ejercitar la misericordia. Es mas agradable á mis ojos una obra de caridad para con el prójimo, que la obra mas santa de la ley, cual es la inmolacion de las víctimas.—Meditemos estas palabras, é interpretemos bien su sentido. Si Dios prefiere las obras de misericordia á los sacrificios, y á todas las obras de piedad, servirse del pretexto de la devocion para dispensarse de los oficios de la caridad, es un abuso. Creer que se agrada á Dios con prácticas de piedad, conservando en el propio corazon indiferencia, desprecio, dureza ú odio con el prójimo, es un engaño. Dejar á Dios por el prójimo, por socorrerlo, por aliviarlo, y por reducirlo de sus malos pasos al camino de la salud, es dejar á Dios por Dios, y obrar segun el corazon de Dios. Tan grande es el amor que nos tiene; y tanto estima nuestros verdaderos intereses; y esto es lo que nos enseña la Escritura, y lo que nos enseña Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos.

Lo tercero. *Jesucristo saca su respuesta del fin de su mision sobre la tierra.*—«Porque no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores... á penitencia...» Esto es, con traer á mí á aquellos que vosotros llamais pecadores, y con ganarlos á mi Padre con mis beneficios, cumplo la Escritura,

prefiero las obras de misericordia. Los pecadores tienen mas necesidad que los justos; y así como soy enviado al mundo para hacerles abrazar la penitencia, y practicar el Evangelio, de que estan mas lejos que los justos, veis aquí por qué mi ministerio se extiende menos á los justos que á los pecadores.

Peticion y Coloquio.

¡O bondad infinita de Dios! Nosotros éramos todos pecadores, y este es el motivo porque habeis puesto sobre nosotros los ojos de vuestra misericordia: sí, por todos nosotros, y por mi en particular, habeis venido. ¡Ah divino Jesus, Vos quereis los pecadores, aquí teneis el mas grande de todos. Por este título tengo derecho á vuestras grandes misericordias: véisme aquí delante de Vos humillado y contrito: Vos me llamais á la penitencia, yo la abrazo con todo mi corazon: sostened mi resolucion: romped mis lazos y mis prisiones, para que os siga con la prontitud y con el amor que os mostró S. Mateo. Destruid mis afectos siempre pecaminosos, y siempre vivos, para que perseverando en vuestra gracia como este santo Apostol, pueda esperar que del seno de la penitencia me llamareis á Vos al seno de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXIX.

RESPONDE JESUCRISTO A LAS QUEJAS DE LOS FARISEOS, Y DE LOS DISCIPULOS DE JUAN BAUTISTA.

S. Mat. c. IX, v. XIV, XV. — S. Marc, c. II, v. XVIII; XX. — S. Luc, c. V, v. XXXIII, XXVI.

Primero. La queja de los Fariseos y de los discípulos de Juan.
Segundo. La respuesta de Jesucristo á esta queja.

PUNTO PRIMERO.

Queja de los Fariseos, y de los discípulos de Juan.

« Entonces se acercaron á él los discípulos de Juan... Y los Fariseos que ayunaban... Y ellos le dijeron : ¿ por qué motivo los discípulos de Juan ayunan frecuentemente, y hacen oracion, y lo mismo los de los Fariseos, y los tuyos comen y beben... y no ayunan? »

Lo primero. *Observemos la inconsecuencia que se halla en el razonamiento de los Fariseos.* — Jesu-

cristo habia justificado su conducta con los pecadores, y habia concluido con decir : que habia venido á llamar á los pecadores á penitencia. A esto responden los Fariseos : y ved aquí la consecuencia de su discurso : ¿cómo podeis Vos decir que llamais los pecadores á penitencia, cuando vuestros discípulos no hacen penitencia alguna... ? Se ven los discípulos de Juan, que se sujetan á frecuentes ayunos, y á largas penitencias y oraciones, y los discípulos de los Fariseos siguen las mismas reglas; pero los vuestros beben y comen con libertad, sin temor de desagradaros, y Vos ni les imponeis ayunos, ni oraciones... De este modo arguian contra Jesucristo, y pretendian cogerlo en inconsecuencia y contradiccion consigo mismo ; como si la penitencia no consistiese esencialmente en la mudanza del corazon, en la detestacion del pecado, en el amor de Dios, y en la observancia de su ley, en el despego de las cosas del mundo, y en la docilidad... Las austeridades y las maceraciones son las apariencias de la penitencia, y estas no convienen siempre á toda suerte de personas, y muchas veces corrompen el mérito... De este mismo modo es aun cada dia asaltado Jesucristo. Pretenden algunos mostrar contradiccion en los dogmas, en los libros, en las decisiones, y en la historia de la religion, porque se equivocan en los términos, cuyo sentido no se dignan penetrar.

Lo segundo. *Consideremos la imprudencia que se manifiesta en la union de los discípulos de Juan con los*

Fariseos. — Entonces los discípulos de Juan se acercaron á Jesucristo, y le dieron la misma queja que los Fariseos... ¿Por qué motivo, le dijeron, nosotros y los Fariseos, fuera de los ayunos prescritos por la ley hacemos otros muchos mas, mientras vuestros discípulos no observan ayuno alguno? ¿Pero cómo es esto que los discípulos de Juan, del Precursor del Salvador, hombre el mas humilde y el menos censor, se atreven á unirse aquí con los mayores enemigos de Jesucristo para criticarlo á él y á sus discípulos? ¿Cómo hablan aquí el lenguage mismo que el de una secta reprobada, que únicamente se fundaba sobre su propia soberbia, y sobre el propio orgullo? ¡Ay! y cuántas veces se ven aun hoy muchos cristianos y católicos hacer eco en muchos puntos á los impíos, á los libertinos, y á los hereges, oponiendo las mismas cosas que estos á la Iglesia, á sus Pastores, á sus Ministros, y á aquellos que la defienden para insultarlos! Se ven personas regulares en su conducta hablar contra las personas devotas, religiosas ó eclesiásticas, como hablan los mundanos y los incrédulos.

Lo tercero. *Examinemos la desconveniencia que se halla en la queja de los Fariseos, y de los discípulos de Juan.*

Primera desconveniencia; porque manifiestan en ella su propio orgullo. — Los unos y los otros practicaban muchos ayunos, y ciertamente ninguna cosa hay de mas edificacion; ¿pero por qué venir á

publicarlos, y gloriarse? No contentos con haber hablado de sus ayunos en tercera persona, se nombran y se señalan á sí mismos : « nosotros ayunamos frecuentemente... » Yo, yo practico la tal virtud, yo tengo la tal devocion, yo no tengo el tal defecto... ¡Cuánta vanidad y desconveniencia en estas palabras! ¡Ah! ¿Cuándo la necesidad podrá obligar á hablar así? Las astucias y los pretextos que se toman para hablar y decir bien de sí mismos, á nadie podrán engañar : el orgullo y la vanidad luego se manifiestan, y todos lo advierten.

Segunda desconveniencia ; porque se muestra desprecio de los otros. —Nosotros ayunamos, y vosotros no ayunais : nosotros ayunamos; ¿ por qué motivo no ayunais vosotros? ¡ Cuántas personas condenan la conducta de los Fariseos , y la imitan todos los dias ! Algunos se comparan con los otros, comparacion odiosa : se prefieren á los otros, preferencia pecaminosa : pretenden anteponerse á los otros en el modo de pensar y de obrar : pretension injusta. Pensemos en nosotros mismos, y no observemos lo que los otros hacen : si los otros no practican aquella buena obra, ó aquella virtud, practican otras que nosotros ignoramos, y que acaso delante de Dios los hacen superiores á nosotros. Cada uno tiene su gracia particular : la humildad interna es necesaria á todos : esta es el fundamento de todas las virtudes.

Tercera desconveniencia ; porque en ella se esconde la malignidad. — Con este discurso preten-

dian solo los Fariseos desacreditar para con el pueblo á un hombre que les hacia sombra. Y aun los mismos discípulos de Juan no estaban acaso exentos de toda envidia, y en esto no tenian bien conocido el espíritu de su Maestro, y estaban bien lejos de sus sentimientos. El origen de todos aquellos discursos que se tienen en perjuicio del prójimo, y que se procuran cubrir con tan diferentes pretextos, es esta maligna envidia. Examinemos aquí nuestras palabras, é internémonos á conocer nuestro corazon.

PUNTO II.

Respuesta de Jesucristo.

« Jesus les dice, ¿ por ventura podeis hacer que ayunen los hijos * del Esposo...? ¿Pueden por ventura estar tristes entretanto que el Esposo está con ellos...? No pueden... Mas vendrán dias en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán en aquellos dias. « En esta respuesta declara Jesucristo su calidad de Esposo, predice su muerte y anuncia el estado futuro de su Iglesia.

Lo primero. *Jesus declara su calidad de Esposo.* — La Iglesia es la esposa, que él se adquirió con el precio de su sangre, y con quien reinará eter-

* Hebraismo con que se llamaban los familiares ó amigos del Esposo, que con varias demostraciones de alegría celebraban las bodas.

namente. Los Apóstoles y S. Juan eran los amigos del Esposo. ¡Oh! y cuán grande es este misterio, y de cuánta consolacion...! La mutua union de un esposo y de una esposa es la figura de la union de Jesucristo con su Iglesia, y con cada una de las almas justas que hay en ella. ¡O alma mia! ¿comprendes tú bien cuál es tu dicha, y cuál tu gloria! Tú eres la esposa de Jesus. ¡O Esposo divino, lleno de amor y de dulzura! ¿y por qué no puedo yo corresponder á toda vuestra ternura? ¡Ah! Hacedme digno de Vos, trasformadme en Vos. ¿Puedo yo por ventura amar, ó puedo estimar algun otro objeto fuera de Vos? ¿Habrá cosa alguna que me pueda parecer difícil cuando se trata de agradaros? ¡Qué desgracia si alguna vez me separase el pecado de Vos! ¡Qué desesperacion si me separase para siempre!

Lo segundo. *Jesus predice su muerte.* — Jesus debia adquirir su esposa, y merecer todas las gracias de que queria favorecerla con su muerte. Él tenia siempre presente esta muerte, la deseaba ardientemente, y de ella hablaba en todos sus discursos... Muerte preciosa, prueba luminosa del amor de Jesucristo, ¿cómo puedo yo olvidaros! La Iglesia celebra todos los dias la memoria, ¿cómo debo yo asistir á ella? Vendrán los dias en que estos mismos Fariseos, que hoy, o Salvador mio, os hacen estas preguntas: sí, vendrán estos dias, y no estan ya muy lejos, en que pedirán vuestra muerte, y la conseguirán. Vos morireis, o tierno Esposo, y pri-

varán de Vos á vuestra Esposa; pero por un prodigio de vuestra sabiduría, de vuestro poder y de vuestro amor, mientras vuestros enemigos le quitarán vuestra presencia visible, vos os dareis á ella, y con ella estareis, con una presencia real, bien que invisible, de la que no podrá privarla jamas el furor de los Judíos, de los tiranos, de los hereges, y que será su consolacion sobre la tierra hasta el dia en que tenga la felicidad de veros entre los resplandores de vuestra gloria, y de participar con Vos de las delicias de vuestro Reino eterno.

Lo tercero. *Jesus anuncia el estado futuro de su Iglesia.*—« Entonces por aquel tiempo ayunarán..» Despues de la muerte de Jesucristo, de su Ascension al cielo, y de la Venida del Espíritu Santo. La vida de los cristianos vino á ser una vida de ayunos de oraciones, de aflicciones y de lágrimas, de despego del mundo, y de suspiros por el cielo... « Por aquel tiempo ayunarán... » Estos dias deben durar hasta el fin del mundo: por todo este tiempo la Iglesia suspirará por su Esposo, continuará sobre la tierra su sufrimiento, y cumplirá la voluntad de su Esposo, y de este modo se hará digna de él. — Nosotros estamos en estos dias de ayuno, de aflicion, de separacion, y de destierro. ¿Cuáles son nuestros ayunos, nuestras mortificaciones, nuestros sufrimientos, nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros suspiros?

Peticion y Coloquio.

¡O esposo divino de mi alma! ¿cuándo te veré, cuándo te poseeré? ¿Separado de Vos puedo gustar algun bien, ó algun placer en la tierra? ¡Ah! No puedo tener otro que el de amaros, de serviros, de unirme á Vos, de humillarme, y de sufrir por Vos. Esto es, Esposo divino, lo que de mí pedís, esto es lo que yo prometo, y esto será lo que me lleve á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXX.

JESUS CONFIRMA SU RESPUESTA PRECEDENTE CON TRES COMPARACIONES.

S. Mat., c. IX. v. XVI, XVII. — S. Marc, c, II, v. XXI, XXII. — S. Luc, c. V, v. XXXVI, XXXIX.

Observemos aquí primero los misterios que se pueden considerar bajo el velo de estas tres comparaciones; y de aquí la respuesta á la queja de los Fariseos que en ellas se puede descubrir; y finalmente las reglas de conducta que de las tres comparaciones se pueden sacar.

PUNTO PRIMERO.

De los misterios que se pueden considerar bajo el velo de estas tres comparaciones.

Jesucristo anunciaba algunas veces los mas profundos misterios bajo el velo de las comparaciones mas familiares. La piedad exige que penetremos estas profundas verdades para edificarnos con ellas, y no para mover disputas sobre el sentido de las palabras del Salvador. Se comprenden suficiente-

mente, cuando de ellas se saca instruccion y edificacion. Jesus estaba siempre lleno de la idea de su grande obra, que era el establecimiento de la Iglesia. Tambien ahora se declaró su esposo, como lo hemos visto; y parece que en las siguientes comparaciones continue á relevar sus ventajas sobre la sinagoga, y anunciar sus divinos privilegios.

Primera comparacion. De un paño, ó de un vestido nuevo, del que ninguno corta un pedazo para acomodar otro usado y viejo.—«Ninguno pone á un vestido viejo remiendo de paño nuevo; de otra manera el nuevo rompe el viejo... El nuevo quita de lo viejo, y se hace peor la rotura.»

Bajo de esta comparacion ó semejanza se puede entender la ley nueva; la que no es permitido desfigurar, por decirlo así, cortándole alguna cosa... Algunos Judíos desde el principio del cristianismo, como se lamenta S. Pablo en sus epístolas, pretendian hacer esta mezcla de retener la circuncision, y las figuras de la antigua ley con las verdades del Evangelio. Mahoma hizo esta mezcla, y queriendo unir algunas verdades de la ley nueva con la ley antigua, corrompió la una y la otra, é hizo un monstruo de religion: los hereges hacen esta mezcla, siguiendo muchos dogmas de la ley nueva, y cortando otros para conciliarlos con los antiguos prejuicios de una razon ciega, y que se pierde en los sistemas que ella fabrica.—Esta misma mezcla hacen los pecadores, cuando recibiendo el Evangelio cortan algunos preceptos, ó pretenden sujetar

algunas de sus reglas al arbitrio de su conciencia errónea. Los dogmas y los preceptos que la Iglesia ha recibido de Jesucristo, y que ella nos enseña, son en cierta manera aquel paño, aquel vestido nuevo de que debemos vestirnos, y al que nada es lícito cortar; pues cortándole, no se compone el viejo que se quiere conservar, y nos hacemos culpables, por haber echado á perder el nuevo que se nos ha dado, ofendemos á quien nos lo dió, y provocamos contra nosotros todo el peso de su cólera.

Segunda comparacion. Del vino nuevo, el cual no se echa en pieles viejas, sino nuevas.— « Y ninguno echa el vino nuevo en pellejos viejos; porque de otra manera el vino romperá las pieles, el vino se derramará, y las pieles se pierden; mas el vino nuevo se debe echar en pellejos nuevos... y lo uno y los otros se conservan... » Bajo de esta comparacion podemos reconocer el espíritu de la nueva ley, y los Sacramentos que se dividen en Sacramentos de vivos, y Sacramentos de muertos. El espíritu Santo, de que fueron llenos los Apóstoles el dia de Pentecostes, no se les dió para ellos solos, sino tambien para que lo comunicasen á los fieles. Pero para recibir este espíritu nuevo, este espíritu de fuego y de amor, era necesario que ellos y los fieles, despues de haber sido instruidos en los dogmas y en los preceptos de la nueva ley, hubiesen sido regenerados, y hechos nuevas criaturas por medio del bautismo. Es necesario tambien que el cristiano que ha perdido la gracia del bautismo, la recupere,

se purgue, y se renueve en el Sacramento de la Penitencia antes de recibir alguno de los otros Sacramentos, que todos confieren por sí mismos la gracia del Espíritu Santo. De otra manera el Sacramento viene profanado, y deshonrado el Espíritu Santo, puesta bajo de los pies su gracia; y el temerario que en este estado de hombre viejo ha recibido el Sacramento, lo ha recibido para su perdicion, y para su condenacion. Al contrario, si recibe este nuevo don con un corazon nuevo y purgado, todo va bien regulado, y todo se conserva.

Tercera comparacion. Del vino nuevo, á que no se puede adaptar luego un hombre acostumbrado al vino viejo —« Y ninguno que bebe el vino viejo quiere á un mismo tiempo del nuevo, porque dice: mejor es lo añejo. »

Lo primero. Podemos reconocer bajo de esta comparacion el sacrificio de la nueva ley, y el Sacramento de la Eucaristía. Este vino nuevo es la misma sangre de Jesucristo, derramada una vez por todos, ofrecida todos los dias, y de què nosotros igualmente participamos, recibiéndolo, ó bajo la especie de pan, ó bajo la especie de vino. Este caliz del nuevo Testamento ha sucedido á todos los sacrificios del antiguo, en que la sangre de los animales era solo la figura de la de Jesucristo contenida en este caliz. Pero no se abolieron luego todos los antiguos sacrificios... Los Judíos que estaban acostumbrados á ellos, hubieran rehusado el vino nuevo, y se hubieran atenido á solo el viejo. Fue

necesario, pues, segun el lenguage de los Santos Padres, enterrar con honor la sinagoga, y tolerar aun por algun tiempo los antiguos sacrificios. La desgracia de los Judíos, despues de la destruccion del Templo, y de la abolicion de los sacrificios, es de perseverar en su obstinacion, y de atenerse siempre á aquel vino viejo, que ya no existe. La desgracia de los hereges, despues de la palabra expresa de Jesucristo, es de atenerse aun al vino viejo, de reconocer en la nueva alianza solo un vino natural y figurativo, de admitir una comunion sin realidad, y una religion sin sacrificio. La desgracia de los pecadores, despues de las promesas y las amenazas de Jesucristo, es de atenerse al vino viejo de sus pasiones, y de sus malos hábitos, y al encanto de sus envenenados placeres, que les ocasionan la muerte, antes que llegarse al caliz de la salud, que da la vida, y una vida eterna. Y la desgracia de los relajados y de los tibios es de beber este vino nuevo con disgusto é indiferencia, conservando aun el gusto por el vino viejo de su amor propio, de sus gustos, y de su disipacion... ¡O sangre preciosa! ¡O vino nuevo bajado del cielo! Caed sobre mi alma, purgadla, santificadla, fortificadla y embriagadla, para que en una tan santa embriaguez no tenga ya otro gusto que por Vos, ni otro amor que por aquel que os ha derramado por mí, y ha sabido prepararme una bebida tan deliciosa.

Lo segundo. Bajo de esta comparacion se puede reconocer tambien el pasage de una vida desastrada

á una vida bien arreglada y mortificada. Ninguna cosa hay á la verdad de mayor consuelo, ni mas agradable, que vivir una vida arreglada. No, no hay cosa alguna tan dulce, que pueda igualarse con la paz de una buena conciencia, y este es el estado á que nos conduce una vida verdaderamente cristiana. Es verdad por otro lado, que una alma que comienza á mudar de vida, no siente luego al punto de una vez las dulzuras de la paz, y el gusto que se halla en vivir con Dios. La piedad tiene sus rigores, y esto es lo que al principio experimenta el pecador... Acostumbrado á los placeres de una vida sensual y mundana, esclavo de las pasiones, y del hombre viejo, habiéndose siempre dejado guiar de sus deseos, y habiendo juzgado de las cosas solo segun el gusto desarreglado de su corazon, ¿cómo es posible que pierda todos sus hábitos sin experimentar dificultad y repugnancia?

Es necesario en un director mucha prudencia para usar temperamento, para moderar la ley de la penitencia, y contener tambien en sus límites con su autoridad el primer fervor de un alma penetrada de los extravíos y desórdenes de su vida; de otra manera la continuacion de una tal conversion podria ser funesta, y una tal mudanza de vida tener un fin infeliz. El hábito de un comercio mundano se ha de vencer con el hábito del retiro; pero de un retiro que tenga su comercio, y en que el pecador, renaciendo en las lágrimas de la penitencia, encuentre ejemplos de virtud, y una com-

pañía santa y edificante. ¿Si los penitentes fuesen privados de todo aliciente, de todo entretenimiento sensible, cómo podrian vencer todos los halagos del mundo, de que sienten la impresion y la dulzura? Tal fue la conducta prudente y caritativa de Jesucristo con sus discípulos... Es grande imprudencia de un pastor el permitir que una de sus ovejuelas, que se convierte de sus extravíos, emprenda grandes austeridades con pretexto de ciertos halagos, que las mas veces no son otra cosa que asechanzas del demonio, y un engaño del amor propio. Un médico experimentado ordena á su enfermo remedios que pueda soportar. No hace caso de la hambre voraz de un hombre convaleciente. Lo que es el apetito respecto del cuerpo, lo son respecto del alma el ardor y el aliciente. Dar á un penitente reglas de conducta superior á sus fuerzas, es empeñarlo á dejarlo todo: no se puede pasar de un golpe, de la vivacidad de las pasiones á los ápices del amor puro y perfecto de una caridad consumada.

PUNTO II.

De la respuesta á la queja de los Fariseos, que se puede descubrir en estas tres comparaciones.

Los discípulos de Jesucristo no eran de una complexion mas debil que la de los de Juan para orar, y para ayunar; pero por entonces se hallaban en

una diferente situacion : esto es lo que ya explicó Jesucristo bajo la figura simbólica del Esposo ; mas en adelante debian tener un diferente destino ; y esto es lo que Jesucristo esconde bajo de estas tres comparaciones. La respuesta que en ellas se contiene es una confirmacion de la que ya ha dado, y en ella se debe hallar el sentido mismo, cubierto de la misma oscuridad para los enemigos de Jesucristo.

Lo primero. *No se acomoda un vestido viejo con un pedazo de un vestido, ó de un paño nuevo.* — Esto es: mis discípulos pertenecen á una ley nueva, y estan destinados á publicarla, y á establecerla. Esta ley de amor y de union tendrá sus oraciones y sus propios ayunos, porque tendrán nuevos motivos de orar, y de ayunar. Cuando mis discípulos habrán ya publicado esta nueva ley, la harán recomendable por sus virtudes, por la santidad, y por la austeridad de su vida. No quiero yo, pues, retraerlos de su destino para sujetarlos á las prácticas comunes de la antigua ley, ni exigir de ellos que la sostengan en su vejez con ejercicios de mortificacion y de piedad, queriendo que estos se reserven para el tiempo de la ley nueva.

Lo segundo. *No se echa vino nuevo en los pellejos viejos.* — Esto es: mis discípulos, destinados á recibir el espíritu de la nueva ley, espíritu de celo y de mortificacion, de amor y de union con Dios, no tienen necesidad de llenarse del espíritu de la ley antigua, y de practicar sus obras: conviene que se

conserven para recibir el espíritu nuevo; y cuando lo habrán recibido, y lo comunicarán á otros, entonces ayunarán y orarán.

Lo tercero. *Un hombre acostumbrado al vino viejo, no pide luego al punto vino nuevo.*—Esto es: mis discípulos, destinados á beber y distribuir á los otros el caliz de la nueva alianza, caliz de sangre y de sufrimiento, de sacrificio y de martirio, no tienen necesidad de acostumbrarse al caliz, y á las mortificaciones de la antigua alianza: seria esto un obstáculo á mis designios sobre ellos, y tendrian ellos mayor dificultad en acostumbrarse al vino nuevo, al caliz que yo les destino.—Veis aquí, pues, cuál era el destino de los Apóstoles, ¿no es tambien por ventura el nuestro? Nosotros hemos recibido la nueva ley, su espíritu y su caliz, ¿pero corresponde nuestra vida á los dones recibidos, y á las obligaciones que hemos contraido recibiéndolos?

PUNTO III.

De las reglas de conducta que se pueden sacar de estas tres comparaciones.

Se puede aplicar la primera á los pecadores que queramos convertir, y cuya conciencia debemos purgar... ¡Oh! y cuánta paciencia es necesaria para examinar y conocer el estado miserable en que estos se hallan, y todos los daños que ha padecido la vestidura de la inocencia de que estuvieron vesti-

dos! ¡Cuánta dulzura y destreza se necesita para conservar aquellos pocos sentimientos que les quedan, para animar su confianza sin lisongearlos, y para hacerles conocer su miseria sin desanimarlos! ¡Cuánta sabiduría se requiere en la eleccion de los medios para proporcionarlos á la flaqueza de la persona, sin destruirlo todo con obras demasiado severas, con prácticas demasiado penosas, y por decirlo así, demasiado nuevas para ellos!

Segun'o. Se puede aplicar la segunda comparacion á los principiantes, y á los nuevamente convertidos, que conviene dirigir... Su fervor es por lo comun imprudente, no conocen la propia debilidad, y quieren hacer mas de lo que pueden. Es necesario moderarlos: su fervor es ambicioso: se dejan llevar de cuanto han leido en las vidas de los Santos, y quieren luego imitarlos. Es necesario primero fundarlos en la humildad, y no prevenir los movimientos de la gracia: su fervor es pasagero é inconstante: un medio de establecerlo, y hacerlo mas sólido es el negarles en parte, y diferir de propósito lo que desean con ardor. Por falta de esta precaucion se han visto desvanecerse bien presto los mas bellos principios, y almas muy fervorosas volver á los excesos de una vida licenciosa.

Tercero. Se puede aplicar la tercera comparacion á las personas piadosas que conviene adelantar. Hay muchas que limitan su piedad á evitar el pecado mortal, á frecuentar los Sacramentos, y á conservar algunas prácticas de devocion; con todo

esto, siempre viven en un mismo estado, sin dar algun paso en la vida espiritual, y en la victoria de sus pasiones. Tienen siempre el mismo amor propio, la misma sensibilidad, el mismo apego á los objetos terrenos, la misma disipacion, y las mismas imperfecciones: no piensan en adelantarse en el amor de Dios, y en la union con él, en el conocimiento, y en la imitacion de Jesucristo. No se aplican á mortificar sus sentidos, á elevar sus miras, á purificar sus intenciones, á destacar su corazon, á aumentar su fe, á animar su esperanza, y á perfeccionar su caridad: no gustan estas de Dios, ni las dulzuras que comunica á las almas interiores: no pueden pensar sin espanto en la muerte, y sirven á Dios mas por espíritu de temor, que por amor. Conviene usar de celo para no dejarlas perecer en este estado: se requiere una grande prudencia para poderlas sacar, y retirarlas poco á poco de él, acostumbrándolas primero á meditar, á recogerse de tiempo en tiempo, y á vencerse en las cosas fáciles. Insensiblemente tomarán gusto á estos nuevos ejercicios, y á medida que harán progresos en ellos, adquirirán nuevas gracias y nuevo ardor, y hallarán en este vino nuevo una fuerza deliciosa, que les hará despreciar el viejo que ellas creian no poder abandonar.

Peticion y Coloquio.

Concededme esta gracia, o Dios mio, dadme un corazon nuevo, que sea á propósito para recibir el vino nuevo de vuestro Evangelio, y que pueda gustar las máximas mas elevadas. Reformadme y renovadme, derramando sobre mí con abundancia vuestro divino espíritu. Vos me lo habeis merecido y alcanzado con el precio de vuestra sangre: yo pertenezco ya á á la nueva alianza, dadme una perfecta inteligencia de ella, para que practicando vuestra doctrina en su perfeccion, y conformándome con el espíritu de la nueva ley, pueda tener mas amor por el sufrimiento, mayor gusto por la austeridad, y una íntima union con Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXI.

SUPLICA DE JAIRO A JESUCRISTO.

S. Mat., c. IX. v. XVIII, XIX, —S. Marc, c. V, v. XXII, XXIV. — S. Luc. c. VIII, v. XLI, XLII.

Examinemos primero, cómo fue hecha esta súplica. Segundo. Cómo fue aceptada. Tercero. Cómo haremos nosotros las nuestras.

PUNTO PRIMERO.

Cómo hizo Jairo su súplica.

Lo primero. *Con respeto.* — « Y mientras les decia estas cosas... vino uno de los Príncipes de la sinagoga, llamado Jairo, y se postró á sus pies, y lo adoró... le rogaba que entrase en su casa...» ¿Es esta la postura, son estos los sentimientos con que nos presentamos á la oracion, y con que estamos en la presencia de Dios?

Lo segundo. *Con ardor.* — « Y le pedia instantemente que fuese á su casa, porque tenia una hija única de edad de cerca de doce años próxima á morir... » Tratábase de salvar la vida á una hija amada, que formaba toda la esperanza y consuelo de este afligido padre. ¿Qué interes podia ser de mas cuidado para este hombre? ¡Ah! si pensáramos que en nuestras oraciones se trata de la salvacion de nuestra alma, alma única, y siempre en peligro de muerte, y de una muerte eterna, ¿seria por ventura necesario exhortarnos á orar con igual ardor, y con igual respeto?

Lo tercero. *Con simplicidad.* — Este tierno padre se contenta con exponer el miserable estado á que está reducida su hija, diciendo: « Mi hija está en los últimos... » Mi hija actualmente está sin esperanza y sin remedio: son inútiles todos los cuidados: el mal ha prevalecido, y espero verla bien presto dar la última respiracion... Yo la considero como muerta, si Vos no la socorreis... ¿En qué estado se halla nuestra alma? ¿No está por ventura muerta? ¿No está por lo menos enferma, desfallecida, y al extremo? ¡Ah! no está ya sin remedio, porque tenemos á Jesucristo: aprovechémonos de su presencia, expongámosle con sinceridad nuestro estado, y esperémoslo todo de su poder y de su bondad: esperemos la sanidad, la fuerza y la vida.

Lo cuarto. *Con fe.* — « Pero ven, pon sobre ella tu mano, y vivirá... » Era grande la fe de Jairo

pero no era perfecta: no era como la del Centurion; por eso el Señor la recompensó, pero sin hacerle el elogio... ¡Oh! y cuán bueno es Jesus! Se compadece de nuestra debilidad, y nos perdona muchos defectos por nuestra confianza en él.

PUNTO II.

Cómo fue aceptada la súplica de Jairo.

Lo primero. *Jesus la aceptó con una bondad sin semejante, que se manifestó en la prontitud con que siguió á este padre afligido.* — « Y Jesus levantándose, se fué tras él con sus discípulos... » Estaba Jesus sentado en medio de una numerosa asamblea, á quien hablaba para instruirla, ó por mejor decir, para rebatir á sus enemigos, justificando su doctrina, y la conducta de sus discípulos, cuando Jairo vino á presentársele; y con todo eso se levanta, lo deja todo, y se pone á seguir al que implora su socorro. ¿No es esta misma, ó como esta la prontitud con que este Dios Salvador nos oye cuando lo invocamos?

Lo segundo. *Jesus oye la súplica de Jairo con una bondad sin igual, que se manifestó en su silencio.* — Nada respondió el Salvador á este hombre, cabeza que era de la sinagoga; pero incontinenti se levantó, y se partió con él. Este silencio, junto con la a c

cion, debe consolar mucho á Jairo : de una parte le hacia Jesus ver como se interesaba en su afliccion; y por otra que debia estar seguro del socorro que le habia venido á pedir. Jesucristo caminó así en silencio, y no lo quebrantó sino para fortificar mas la fe de Jairo, y darle nuevos motivos de consuelo.

Lo tercero. *Jesus escucha la súplica de Jairo con una bondad sin semejante, que se manifestó en sufrir la indiscrecion del pueblo.* — « Y Jesus fué con él, y lo seguia una multitud del pueblo... y lo oprimian... » Jesus fue seguido no solo de sus discípulos, sino tambien de una tropa innumerable del pueblo, deseoso de oirlo, y curioso de verlo hacer milagros... El pueblo no entiende de leyes de moderacion : sin respeto á su sagrada persona, que ellos verdaderamente admiraban, llevados de su propio ardor, y de la vehemencia de sus deseos, se echaban sobre el Señor, lo cercaban, le cerraban el paso y lo oprimian ; pero Jesus no se queja de nn do alguno.

Lo cuarto. *Jesucristo recibe la súplica de Jairo con una bondad incomparable, que se manifestó en su condescendencia para perfeccionar la fe de este hombre.* — El Salvador, para acrecentar la fe de Jairo, no se sirvió ya de represiones, afeándole su poca confianza, no : porque con esto su estado de afliccion le hubiera sido mucho mas amargo ; ni tampoco se sirvió de alguna instruccion de palabras, porque siendo Jairo uno de los principales de la sinagoga,

le hubiera añadido á su dolor una grande humillacion : lo hizo solo obrando en su presencia un milagro mas grande del que pedia en su favor , como veremos. — ¡ O Divino Jesus ! Anatema á quien no os ama : ¡O divina bondad, cuán mal os imito yo! ¿ Es esta la prontitud con que socorro á mi prójimo? ¿ Es esta la atencion que pongo en consolarlo? ¿ Es esta la paciencia en sufrirlo , y la condescendencia en instruirlo ?

PUNTO III.

Cómo hacemos nosotros nuestras súplicas.

La oracion es el alma de la vida cristiana, y la manera con que la hacemos puede hacernos conocer los progresos que hemos hecho en la vida espiritual .. Para entrar en un examen tan importante, sirvámonos de unas palabras de San Lucas * que no podremos examinar en su lugar : dice, pues, que Jesucristo nuestro divino ejemplar pasó la noche precedente á la eleccion de los Apóstoles *en la oracion de Dios*, esto es, en una larga y fervorosa oracion. Esto supuesto, distingamos aquí cuatro suertes de Cristianos que oran , y examinemos de cuál número somos nosotros.

Primera. Hay algunos Cristianos que ó no oran, ú oran muy poco.— Toda su oracion consiste en

* S. Luc. c. VI, v. XII.

una breve fórmula rezada por la mañana de priesa, y á la noche ya medio durmiendo. Estas son todas las alabanzas que dan á su Criador y á su Salvador, este es todo el tributo que le pagan, todo el reconocimiento que le muestran, todas las peticiones que le hacen, y todo el comercio que tienen con él.— ¿Es esta una vida cristiana? *¿Es esta una oracion de Dios?* ¡Ah! esta antes bien es una oracion de práctica y hábito?

Segunda. Hay otros que rezan largas oraciones, ó sea que estas sean para ellos de precepto, ó sea que ellos mismos se hayan impuesto esta obligacion, y no quieren faltar á ella, quieren sí cumplirla. En esto son laudables; pero si estas oraciones se rezan sin atencion alguna, sin hacer algun esfuerzo para mantenerse en el recogimiento necesario; si rezándolas no hacen alguna diligencia para guardar sus sentidos: si dan al espíritu una entera libertad de ocuparse en otras varias cosas, *¿será esta una oracion de Dios?* No: será una oracion que se hace por satisfacerse á sí mismos, y de que despues ellos mismos quedan muy contentos. ¿Pero quedará Dios contento de nosotros?

Tercera. Hay otros que estan mucho tiempo en el lugar de la oracion: son continuos en asistir á la Iglesia, á la Misa, á los oficios y á las bendiciones: esto es cosa de edificacion; pero si todo este tiempo se pasa en ocio, ó en distraccion; si Dios no está presente á su espíritu, ni á su corazon, aunque por otro lado se suponga respetuosa la presencia de su

cuerpo, esta *no es una oracion de Dios*, es á lo mas una oracion del cuerpo, una oracion de hombres, una oracion del mundo y del público. Y he aquí cuál es la mayor parte de nuestras oraciones: oraciones de ceremonia, oraciones de labios, oraciones de cuerpo; pero *no oracion de Dios*. ¿Y será maravilla que despues de esto queden sin efecto nuestras oraciones? ¿En vez de ser oidos no mereceremos ser castigados?

Cuarta. Hay otros finalmente que, ó sea que oren vocalmente ó mentalmente en sus casas ó en la Iglesia, oran con el espíritu y con el corazon: tienen siempre el espíritu y el corazon lleno de Dios: lo alaban, le dan gracias por todo, lo aman sobre todas las cosas: gustan de su presencia: hablan de sus beneficios, de sus misericordias, de los bienes que nos concede, y de las felicidades que nos promete. Pasan de este modo sus dias *en la oracion de Dios:* alcanzan lo que piden, y como Jairo aun mucho mas de lo que piden. Nosotros envidiamos la suerte de estos, mas está en nuestra mano el adquirirla. Comencemos purgando nuestro corazon de todo aquello que lo ocupa inútilmente: tengamos cuidado de recogernos frecuentemente: persuadámonos bien que el espíritu de la oracion es esencial al Cristianismo, á nuestra profesion y á nuestra salvacion. Pidamos, pero como Jairo, con respeto, con ardor, con sincerida!, con fe, y obtendremos. En una palabra, reformemos nuestras oraciones, y estará bien presto reformada nuestra vida.

Peticion y Coloquio.

¡O Señor! Yo imitaré la humildad y el fervor de la oracion de este hombre cabeza de la sinagoga, ó antes bien conociendo mejor que él toda la extension de vuestro poder, empeñaré vuestra bondad con oraciones aun mas humildes y mas fervorosas, y Vos me hareis experimentar los efectos de vuestro poder, y de vuestra bondad en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXII.

SANA EL SEÑOR UNA MUGER QUE TENIA FLUJO DE SANGRE.

S. Mat., c. IX, v. XX, XXII. — S. Marc, c. V, v. XXV, XXXV. — S. Luc. c. VIII, v. XLIII, XLVIII.

La cura secreta de esta muger que padecia flujo de sangre, y el público testimonio de esta misma cura, formarán los dos puntos de esta meditacion.

PUNTO PRIMERO.

Cura secreta de la muger.

Lo primero. *Consideremos el estado miserable de esta muger.* — « Y de aquí una muger que habia doce años padecia flujo de sangre... Y habia sufrido mucho de muchos médicos... y habia gastado en médicos toda su hacienda, y ninguno la habia podido sanar... antes se habia empeorado mas... y se le acercó... »

Primero. *El estado de esta muger era de los mas*

penosos por la naturaleza de la enfermedad. — Enfermedad vergonzosa... Su enfermedad la llenaba de confusion. — Enfermedad envejecida, la sufria ya por doce años. — Enfermedad continua, que no la dejaba reposar, ni le permitia intervalo alguno de alivio. — Enfermedad acerba, que la tenia en el estado de imposibilidad de hacer cosa alguna, que la excluia de la compañía de la gente, y que cada dia la atormentaba mas. — Examinemos el estado de nuestra alma para ver si se halla oprimida de alguna enfermedad de este caracter...

Segundo. *Estado doloroso por los remedios que habia empleado.* — Remedios costosos: ella habia gastado todo su patrimonio: remedios inútiles: ninguno la habia podido sanar: remedios penosos: lejos de haber tenido algun alivio con los médicos, se hallaba en un estado peor que al principio; y antes los remedios le habian quitado las fuerzas, añadiéndola á la enfermedad la miseria... Cuando se trata de la sanidad del cuerpo, se sacrifica todo por los remedios que muchas veces son inútiles y siempre inciertos; pero si se trata de la sanidad del alma, y de procurar remedios infalibles, nada se quiere hacer, no nos queremos incomodar por buscarlos... Se necesitaria orar, leer, meditar, ayunar, mortificarse; pero no hay fuerza: se necesitaria hacer limosna, comprar buenos libros, conciliarse la proteccion de los Santos; pero entonces no hay medios: de esta manera se hace todo por el cuerpo y nada por el alma. Otros piensan acallar sus pa-

siones con satisfacerlas, pero se irritan mas.—En vano intentan curarnos la razon, el mundo y la filosofía. Solo Jesucristo y su religion pueden obrar este milagro.

Tercero. *Estado penoso por la desesperacion de no poder sanar.* — Si Jesucristo no hubiera obrado este milagro en favor de esta muger, hubiera sido su mal irremediable y sin esperanza.—¡Ah! y ¿dónde estariamos ya nosotros sin Jesus? ¿Pero con él qué podemos temer, y qué no podemos esperar?

Lo segundo. *Examinemos la suerte feliz de la muger.* — « Habiendo oido hablar de Jesus, se fué por detras entre la multitud, y tocó su vestido... » Probablemente esta muger no era de Cafarnaun, sino de algun otro lugar que estaba lejos; y por esto

Primero. *Fue su fortuna haber oido de Jesus:* — ¡Felices aquellos que frecuentan la Iglesia para oir hablar de Jesus! ¡Felices aquellos que tratan con personas que les hablan de Jesus! ¡Felices las compañías y las juntas en que se discurre de Jesus! ¡Afortunadas las familias en que se usa leer en comun algun libro espiritual para oir hablar de Jesus! ¡Afortunados aquellos que en su interior conversan con Jesus, y fijan sus pensamientos en la consideracion de su poder y de su bondad! ¡Y afortunados aquellos que llevan á paises y regiones remotas la gloria del nombre de Jesus, y el esplendor de sus maravillas!

Segundo. *Fue afortunada por haber venido donde se hallaba este divino Salvador.* — Dejó que otros discurrieran de las maravillas que de él se contaban, que las examinasen, que las creyesen, que las admirasen, ó que las censurasen, ella solo pensó en aprovecharse. — Sigamos su ejemplo, pensemos únicamente á salvarnos, y dejemos á los demas que discurran ó disputen.

Tercero. *Tuvo fortuna de aprovecharse de la primera ocasion que se le presentó de ver á Jesus.* — Si lo hubiera hallado en la casa donde ordinariamente moraba, si lo hubiera encontrado en medio de alguna campaña ocupado en tocar y curar los enfermos que se le presentaban, la ocasion hubiera sido favorable, entonces le hubiera sido facil acercarse y obtener la gracia que venia á buscar; pero el Señor estaba actualmente en viaje, uno de los principales de la sinagoga lo conducia apriesa á su casa para que sanase á su hija que estaba á punto de espirar: caminaba rodeado de una multitud innumerable del pueblo.—Cualquiera cosa menor que estas habria sido suficiente para desconcertarnos; pero ella no se desanimó por esto, no esperó mejor, ni mas cómoda ocasion, antes miró esta circunstancia como la mas favorable á sus intentos... Cuando una persona va sinceramente á Jesucristo, se aprovecha de todo, no se deja entretener de cosa alguna, se sirve de todas las ocasiones, y los obstáculos mismos le sirven de medios.

Lo tercero. *Observemos qué plan se forma esta*

muger para conseguir la sanidad. — Lo primero. *Plan fundado sobre una viva fe, sobre una profunda humildad, y sobre una grande sinceridad.* — Veia ella bien que en la circunstancia presente le era imposible hablar á Jesus, exponerle su afliccion, y presentársele; y aun cuando hubiese podido, se reputaba indigna, y no se hubiera atrevido á manifestar su estado en presencia de todo el pueblo... Formó el designio de acercarse á Jesus por detras, y tocarle la orla, que á ejemplo de los Judíos observantes de la ley llevaba abajo en su vestido... « Porque decia dentro de sí : solamente con que yo toque su vestido, quedaré sana. » Esta muger no habia oido jamas decir que alguno hubiese sido curado de aquel modo, y de hecho jamas habia sucedido... Su fe no solamente era grande, sino que era sin ejemplo... Con todo eso era aun muy imperfecta si se imaginaba poder tocar el vestido de Jesus sin que él lo supiese. El pueblo muchas veces confunde ideas muy diferentes con el fervor de su devocion, con el culto que da á Dios y á los Santos, á las imágenes y á las reliquias : la prudencia exige que se tolere y se instruya; pero que no se censure, ni se insulte. El ignorante con su sinceridad sabe obtener, y obtiene lo que el sabio con su doctrina no sabe ni aun pedir.

Lo segundo. *Plan ejecutado con valor.* — A pesar de su enfermedad y de su debilidad se metió entre la multitud : pasó adentro sin temor de ser oprimida : hizo sus esfuerzos : se adelantó cada vez un

poco mas ; y finalmente se llegó hasta Jesus, de quien esperaba la salud. ¡Ah! cuán diversa es nuestra conducta ! Nosotros formamos los mas bellos proyectos de conversion y de perfeccion; pero llegando el momento de ejecutarlos, la menor dificultad nos detiene, y creemos autorizar nuestra cobardía y flojedad , alegando por escusas mil importunos accidentes , é infinitos obstáculos insuperables.

Lo tercero. *Plan premiado con un éxito el mas feliz.* — Apenas llegó junto á Jesus, se aumentó su fe, y creció su atrevimiento , se bajó con respeto , tocó la extremidad del vestido del Salvador , y se levantó sana sin ser vista de ninguno. — « Y sintió en su cuerpo que estaba sana de aquel mal... » ¡Ay de mí! Nosotros tocamos no el vestido de Jesucristo, sino á Jesucristo mismo : su carne gloriosa. Nosotros lo recibimos , nos unimos con él , y no sanamos. ¿ Qué nos falta ? ¿Acaso la instruccion? No : nos falta la humildad , la fe , el deseo mismo de nuestra salud. ¡Oh! y cuán afortunada se juzgó esta muger en el momento de su sanidad ! ¡ Cuánto se alegró de la inocente sorpresa que hizo á Jesucristo! Pero no sabia aun los grandes favores que le estaban destinados, y la gran dulzura que despues de un momento de prueba habrá de gozar.

PUNTO II.

Testimonio público de la sanidad de esta muger.

Pregunta de Jesus lo primero llena de luz.—«Mas habiendo conocido Jesus luego al punto dentro de sí la virtud que de él habia salido, volviéndose á las turbas, dijo : ¿quién ha tocado mis vestidos..?» Jesucristo pretendia una confesion, y no buscaba una instruccion. — No ignoraba quien le habia tocado : sabia todos los pasos que habia dado la muger : conocia todos los pensamientos de su corazon; pero en esto obraba como si no hubiera tenido otro conocimiento que el de una experiencia humana, y puramente exterior. — Adoremos este infinito conocimiento de Jesucristo, y pensemos que en todos los lugares estamos presentes á sus ojos.

Lo segundo. *Pregunta llena de magestad.* — A este movimiento de Jesucristo, y á esta pregunta la turba que lo cercaba se apartó, y cada uno se escusó, y negó haber sido él. Así encontramos nosotros fácilmente las escusas : la mentira la reputamos por nada cuando se trata de huir, ó de evitar alguna reprension, ó un poco de confusion. ¿Qué será de mí, o Señor, cuando en el dia de vuestra cólera echareis vuestros ojos terribles sobre los pecadores, y les preguntareis, no ya quién me ha herido, quién me ha crucificado, quién me ha despreciado, quién

me ha ultrajado, quién ha profanado mis Sacramentos, quién ha abusado de mis gracias, quién ha pisado mi sangre y mis méritos? No tendrá lugar entonces la negativa ó la mentira: la verdad será pública y manifiesta. — Mientras que el pueblo se escusaba, la muger, á quien estaba prohibido todo comercio y comunicacion, se estaba escondida entre la demas gente, tenia los ojos bajos, y estaba en silencio, inquieta é incierta de lo que debia hacer; pero fue sin duda iluminada bien presto.

Lo tercero. *Pregunta llena de discernimiento.* — « Y negándolo todos, dijo Pedro y los que estaban con él: Maestro, las turbas se cierran y te oprimen, y tú preguntas, ¿quién me ha tocado? Y dijo Jesus: alguno me ha tocado, porque he notado que ha salido de mí virtud... » Jesus distingue entre aquellos que lo siguen la multitud del pueblo, cuya solicitud aprueba, y cuyos defectos sufre: y entre la multitud distingue las almas fervorosas, las cuales, aunque escondidas entre los muchos, no son inconstantes, ni estan distraidas, disipadas y sin atencion. — Procuremos ser de este número, y hagamos por conciliarnos los favores de Jesucristo por medio de una atencion secreta, de un recogimiento profundo, y de una comunicacion íntima.

Confesion de la muger. — Lo primero. *Confesion pronta.* — Mientras que Jesucristo decia á sus discípulos que habia salido de él un milagro: « miraba al rededor para ver aquella que lo habia tocado; pero la muger temerosa y temblando, sabiendo lo

que en ella habia sucedido... » Vió claramente que se trataba de ella, y que si habia sabido esconder su accion al conocimiento del pueblo, y de los discípulos, no la habia podido ocultar al de su Maestro... No obstante que fuese grandísimo su temor y su confusion viéndose descubierta, no se obstinó en callar, se fué toda temblando delante de Jesucristo, y se presentó para confesarlo todo... Despues veremos que el divino Salvador hablará al traidor Judas en una manera aun mas clara y mas precisa, y que este desgraciado no se dará por entendido. El motivo es que hay una grande diferencia entre un alma timorata que teme de haber hecho mal, sin intencion de hacerlo, y un corazon determinado al mal, que lo hace, y se abandona á los excesos de su pasion. La primera está atenta á todo, y sensible al mas mínimo remordimiento; y el otro de nada hace caso, se endurece en todas las cosas, y se ciega mas.

Lo segundo. *Confesion humilde.* — « Entonces la muger vino temblando... y se echó á sus pies... » Su corazon en presencia del Señor estaba aun mas humillado que su cuerpo : se acusó internamente de su atrevimiento, y de su temeridad, y temió ser culpada de impiedad y de sacrilegio. ¡ Ah ! me toca á mí, o Dios mio, á mí me toca echarme á vuestros pies. Yo sí, yo soy el que debo temer vuestros juicios, y estar lleno de horror á vista de la enormidad de mis pecados.

Lo tercero. *Confesion sincera.* — Esta muger que

habia usado tanta precaucion para mantenerse oculta, que nada mas temia que darse á conocer al pueblo, y que ni aun se atrevia á presentarse á Jesucristo, ahora postrada á sus pies, rodeada de este mismo pueblo que tenia los ojos fijos en ella, esta muger le dijo la verdad... « Y manifestó delante de todo el pueblo la causa que habia tenido para tocarlo... » Esto es, declaró públicamente cuanto en sí habia experimentado. La enfermedad incurable de que habia sido atormentada, el artificio secreto que habia usado, y finalmente como repentinamente habia quedado sana... ¡Oh! y cuán bueno es Jesus! ¡Ah! si supiéramos acusarnos delante de él, ó de quien tiene su lugar, con la confianza, con la humildad, con la sinceridad de esta muger, seria á él agradable esta conducta, y á nosotros meritoria!

Decision de Jesucristo. — Primero. *Decision que el pueblo espera con impaciencia.* — Nada habian comprendido el pueblo y los discípulos de las palabras del Salvador; ¿pero cuál debió ser su sorpresa cuando la muger hizo su relacion? Luego que la oyeron hablar, no sabian qué pensar de ella: no se atrevian á juzgar si fuese inocente ó culpada: esperaban la decision del Maestro, y estaban atentos á lo que iba á pronunciar.

Segundo. *Decision que la muger está ya dispuesta á aceptar.* — Despues de la confesion que acababa ella de hacer, ¿cuáles serian sus pensamientos? ¿cuál será su suerte? ¿Qué se hará de ella? ¿Se le quitará

acaso la sanidad que ha recibido, porque la ha robado por sorpresa? Ella no lo cree : ¿Se le dará alguna reprension pública y severa? Cree que la merece. ¿Se le perdonará su culpa, y se le escusará su hecho? Lo espera. Cualquiera cosa que le suceda, ella se pone en manos de su Juez, se sujeta á todo, está dispuesta á aceptar todo cuanto le agradare decir.

Tercero. *Decision en que resplandece la bondad y la dulzura de Jesucristo.* — ¡Afortunada muger! por tu experiencia conocerás perfectamente tu Salvador. Y sabes cuán poderoso es, y cuán iluminado, ahora aprenderás cuán bueno es : la muger ya sana, y llena de confusion no estuvo mucho tiempo indecisa, ni incierta de su suerte : el tierno nombre de hija con que Jesus la previene, le anunció su fortuna, y desde aquel momento se disipó toda su inquietud. La respuesta que recibió fue el elogio de su fe, y la confirmacion de su sanidad. « Y Jesus volviéndose, y mirándola, dijo : ten buen animo, hija : tu fe te ha salvado : anda, vete en paz, y sé sana de tu mal...»

Peticion y coloquio.

¡Qué paz, o gran Dios, qué paz! ¡Feliz temor, que guia á una paz tan deliciosa! Inspiradme, Señor, los sentimientos de esta muger para lograr como ella vuestras misericordias, para obtener mi sanidad, y para merecer aquella paz á que debe seguirse vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXXIII.

MUERTE DE LA HIJA DE JAIRO.

S. Mat., c. V. v. XXXV, XXXVI.—S. Luc, c. VIII, v. XLIX, L.

« Y mientras hablaba aun (Jesus) llegaron de casa del Príncipe de la sinagoga, y le dijeron : tu hija ha muerto, ¿para qué molestas mas al Maestro? Pero Jesus oyendo lo que le decian, dijo al Príncipe de la sinagoga : no temas, ten fe, y será salva... » Si la fe de Jairo debia estar perfectamente confirmada con el milagro que el Señor acababa de hacer con la muger del flujo de sangre, estuvo al mismo tiempo y en el mismo lugar expuesta á una durísima prueba. Jesus estaba aun hablando con el pueblo de la muger que habia sanado, cuando llegaron á anunciar á este Príncipe de la sinagoga que su hija habia ya muerto : añadiéndole, que no era conveniente incomodar ya mas al Maestro, ni obligarlo á hacer un viage mas largo. ¡ Oh ! ¡qué golpe de rayo para este afligido Padre! Caminaba

con Jesus, á quien habia visto obrar un milagro, y mientras se da por seguro de la sanidad de su hija, le llega la nueva de que ha muerto... ¡O muerte! ¡cuántas esperanzas destruyes! ¡cuántos proyectos echas por tierra! Solo no podrás tú destruir jamas la esperanza que se pone en Jesucristo. — Esta muerte puede servir de enseñanza á tres géneros de personas en particular, y á todo el mundo en general.

PUNTO PRIMERO.

Enseñanza para la juventud del bello sexo.

Contemplen aquí las jóvenes la hija de Jairo que ahora acaba de espirar, ó alguna otra de aquellas que han visto morir casi de su misma edad... Ha muerto aquella hija única, aquella rica heredera, aquella belleza joven: ni la nobleza de la sangre, ni la dignidad de su familia, ni las riquezas de su casa, ni su juventud, ni su garbo han podido preservarla de este último pasage... Apenas habia comparecido en el mundo, cuando se separó de él para siempre. ¡Ah! si por ventura ella ha amado este mundo: si el deseo de agradarle le ha hecho olvidarse de Dios: si el cuidado de su cuerpo le ha hecho descuidar de su alma: si ha cultivado su belleza para arrastrar tras sí ciertos adoradores: si sus modales han servido de algun escándalo á la inocencia: si las gracias de su espíritu y de su persona

se han empleado únicamente en extender lazos á la virtud : si ansiosa de sobresalir ha abierto su corazon al orgullo, y le ha dejado que se disipe en proyectos quiméricos, ¡ qué desgracia para ella ! ¡ qué necedad ! La muerte lo ha destruido todo, ha destruido sus proyectos y sus deseos... ¡ Oh ! y cuánto mas sabia es una virgen cristiana, á quien el pensamiento de la muerte hace igualmente despreciar todo lo que el mundo le puede ofrecer de agradable, y todo lo que ella puede tener de graciosa para el mundo; la cual cierta de que debe morir, y de que puede morir presto, ó deja el mundo con alegría por seguir y unirse á Jesucristo, ó si se empeña en el mundo, lo hace con temor, y con sola la resolucion de cumplir con la voluntad de Dios.

PUNTO II.

Enseñanza para los padres y para las madres.

Murió aquella hija amada, el objeto de vuestras ternuras, la felicidad de vuestra vida, el fundamento de vuestras esperanzas... Si la habeis recibido como un don de la mano de Dios, como un depósito que él os ha confiado, reservándose el derecho de pedirlo cuando le agrade : si la habeis criado en las máximas de la religion : si habeis formado en su corazon la virtud : si habeis tenido lejos de ella cuanto podia ofender su inocencia, ¡ ah ! nada habeis perdido : su felicidad es perfecta, y debe ser

vuestra consolacion ; pero al contrario : si la habeis mirado como un bien que os pertenecia en propiedad : si la habeis criado únicamente en las ideas de la ambicion y de la gloria mundana : si por enriquecerla habeis cometido injusticias , y descuidado de los pobres : si vosotros los primeros habeis sofocado en ella la semilla de la virtud , que pensábais contraria á vuestras intenciones : si la habeis inquietado en sus devociones , porque no eran de vuestro gusto ; ó si la habeis violentado sobre una vocacion que vosotros no teníais derecho á examinar : si todos vuestros cuidados fueron de hacerla gustar del mundo , de ofrecerla y mostrarla al mundo en los concursos , en los espectáculos , y en las ocasiones las mas peligrosas del mundo : si le habeis procurado ó permitido que tuviese ciertos libros aptos á corromper su corazon y su espíritu : si habeis condescendido con su lujo , con su vanidad : si habeis aprobado ó tolerado sus modales indecentes y lascivos , y sus discursos libres : si la habeis dejado en una profunda ignorancia de los misterios , y de las obligaciones de la religion , lejos de los Sacramentos , y en un habitual hastío á la oracion , y á las obras de piedad , ¡ah! ¡cuán dignos sois de compasion ! Ella ha muerto : vuestro dolor no admite consuelo alguno : su muerte es un castigo del cielo para vosotros , y para ella : su desgracia es irreparable , y la vuestra ; esto es : vuestro pecado no se puede reparar sino con una larga penitencia de toda vuestra vida.

PUNTO III.

Enseñanza para los jóvenes.

Jóvenes dados á los deleites de la impureza, ó expuestos al peligro de abandonarnos á este vicio, reflexionad siquiera una vez seriamente á cuanto sucede delante de vuestros ojos... Ha muerto aquella joven objeto de vuestro culto, y de vuestras adoraciones; mirad aquel rostro pálido, aquellos ojos sin luz, aquella boca descolorida, muertos los colores, y cárdeno todo el cuerpo, y que empieza ya á corromperse... Miradla con atencion: este es el ídolo á quien ofrecíais vuestro incienso, á quien entregábais vuestro corazon: esta es la divinidad á quien rendíais vuestros obsequios, vuestro culto, y vuestras adoraciones, con enorme desprecio del Dios viviente é inmortal que os ha criado, y que solo puede haceros felices. ¿Es posible que no abrireis jamas los ojos? ¿Qué no reconocereis jamas vuestro engaño? ¿Ignorais vosotros acaso que los que se forman estas divinidades, vendrán á parar en lo mismo, y se corromperán como ellas?

PUNTO IV.

Enseñanza para todo el mundo.

Seamos, pues, nosotros quien seamos, jóvenes ó viejos, un dia moriremos. Un dia se dirá de nosotros: ya está muerto, ya está muerta. ¡O dura, pero inevitable necesidad! Nuestro Señor, que hasta ahora nada habia dicho á Jairo, al oir la nueva que le anunciaron, y al ver la viva impresion que hacia en su corazon, animó su confianza y su fe, que ya estaba para caer, y le dijo: « no temas: ten fe, que será salvada... » Tales son los sentimientos importantes que debemos tener en la muerte, é inspirar á las personas moribundas... Sentimientos de fe y de confianza, que el demonio procurará impedirnos. — Entonces nuestros pecados se presentarán á nuestra memoria, con toda su gravedad; y se nos presentarán nuestras buenas obras: sí, pero con sus imperfecciones: nuestras confesiones serán para nosotros nuevo motivo de temor: pero confiemos, si hasta entonces hemos tenido cuidado de nuestra alma; creamos entonces; creamos que ella será salva.

Peticion y Coloquio.

Sí, Dios mio; cuando en aquel último momento habré hecho cuanto dependerá de mí, descansaré en vuestra misericordia, y me atendré á vuestra santa palabra: no haré caso de mis dudas sobre lo pasado; ni de mis incertidumbres, ni de mis temores sobre lo por venir; me abandonaré á una perfecta confianza en vuestros méritos: moriré en la fe que me habeis dado; en la Iglesia que habeis fundado; creyendo firmemente, y condenando absolutamente todo aquello que cree; y que condena esta Iglesia Católica, Apostólica y Romana: y en lo demas esperaré en paz el efecto de esta divina palabra, de esta palabra de consuelo, que será para mi alma la prenda segura de vuestra gloria; de esta palabra que Vos enderezásteis á Jairo: «Solamente ten fe, y será salva...» Amen.

MEDITACION LXXIV.

PREPARATIVOS PARA EL FUNERAL DE LA HIJA DE JAIRO.

S. Mat., c. IX, v. XXII, XXIV.— S. Marc, c. V. v. XXXVII, XL.—S. Luc, c. VIII. v. LI, LIII.

Examinemos aquí primero, que cambiamiento causa en una casa la muerte: segundo, qué idea nos da de la muerte la Religion: tercero, qué juicio hace el mundo de esta verdad de la Religion.

PUNTO PRIMERO.

Qué cambiamiento causa la muerte en una casa.

« Y habiendo llegado Jesus á la casa de aquel principal, y habiendo visto los trompetas y una turba de gente, que hacia mucho estrépito.... y á los que lloraban y daban gritos... no permitió que alguno entrase con él, sino Pedro, Jacobo y Juan... y el padre y la madre de la niña. Y todos lloraban, y se daban golpes de pecho por ella...»

Habiendo llegado Jesus á la casa de Jairo, ¿qué encontró en ella? aquello puntualmente que se encuentra en la casa de los grandes; mucho ruido; gran tumulto; grandes gritos; grande aparato. Pero estrépito, tumulto, gritos y aparato bien diferente de los que se oian en tiempo de su vida. En vez de aquella pompa alegre que se veia en los palacios de los ricos del siglo; en vez de aquellas solemnes fiestas que enamoraban, no se ve ya otra cosa, que un aparato triste de una fúnebre pompa; y cada uno solo atento á preparar un duelo suntuoso; á regular las funciones de un lúgubre ceremonial: en vez de aquellos gritos de alegría, y en vez acaso de los gritos disolutos, que se oian, ya no se oye otra cosa, que gemidos y suspiros. ¡O muerte, son ciertamente amargos y dolorosos los cambiamientos que ocasionas! ¡oh, y cuán instructivos son, y cuán bien descubres la vanidad de las cosas de este mundo! ¿Pero qué encanto es este; que no acabas de sacarnos del engaño?

PUNTO II.

La idea que de la muerte nos da la Religion.

La muerte no es otra cosa que un sueño... « Y luego que entró dentro les dijo: ¿Por qué os afanais y llorais...? Retiraos; porque la niña no ha muerto, sino que duerme...»

Los Israelitas, en su lengua, llaman sueño, ó reposo á la muerte de una persona que acaba de espirar. Por otra parte, la muerte de esta hija, que debia ser resucitada, no era efectivamente, como la de los otros hombres: no debia durar mas, que lo que dura un sueño ligero. Con esta expresion nos enseña Jesucristo como se debe esconder á veces una obra luminosa y grande bajo un nombre, que cubre su esplendor... Nos recuerda al mismo tiempo que la muerte, segun los principios de la Religion, y el lenguage de la Escritura, es verdaderamente un sueño: esto es; que nosotros no morimos enteramente y para siempre: que debemos un dia resucitar, y volver á la posesion de una nueva vida, por la reunion de nuestra alma con nuestro mismo cuerpo, y que esta reunion será eterna::: Que entonces habrá un nuevo orden de cosas, y otro mundo; que en él, cada uno será grande ó vil, feliz ó infeliz, segun sus obras buenas ó malas: que en él la felicidad será perfecta; extrema la miseria; una y otra eternas. Esta es nuestra fe y nuestra esperanza; verdades bien aptas para enjugar nuestras lágrimas sobre la muerte de nuestros amigos, y de nuestros prójimos; para endulzar los terrores que nos causa el pensamiento de nuestra propia muerte; y finalmente para santificarnos, haciéndonos emplear todos los momentos de la vida presente mirando únicamente á la futura que esperamos.

PUNTO III.

El juicio que hace el mundo de estas verdades de la Religion.

« Y se burlaban de él... sabiendo que estaba muerta... » El mundo se burla al oir decir que hay otra vida, como se burlaban aquellos, á quienes Jesucristo hablaba : pero son burlas indecentes é injuriosas; burlas injustas y mal fundadas; y burlas inútiles y dañosas para aquellos que las hacen.

Primero. *Burlas indecentes é injuriosas.* — No comprendian ellos, sin duda, el sentido de las palabras del Salvador, y por esto, les parecian absurdas ¿ pero la reputacion de Jesucristo, y la autoridad que se habia adquirido con sus milagros no debian, por ventura, inspirarles á lo menos el respeto, y hacerles suspender el juicio; ó antes bien persuadirles, que bajo de estas palabras se escondia alguna verdad, que ellos no conocian? Tal fue el juicio que hicieron los discípulos, y el padre y la madre de la difunta.—El libertino se burla de las consecuencias de la muerte : se burla de la fe de la otra vida, y cuanto se le dice, lo tiene por quimera ¿ pero no será de algun peso la autoridad de la Religion, de la Escritura, de la tradicion de todos los pueblos, y de todos los siglos? ¿ Ha estudiado él acaso esta fe, esta Religion? ¿La ha examinado, la ha confutado, ó la ha destruido? No; pero él no se toma pena por eso; lo convierte en ridículo; y

se hace una ley de reirse, de burlarse, y de hacer befa de todo.

Segundo. *Burlas injustas y mal fundadas.*—Los que se burlaban de Jesucristo, lo hacian; porque sabian muy bien que la niña estaba muerta; pero no sabian lo que podia Jesus, y lo que estaba resuelto á hacer. Tambien sabian el padre y la madre, que su hija estaba muerta; pero no dejaban de seguir á Jesucristo, y de esperar cuál seria el efecto de sus palabras... El impío no tiene otra ciencia, que la de sus sentidos; no ve otra cosa, que la muerte, y cree, que esta no tiene otras consecuencias: no ve otra cosa que este mundo, y cree que no hay otro: solo ve una pequeña parte de las cosas, y cree que lo ve todo. En vano la razon le grita, que Dios no ha criado los hombres únicamente para pasar algunos momentos sobre la tierra; para ser en ella felices ó miserables, segun el capricho de una ciega fortuna, y de esta manera sucederse los unos á los otros eternamente; que una tal idea no es digna de Dios, que es contraria á su grandeza, á su sabiduría y á su equidad; que este mundo es sola una preparacion para un mundo nuevo, y que esta vida tan breve es la semilla de una vida inmortal: en vano le revela el mismo Dios estas verdades, y le anuncia la magnificencia de sus obras; él solo se atiene á lo que ve, y no quiere saber, ni creer otra cosa.

Tercero. *Burlas inútiles, y únicamente dañosas á los que las hacen.*—Jesus no respondió á las burlas

de estos extraños, sino que continuó á obrar : les hizo salir de la casa ; y concluyó su obra... Burlaos, y reid cuanto os agrade, libertinos, impíos... Befaos cuanto querais... sin que concurrais vosotros, y aun contra vuestra propia voluntad, se continuará, y se perfeccionará la obra de Dios : el Señor ha hecho y ha destruido sin vosotros todos los siglos pasados : solo por su orden independiente de vuestra voluntad, habeis venido al mundo en el momento que él señaló; y en él vivís solo porque él quiere : cuando él quiera gemireis bajo del peso de la adversidad en los dolores de una enfermedad; y finalmente á su arbitrio é independientemente de vosotros, despues de haberos hecho sufrir todas las enfermedades y molestias de una vejez, se seguirá vuestra salida de este mundo : en el tiempo prescripto por su voluntad, vosotros saldreis; vosotros morireis : contra vuestra propia voluntad, os resucitará; él se formará un nuevo mundo; vosotros tendreis en él el puesto que os habrán merecido vuestras obras : y á pesar vuestro serán en él castigados los pecadores, y premiados los justos, en una manera digna de Dios; y vereis en todas las cosas cumplida la verdad de su palabra.

Peticion y Coloquio.

Cuanto á mí, o Señor, mejor instruido, y plenamente convencido de las verdades de mi Religion, quiero aplicarme á hacer un santo uso de la vida, para disponerme á esta muerte, para todos inevitable, y tanto apetecible para el verdadero cristiano.—Ayudadme á morir, o divino Salvador, y á no omitir cosa alguna de cuantas podrán cambiar esta pena dolorosa, que está impuesta á todo el linage humano, en un sacrificio lleno de alegría, de regocijo y de amor. Haced, o Divino Jesus mio, que ó viva yo ó muera, sea siempre vuestro: haced que el último suspiro de mi vida, sea un suspiro de amor, que me lleve al seno de vuestra gloria. **Amen.**

MEDITACION LXXV.

RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO.

S. Mat., c. IX, v. XXV, XXVI. — S. Marc., c. V, v. XL, XLIII. — S. Luc., c. VIII, v. LIV, LVI.

Esta resurreccion se puede mirar como una imagen de la resurreccion de un alma á la vida de la gracia : ó á una vida fervorosa : y haremos en esta meditacion cinco reflexiones.

PUNTO PRIMERO.

Los preliminares de la resurreccion.

« Luego que salió fuera la gente... tomó consigo á Pedro y á Santiago, y á Juan y al Padre, y á la Madre... y entró donde yacia la Niña... »

Jesus hizo salir toda la gente que hacia el ruido, y de que estaba llena toda la casa de Jairo... Llevó solo consigo tres discípulos, con el Padre y la Madre de la difunta; entró con ellos en la cámara, y se acercó á la cama donde la niña estaba sin movi-

miento y in vida. —El primer paso para la resurreccion ó conversion de nuestras almas es el retiro y el silencio. Demos principio con dar de mano á aquellos cuidados : á aquellas ocupaciones ; á aquellas visitas ; á aquellos entretenimientos; á aquellos libros inútiles; y á aquella multitud de pensamientos, de proyectos, de designios, de deseos, en que vivimos ocupados. De todo esto no debemos reservar otra cosa, que aquello que nos es preciso, segun nuestro estado, y absolutamente necesario : lo que es santo, y nos puede llevar al bien... Entonces Jesucristo vendrá á nosotros; entrará en nuestro interior, donde reina la muerte : la echará fuera, y nos dará la vida.

PUNTO II.

La manera como se hace la resurreccion.

« Y cogiendo la niña por la mano, le dijo : *Talitha cumi*, que quiere decir muchacha á tí te digo levántate... » ¡O mano poderosa! Vos os unís á una mano inmoble, helada por la muerte : Vos os dignais tocar un cadaver, y Vos le comunicais el calor, el movimiento y la vida. ¡O voz vivificante! Vos penetrais los profundos abismos, y quebrantais el imperio de la muerte : esta reconoce á su vencedor : y Vos la obligais á restituir la presa, de que se habia hecho Señora... Tocad mi corazon, ¡oh

Jesus! Hablad á mi corazon, y le será restituida la vida; Vos solo, y ningun otro, o Dios mio, podeis llamarme á una tal vida, con la aplicacion de vuestros méritos, y con la voz interior de vuestra gracia.

PUNTO III.

Esencia de la resurreccion.

« Y volvió á ella el espíritu... » Esta niña se halló llena de sanidad, de fuerza y de vida.—La esencia de la resurreccion espiritual es la vuelta del Espíritu Santo á nuestros corazones, para infundir y derramar en ellos la gracia justificante y la santidad, y para hacernos vivir una nueva vida fecunda de virtudes y de buenas obras. Si nosotros tenemos aun por guia el espíritu del mundo, del orgullo, de la disipacion, de los placeres, de la impureza, de la avaricia, y de la venganza, nuestra resurreccion nada tiene de realidad; es una pura ilusion.

PUNTO IV.

Las señales de la resurreccion.

« Y la niña se levantó... y caminaba.., y ordenó que le diesen de comer... » Si nosotros hemos resucitado verdaderamente, debemos comenzar con salir del seno de nuestros malos hábitos: esto es, con renunciar nuestras desregladas inclinaciones, las ocasiones del pecado, nuestra pereza, y nuestra tibieza en el servicio de Dios: debemos despues caminar en la práctica de las virtudes, y en la exacta observancia de la ley: finalmente despues de habernos probado á nosotros mismos, debemos comer el pan de la vida; tomarle gusto, y recibirlo frecuentemente, segun el aviso de un prudente, é iluminado director.

PUNTO V.

La publicacion de la resurreccion.

« Y los padres de ella quedaron maravillados... y les mandó estrechamente... que no dijesen á nadie lo que habia sucedido... » « Que nadie lo supiese... »

Ninguno puede describir suficientemente cuál fue el espanto de aquellos, que fueron testigos de un tan grande milagro. Los discípulos, aunque

acostumbrados á los prodigios que obraba Jesucristo, no habian visto aun otro semejante. El padre y la madre estuvieron tan fuera de sí mismos, que apenas podian creer á sus propios ojos. La sorpresa, el júbilo, y el reconocimiento se confundian en sus corazones, y les impedia el movimiento y el habla. Se hubiera de cierto manifestado al punto su admiracion con las alabanzas y accion de gracias, si Jesucristo previniendo las aclamaciones, no les hubiera impuesto silencio, y prohibido el decir á alguno la gracia que les habia hecho. El milagro se manifestó por sí mismo : los que habian visto la hija muerta, no pudieron dejar de reconocerla viva. « Y se divulgó la fama por todo aquel pais... » La conversion no se debe publicar ni por aquel que es el ministro ; esto seria vanidad : ni por aquel que es el sugeto ; esto seria ostentacion : ni por aquellos que son los confidentes ; esto seria indiscrecion : ella se debe manifestar por sí misma, y sin afectacion. El alma convertida sacará de esto dobles ventajas : los unos se burlarán, y esto servirá de expiacion y pena de las culpas cometidas: los otros se conmoverán, y se edificarán, y esto servirá para reparar el escándalo.

Peticion y coloquio.

O divino Jesus, que dais la vida al pecador, y os haceis obedecer de los muertos mismos, hablad á mi corazon, como lo hiciste á la hija de Jairo: unid vuestra mano invisible y omnipotente á la mia, para que haga obras de vida eterna. Haced que yo me alce, que camine, y que con una hambre espiritual tome el alimento que Vos me presentais, para que viva de vuestro espíritu comiendo vuestra carne, y con una vida santa llegue á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXXVI.

DA VISTA JESUS A DOS CIEGOS.
S. Mat., c, IX, v. xxvii, xxxi.

En la sanidad de estos dos ciegos podemos observar cinco circunstancias, que formarán su gloria, y nuestra confusion.

PUNTO PRIMERO.

Su ardor; y nuestra vileza.

Jesus pasa, y ellos lo siguen... « Y partiendo de allí Jesus, lo siguieron dos ciegos, gritando, y diciendo : Hijo de David ten misericordia de nosotros... »

Despues de la resurreccion de la hija de Jairo dejó Jesus á Cafarnaun para restituirse á Jerusalen, y corrió las ciudades y aldeas que se encontraban por el camino. Dos ciegos oyendo la multitud que acompañaba á Jesus por donde quiera que andaba, comprendieron, y acaso fueron advertidos de que era él el que pasaba. No dejaron huir la ocasion,

se aprovecharon del momento, y se pusieron á seguirlo, gritando detras de él, y diciendo con voz alta y compasiva: « hijo de David ten piedad de nosotros... » Admiremos su prudencia, y su ardor, y lloremos nuestra imprudencia, nuestra vileza, y nuestra desgracia. — *Nuestra imprudencia.* Dejando pasar todos los momentos que Dios nos presenta de salud, solemnidades, fiestas, tiempo santo de la Cuaresma, inspiraciones, disgusto del mundo, deseos de salvarnos, todo esto pasa, y nosotros siempre nos quedamos los mismos: siempre ciegos sobre nuestro interes mas importante, que es nuestra santificacion. — *Nuestra vileza.* A lo mas nosotros enviamos hácia el cielo unos suspiros lánguidos é imperfectos, en vez de aquel grito fuerte y animado que debiera salir del estado miserable de ceguedad en que vivimos. — *Nuestra desgracia.* Nada conocemos nosotros de nuestra miseria, ni de la necesidad que tenemos de las misericordias de Dios. Estamos ciegos sobre nuestros pecados, sobre nuestros defectos, sobre nuestros hábitos, sobre nuestras obligaciones, sobre los peligros que nos rodean, sobre la nada de las cosas del mundo, y sobre la importancia de la salud. Estamos ciegos en los caminos de Dios, y de la perfeccion sobre la escelencia de los dones espirituales, sobre el precio de las gracias que Dios hace á las almas fervorosas, y sobre la pérdida que diariamente hacemos de estas gracias; y lejos de sentir nuestra ceguedad, nos gloriamos aun de nuestras pretendidas luces.

—¡O hijo de David, Mesías enviado por Dios: hijo de Dios, Salvador de los hombres, tened piedad de nosotros.

PUNTO II.

Su perseverancia y nuestra inconstancia.

Jesus entra en una casa, y ellos se le acercan. « Y habiendo llegado á casa, se le presentaron los ciegos... » Habiendo entrado Jesus con sus discípulos en la casa donde habia de alojarse, lo siguieron los ciegos, hasta que consiguieron presentársele. ¡O, y qué afortunados se creyeron cuando estuvieron en su presencia! ¡O, y de qué júbilo, de qué motivos de esperanza se sintieron animados sus corazones! No lo veian aun, pero sabian que estaba presente, y esperaban verlo bien presto. Admiremos su perseverancia, y deploremos nuestra inconstancia. Jesus está en su casa, reside en su tabernáculo, la entrada nos es libre, y el acceso facil, ¿pues por qué no nos aprovechamos de tan buena ocasion? ¿Entramos nosotros acaso para acercarnos á él, y solicitar sus gracias? ¿Estando nosotros presentes con el cuerpo, no estamos las mas veces ausentes con el corazon, y con el espíritu? ¿De qué amor, de qué respeto, de qué deseos, de qué júbilo, de qué esperanza estamos animados cuando nos hallamos en su presencia? ¡Ay de mí! apenas pensamos donde estamos.

PUNTO III.

La viveza de su fe, y la debilidad de la nuestra.

Jesus les pregunta, y ellos responden. « Y Jesus les dice: ¿creeis que yo os puedo hacer esto? Ellos le dicen: sí, Señor...» Con esta respuesta manifiestan á un mismo tiempo la potencia de Jesucristo, y la fe que tienen en él; como si hubieran dicho: sí; sin duda, Señor, Vos lo podeis: sí, ciertamente nosotros lo creemos... Admiremos la viveza de su fe, y deploremos la debilidad de la nuestra. ¡Ah! ¿Cuando oramos, pensamos que Jesucristo nos hace la misma pregunta que hizo á estos ciegos: «creis vosotros que yo os puedo hacer esto?» Mas reflexionemos que al hacernos esta pregunta, este divino Señor ve el fondo de nuestras almas. Él pide la confesion de nuestra boca, para que la expresion de las palabras aumente el sentimiento de nuestro corazon: hagamos, pues, frecuentemente con la boca el acto de fe y de confianza que hicieron los dos ciegos, para penetrarnos siempre mas de la idea que debemos tener, de que Jesucristo lo puede todo, y que nada le es imposible, ni en el orden de la gracia, ni en el de la naturaleza. Esta es la fe con que debemos acercarnos á él dirigirle nuestras súplicas; y recibir los Sacramentos.

PUNTO IV.

Su recompensa, y nuestro castigo.

Jesus les toca los ojos, y ellos recuperan la vista. — Despues de la confesion de fe de estos dos ciegos, Jesus « tocó sus ojos diciendo: os sea hecho segun vuestra fe. Y fueron abiertos sus ojos...» ¡O dichosos ciegos! ¡O recompensa digna de vuestra fe! Habeis visto finalmente este divino Salvador: este fue el primer objeto donde se fijó vuestra vista... ¡Cuáles fueron los sentimientos de vuestro corazon, cuál fue vuestro amor! Jesus nos toca, Jesus viene dentro de nosotros, y nosotros no quedamos iluminados, caminamos siempre en las tinieblas, y vivimos siempre con la misma ceguedad. Este es el castigo de nuestra poca fe: no tenemos que maravillarnos, nos viene concedido segun nuestra fe... Acordémonos, pues, sin cesar de esta terrible verdad: siempre y en todas las cosas se nos hará segun nuestra fe: la medida de nuestra fe, será la medida de las gracias que recibiremos. Si queremos merecer, y obtener las misericordias de Dios, animémonos, y excitémonos á los sentimientos de la fe mas viva. Ahora podemos distinguir cuatro grados de esta fe, á que nos conviene llegar. El primer grado es aquel por el que nosotros estamos ciertos de estar en la presencia de nuestro Dios, de nuestro Salvador, y al

mismo tiempo vivimos exteriormente é internamente en una manera correspondiente á esta certidumbre. —El segundo grado es aquel por el que Jesucristo nos hace sentir su voz en el fondo de nuestra alma, y nosotros correspondemos allí. ¡Dulce entretenimiento, lleno de delicias, y siempre muy breve! — El tercero se hace por medio de un tocamiento interior, que excita en nuestro corazon movimientos tan sensibles, y una devocion tan tierna, que experimentamos, por decirlo así, en una manera palpable, que Dios se une á nuestra alma y nuestra alma á él. — El cuarto consiste en una abundancia de luces, que parece que disipan las tinieblas de nuestra fe... Vemos á Jesus, ó por lo menos el velo que aun lo cubre, es, por decirlo así, tan trasparente, que sin quitar á la vista este divino objeto, no sirve de otra cosa que de escondernos su resplandor, para que no deslumbrando, ni atemorizando al alma, goce de su Dios con mas familiaridad y delicias.

PUNTO V.

Su reconocimiento; y nuestra ingratitud.

Jesus les prohibe hablar de este milagro; y ellos lo publican por todas partes. — « Y Jesus les amenazó, diciendo: guardaos que ninguno lo sepa; pero ellos habiéndose ido, lo divulgaron por toda aquella tierra...» ¡O, y qué lejos estamos de seguir el ejem-

plo de Jesucristo! Nosotros, que estimamos tanto que se discurra de nosotros, del bien que hacemos, ó que se puede hallar en nosotros: nosotros, que acaso somos los primeros en hablar de nosotros mismos. ¡O, y cuán lejos estamos de seguir el ejemplo de estos ciegos ya sanos: nosotros que no discurrimos jamas de Jesucristo, de su potencia, de su bondad, y de sus beneficios!

Peticion y Coloquio.

Tened piedad de mí, Hijo de David, abrid los ojos de mi corazon, disipad las tinieblas de mi alma: os lo pido con ardor, y perseveraré en mi peticion hasta que haya conseguido de Vos este prodigio de vuestra potencia. Aumentad en mí la fe, que es el origen de la oracion, y la medida á que Vos proporcionais vuestros dones. Y no se estrechen aquí vuestros beneficios, o Jesus mio: haced tambien que despues de haber sido oido de Vos, imite yo el reconocimiento de estos ciegos, que sin cesar os bendiga, y que jamas me olvide de vuestras misericordias: haced que vuestro amor esté siempre en mi corazon, y vuestras alabanzas siempre en mi boca; y que nada omita de lo que está de mi parte, para que todos los hombres os conozcan, os amen, y os glorifiquen en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXVII.

SANA JESUCRISTO UN MUDO POSEIDO DEL DEMONIO.
S. Mateo, c. IX, v. xxxii, xxxiii.

Observemos primero, la dolorosa situacion de este mudo. Segundo. El milagro obrado en su favor. Tercero. Discursos de los hombres en orden á este milagro.

PUNTO PRIMERO.

La dolorosa situacion de este mudo.

« Y habiéndose partido aquellos (los ciegos) le presentaron un hombre mudo; poseido del demonio... » O sea que este hombre fuese mudo, y ademas, endemoniado, ó sea que el demonio mismo lo tuviese mudo, su situacion era de las mas deplorables.

Lo primero. *Porque en este estado no podia cumplir la mayor parte de las obligaciones de la vida civil.* — ¿No proviene acaso de la instigacion de un semejante demonio el dejar nosotros mismos mu-

chas veces de cumplir las obligaciones de la vida cristiana? Primero. *Las obligaciones de la oracion.* — Cuando se trata de orar, ¿no es verdad que estamos mudos? ¿No es verdad que en la Iglesia, ó en casa; en la oracion privada, ó en la pública, nos estamos sin habla, y sin sentimiento? Si rezamos por obligacion, ó por hábito algunas oraciones vocales, ¿no se está nuestro corazon en silencio, sin tomar allí alguna parte, y justamente por esta falta de lenguage del corazon, aunque nuestra boca pronuncie, no se puede decir con toda verdad que estamos mudos, y que no oramos? Segundo. *Las obligaciones del estado.* — Si estamos por nuestro estado obligados á instruir, á reprender, á corregir, ó á anunciar las verdades de la salud. ¿no nos dispensamos acaso, y caemos por esto bajo el imperio del demonio mudo? Tercero. *Las obligaciones de la religion, de la justicia, y de la caridad.* — ¿No quebrantamos por ventura nosotros todas estas obligaciones con observar un vergonzoso y tímido silencio, cuando deberiamos hablar, cuando deberiamos sostener la causa de Dios contra aquellos que impugnan la fe, ó que hieren la modestia, la causa del inocente contra los opresores, la causa del prójimo contra aquellos que le ofenden? ¡O, y cuántas obligaciones dejamos de cumplir cada dia por este demonio mudo! ¡O, cuántos pecados nos hace cometer, de que tal vez no tenemos escrúpulo!

Lo segundo. *Situacion dolorosa del mudo, porque no podia dolerse de su mal.* — El dolernos de nues-

tros males parece que nos causa algun alivio : con exponerlos á otros se excita su compasion; y con tomar ellos parte, parece que se nos disminuyen : con descubrir la naturaleza de nuestro mal, y la causa de nuestras penas, podemos recibir avisos saludables que nos fortifiquen, y que nos indiquen los medios, ó de sanar, ó de endulzar nuestros dolores; pero cuando una persona está poseida de un demonio mudo, está del todo abandonada á si misma, y á todo el rigor de su infeliz suerte. No es ya que el demonio nos haga mudos por medio de una verdadera posesion, porque está siempre en nuestro poder el romper el funesto silencio á que nos quiere sujetos; pero toca á nosotros el armarnos contra sus artificios, para no caer en las asechanzas que nos prepara. —En materia de fe y de costumbres no nos fiemos de ninguno que nos encargue el secreto. El primer cuidado de un demonio engañador es de cerrar la boca al que lo escucha, encomendando y pidiendo un inviolable secreto. ¡O! ¡cuántas almas ha sumergido en el vicio, en el error y en el infierno este demonio mudo, este fatal secreto!

Lo tercero. *Situacion dolorosa del mudo, porque aunque hubiese ocasion en que se le pudiera conceder la sanidad, no podia pedirla.* — « Le presentaron un hombre mudo... » Este hombre fue deudor de su sanidad á la caridad de aquellos que lo presentaron á Jesucristo... Lo que hicieron estas personas caritativas debemos hacerlo por nosotros mismos;

y romper finalmente aquel obstinado silencio que nos ha impedido recurrir á aquellos que han recibido la potestad de sanarnos.--¿Por qué sufrir aun mas largo tiempo los crueles remordimientos de una conciencia, que no podemos reducir al silencio, sino con hablar nosotros, y con acusarnos sinceramente? Los ministros de la penitencia se nos ofrecen por todas partes; el acceso á ellos es facil: tienen palabras con que consolarnos, si nosotros vamos á ellos de buena fe, y con ánimo de sanar: no se necesita otra cosa que hablar; manifestar y dar cuenta de nuestro estado actual, y de nuestros sentimientos... ¡Oh demonio mudo! ¡Cuántas almas atormentas! ¡Cuántas almas has perdido! ¡Ay de mí! hasta en la misma confesion tú atas la lengua; tú cortas las expresiones; tú haces que se disimulen, y se enmascaren los pecados mismos de que uno se acusa hasta quitarles su propia naturaleza; motivo porque en vez de la sanidad, que ha venido á buscar el pecador, vuelve mas culpable, mas agitado, y mas poseido del demonio que antes.—¿No estamos, por ventura, nosotros en algunos de estos estados? Si es así, roguemos á aquel, que solo nos puede librar: y si no estamos, roguemos por aquellos que en ellos se hallan, imitemos la caridad de los que presentaron el mudo á nuestro Señor, y le suplicaron que lo sanase.

PUNTO II.

Se le restituye el habla á este mudo.

« Y echado fuera el demonio habló el mudo... » Hay cuatro suertes de personas que hablan.

Lo primero. *Algunos hablan, porque el demonio ha sido echado fuera.* — Estos son aquellos que se acusan con sinceridad; que oran con fervor, y de quienes solo se oyen palabras de dulzura, de paciencia, de resignacion, de humildad, de caridad y de edificacion. ¿Somos nosotros de este número?

Lo segundo. *Algunos hablan porque el demonio no ha sido echado fuera.* — Estos son aquellos, cuyos discursos son como eran antes, llenos de vanidad y de presuncion, de lamentos y de impaciencia, de inconstancia y de disipacion: que hablan sin freno y sin ley; que ni respetan la santidad de la Religion, ni las conveniencias de la modestia, ni los derechos inviolables de la caridad. ¿No estan por ventura nuestros discursos inficionados de alguno de estos vicios? Examinemos nuestras palabras: y de nuestro lenguage conoceremos, de qué espíritu estamos animados.

Lo tercero. *Algunos hablan por echar el demonio.* — Escuchemos la palabra de Dios: y á aquellos que hablan por nuestra salud, y por la edificacion de nuestras almas. Hablemos tambien así nosotros

á los demas; busquemos las conversaciones piadosas; amemos la leccion de los libros buenos, y aconsejémosla á otros.

Lo cuarto. *Otros hablan por mantener ó introducir el demonio.* —Evitemos todos los discursos engañosos y escandalosos; renunciemos la leccion de todo libro malo; de todo libro inutil, que solo podria hacernos perder el tiempo, disipar nuestro espíritu, y secar nuestro corazon. No solo los libros, sino tambien las pinturas, las esculturas, las estatuas tienen su lenguage, y un lenguage tanto mas pernicioso, y tanto mas propio para introducir al demonio, cuanto es mas inteligible y mas sensible. No tengamos, pues, miramiento alguno á estas producciones: que las consuma el fuego, y nos preserve de su veneno.

PUNTO III.

Discursos de los hombres sobre este milagro.

Lo primero. *Los discursos de los hombres, que tienen el corazon recto.* — « Y quedaron maravilladas las turbas, diciendo: no se ha visto jamas casa como esta en Israel... » Este es el lenguage de la rectitud, del buen sentido. La fe es siempre la misma, y conserva siempre su caracter: aun hoy dia, la fe sigue con simplicidad las luces de la razon, y del buen sentido: ella se funda sobre la evidencia de los hechos, y no puede engañarnos. Di-

gamos tambien nosotros todos los dias leyendo el Evangelio : *no se han escrito jamas semejantes cosas en religion alguna.* Y leyendo la historia del mundo : *no se han creido jamas cosas semejantes en alguna otra religion.* Una admiracion tan justa arrebata y consuela nuestra fe y la hace inmutable.

Lo segundo. *Los discursos de los hombres que tienen el espíritu prevenido.* — « Pero los Fariseos decian por medio del Príncipe de los demonios echa los demonios... » ¿Puede haber prevencion mas insensata? Y por cierto, esto es lo que se ha opuesto á los milagros de Jesucristo en el curso de muchos siglos. Si nosotros consultamos los impíos de nuestro tiempo, ¿qué piensan ellos de un semejante razonamiento? ¡Qué oponen á unos milagros tan evidentes? Los niegan. ¿Es, pues, ya tiempo de negarlos ahora cuando los que los vieron, no se atrevieron entonces á hacerlo, ni han podido? Negar milagros que han convertido á los mismos que los han visto; que han convertido el mundo entero; negarlos, digo, despues de diez y siete siglos de posesion; ó atribuirlos al demonio, será dificil el decidir cuál de estos dos efugios sea el mas insensato.

Lo tercero. *Discursos de los hombres sobre los milagros de la gracia.* — La misma diferencia de juicios y de discursos, que se halló entre el pueblo y los Fariseos, se halla aun hoy entre los hombres respecto de aquellos que la gracia libra del demonio, y que se han convertido sinceramente. Las almas

justas admiran la potencia de Dios y la bendicen: los libertinos hacen burla y atribuyen este cambiamiento á motivos humanos, y aun á motivos malos, de que solo puede ser autor el demonio. Abstengámonos de un tal lenguage, y si acaso se tiene contra nosotros, no cesemos por eso de trabajar por nuestra conversion, y de ocuparnos en nuestra santificacion.

Peticion y Coloquio.

Señor, Vos abrireis mis labios, y mi boca anunciará vuestras alabanzas; y no hablaré ya mas que con Vos, de Vos y por Vos. ¡O Jesus! echad de mi corazon el demonio mudo, esto es, el demonio del orgullo, del odio, de la envidia, de la prevencion, y yo amaré y aprobaré todo el bien que Vos haceis á mis hermanos. Amen.

MEDITACION LXXVIII.

RECORRE JESUCRISTO LAS CIUDADES Y ALDEAS.
S. Mat., c. IX, v. XXV, XXXVIII.

Meditemos aquí primero, la mision de Jesucristo: segundo, la compasion que tiene de los que lo siguen: y lo tercero, sus palabras en esta circunstancia.

PUNTO PRIMERO.

Observemos sus viages, sus trabajos, y sus milagros.

Lo primero. *Sus viages.* — « Y Jesus rodeaba por todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del Reino, y sanando todos los males y enfermedades... » Jesus camina á pie por las ciudades y aldeas. Su celo hace aprecio de todo, no omite cosa alguna: se extiende igualmente á los grandes, que á los pequeños; á los ricos que viven en las ciudades, y á los pobres que habitan en las campañas. Por eso ha querido que en su iglesia, tanto los pueblos chicos como las ciu-

dades grandes esten provistos de ministros evangélicos que en sus fatigas apóstolicas lo tengan por modelo, por apoyo y por consolador. ¡Ah! no permitamos que los socorros y las penas de Jesucristo y de sus ministros sean inútiles para nosotros.

Lo segundo. *Los trabajos de Jesucristo.* — ¿Por qué camina de este modo, y recorre las ciudades y lugares? Para enseñar en ellos la ciencia de la salud; para predicar el Evangelio, y para anunciarles el reino de Dios... Estos son todos sus cuidados; estos son todos sus descansos. Viages penosos: misiones trabajosas, y señaladas con la abundancia de sus misericordias: esta es la historia de su vida. Todo lo hace, y todo lo emprende únicamente por la salvacion de las almas, y por esto trabaja infatigablemente... Los dias en que se junta el pueblo, enseña públicamente en las sinagogas: los otros enseña en todos lugares, y en todas las ocasiones: ó por mejor decir, siempre y en todo tiempo está dedicado al ejercicio penoso de su celo y de su caridad. —Demos infinitas gracias á este divino Pastor, é imitémoslo en sus funciones á proporcion y segun la calidad de nuestro estado.

Lo tercero. *Milagros de Jesucristo.* —« Por todos los lugares por donde pasaba sanaba todos los males y todas las enfermedades...» Y se mostraba con esto el verdadero Salvador de Israel. La potestad exterior que ejercitaba sobre los cuerpos era la prueba sensible de la interna que tenia sobre las almas. — Supliquemos á este divino Salvador, que

sane la nuestra; presentémosela tal cual él la ve, y oprimida de toda suerte de males, y de toda suerte de enfermedades; él solo puede sanarla.

PUNTO II.

Compasion de Jesucristo.

« Y viendo aquellas turbas, tuvo compasion, porque estaban fatigadas y decaidas como ovejas que no tienen Pastor...»

Lo primero. Jesus tuvo compasion de ellas, porque estaban cansadas. Y mucho mas porque se hallaban molestadas, atormentadas y afligidas de enfermedades y de miserias, de que no sabian aprovecharse, porque estaban bajo del peso de sus pecados, y no pensaban en satisfacer por ellos, y porque iban arrastradas y esclavizadas de sus pasiones, sin saber la manera de combatirlas y de vengarlas.

Lo segundo. Jesus tuvo compasion de ellas, porque estaban tendidas sobre los caminos, y mucho mas porque se hallaban abatidas, desanimadas y vueltas hácia la tierra; pensando solo en ella, y únicamente atentas al tiempo presente y á sus intereses, sin que alguno las aliviase, ó les hiciese pensar en el cielo, en sus almas y en la eternidad.

Lo tercero. Jesus tuvo compasion de ellas, porque estaban como ovejas sin Pastor, abandonadas al furor de los lobos; esto es, expuestas á la corrupcion del mal ejemplo, á la seduccion del vicio y

del error, sin que alguno las defendiese ni las previniese y fortaleciese contra tantos peligros. — ¡O y cuántos pueblos se hallan en el mismo estado y en el mismo abandono! ¿Y no estoy acaso yo mismo, no por falta de instruccion, sino porque no me aprovecho de la que recibo: No por falta de pastores, sino porque no escucho á los que Dios me ha dado? De hecho, ¿no me sirven de tormento sus solicitudes? ¿No me es importuno su celo? ¿Y quién sabe si mi indiferencia para con ellos pasará á despreciarlos y aborrecerlos, deseando el verme libre de ellos?

PUNTO III.

Palabras de Jesucristo.

« Entonces dijo á sus discípulos, la mies es verdaderamente mucha: pero los operarios pocos. Rogad pues al Señor de la mies que envie operarios á su mies... »

Lo primero. Debemos rogar, para que Dios envie operarios, y para que los multiplique en su Iglesia; para que los anime y los sostenga, para poder recoger la abundante mies que aun falta que coger... ¿Entramos nosotros en parte de estas miras de Jesucristo? ¿Sentimos la necesidad que hay de que se multipliquen los operarios evangélicos? ¿Rogamos á Dios para que nos lo dé? ¡Ah! quién sabe si

acaso, somos nosotros del partido de los políticos, y de aquellos filósofos, que piensan solo al presente siglo ; que miran los ministros de la Iglesia como hombres inútiles, cuyo número no seria para ellos jamas bastante corto? ¡Ah, miserables! De otra manera bien diversa pensarán en la eternidad!

Lo segundo. No debemos apartar aquellos que Dios envia á su Iglesia ; no debemos oponernos á su vocacion, ni impedirles que la sigan ; sino al contrario, los debemos reputar por felices, porque son llamados por Dios á tan santo empleo ; y si nos tocan á nosotros por algun respeto, nos debemos alegrar. Los que así se sienten llamados por Dios, se deben guardar de resistir á esta santa vocacion : deben vencer todos los obstáculos; y en esta ocasion, preferir la obediencia que deben á Dios, á la que se debe á los hombres ; pero para esto es necesario que sean enviados y llamados por Dios. ¡Ay de aquellos que por sí mismos, y por motivos humanos se introducen en el santo ministerio! ¡Ay de aquellos que los empeñan!

Lo tercero. No debemos inquietar á aquellos que Dios ha enviado, ni contradecirles, ni oponernos á sus empresas, ni desacreditarlos para impedir el éxito de sus fatigas ; sino animarlos, socorrerlos y ayudarlos. Sin los obstáculos que la malicia de los hombres, y el furor de los demonios han opuesto al celo de los operarios evangélicos, toda la tierra seria ya cristiana: todos los paises hereges serian ya católicos, y la piedad floreceria en el Cristianismo.

¡Ay de aquellos que habrán sido instrumentos del demonio para oponer obstáculos, y declarar la guerra á la religion! ¡O, y cuán terrible será el juicio que de ellos se hará en el tribunal de Jesucristo!

Peticion y Coloquio.

Os doy las gracias, o Salvador mio, por todas las penas, y por todas las fatigas, á que os habeis abandonado por salvarme. ¡Ah, no permitais que sean para mí inutiles! ¡O divino Pastor de las almas! ¿A vista de vuestros trabajos, de vuestros penosos viages, de vuestras laboriosas misiones, quien no se deberá avergonzar de quedarse en ocio, de buscar el reposo, y de huir las ocasiones de trabajar? ¿Quién no deberá desear participar de vuestra carrera, de vuestros sudores, y de vuestras penas? ¡Felices aquellos, que por su estado son llamados á unas funciones tan gloriosas! Haced, o Dios mio, que todos aquellos que vos llamais á este santo ministerio, multiplicados en número, y fortificados en virtud, entren á la parte de vuestros trabajos sobre la tierra, y de vuestra gloria en el Cielo. Amen.

MEDITACION LXXIX.

LA ELECCION DE LOS DOCE APOSTOLES.

S. Mat., c. X, v. I, IV. — S. Marc, c. III, v. XIII, XIX. — S. Luc, c. VI, v. XII, XVI.

Consideremos primero, las circunstancias de esta eleccion : segundo, los que fueron elegidos : y tercero, lo que toca al traidor Judas.

PUNTO PRIMERO.

Las circunstancias de esta eleccion.

Examinemos lo que precede, lo que la acompaña, y lo que la sigue.

Primeramente. *Lo que precede esta eleccion.* — « Y sucedió en aquellos dias que Jesus subió al monte á orar, y pasaba la noche en oracion de Dios... » Habiendo Jesucristo despedido el pueblo, que lo seguia, se retiró por la tarde sobre un monte, donde pasó toda la noche en oracion : se dispuso con el ayuno; con el retiro, con la vigilia y con la

oracion á la importante obra, que habia de hacer la mañana siguiente. ¿Quién podrá jamas explicar cuál fue este coloquio de Jesucristo con su Eterno Padre sobre el establecimiento, y sobre los progresos de su Iglesia, á que iba á poner los primeros fundamentos? Tambien nosotros, á ejemplo de Jesucristo, debemos orar y consultar al Señor en todos los negocios que hayamos de emprender, principalmente si son de alguna importancia, y mucho mas aun si miran al servicio de Dios, y á las elecciones de los ministros de su Iglesia. Lo mismo hace la Iglesia misma en los cuatro tiempos de las órdenes. ¿Observamos nosotros exactamente los ayunos que ella nos ordena para este fin? ¿Unimos nuestras oraciones á las suyas, para que le dé el Señor dignos ministros? La gloria de Jesucristo y de la Religion, la salvacion de los pueblos, y la nuestra en particular dependen de nuestra eleccion ¿comó, pues, nos podrá ser indiferente?

Lo segundo. *Cómo se hizo esta eleccion.*—El pueblo que sabia donde se habia retirado Jesucristo, volvió en tropas bien temprano por la mañana á buscarlo, y lo estuvo esperando al pie del monte... « Y luego que se hizo de dia llamó á sus discípulos... Y se vinieron á él... Y escogió doce de ellos (á los que dió el nombre de Apóstoles) para que se estuviesen con él, y para enviarlos á predicar. » Llamó primero á sí sus discípulos, de los cuales unos debian ser elegidos, y los otros testigos de la eleccion... Los llamó á sí sobre la montaña para dar

á entender á los ministros de la Iglesia, que no se deben contentar con la vida comun del Pueblo, sino procurar elevarse hasta el mismo Jesucristo, mediante una vida toda santa, y una alta perfeccion.

Despues eligió *los que él quiso*: no los que quiere la asamblea de los discípulos, no aquellos que hubieran podido querer los parientes ó los amigos, y mucho menos aquellos que se hubieran presentado con miras de ambicion, de amor propio ó de interes. —La voluntad de Dios debe ser la única regla que se debe seguir en la eleccion de los ministros de la Iglesia.

Finalmente *escoge doce*. Las promesas hechas á Abrahan, y las figuras que las han anunciado comienzan á cumplirse... Este es el hijo que se le prometió, figurado en Isaac, y en quien todas las naciones deben ser benditas: estos son los doce Príncipes ó Cabezas del nuevo Pueblo, figurados en los doce Patriarcas ó Príncipes de las doce tribus, por quienes se ha de formar un nuevo y espiritual Israel; por quienes los hijos de promision se han de multiplicar, y exceder el número de las estrellas del cielo, y de las arenas del mar. —Nosotros leemos el Testamento antiguo: nosotros vemos cuanto sucede en el nuevo, ¿cómo, pues, no quedamos arrebatados de admiracion, contemplando aquí la obra de Dios en el establecimiento de su Iglesia? A Vos solo toca, o Dios mio, disponer de esta manera los tiempos, anunciar por medio de figuras en el

curso de muchos siglos el efecto de vuestras promesas, y cumplirlas con magnificencia en el tiempo predicho y anunciado. Ya de diez y ocho siglos á esta parte el pueblo cristiano esparcido por toda la tierra, donde cada dia hace nuevos progresos, reconoce sobre la autoridad de vuestro amado hijo los doce Apóstoles por sus cabezas, y por sus conductores. ¡Qué favor estar y vivir en esta Iglesia!

Lo tercero. *Lo que se sigue á esta eleccion.*—Primero Jesucristo dió á sus doce discípulos el nombre de Apóstoles, esto es, de embajadores; porque debian ser sus embajadores para con los hombres, para anunciarles la feliz alianza que Dios hacia con ellos, y enseñarles lo que debian hacer para tener parte en ella. Apostolado y mision que deben perpetuarse hasta la fin de los siglos, y sin los cuales todos serán intrusos en la casa de Dios, y cuanto obrasen siempre ilegítimo. Si : tal es el privilegio de la Iglesia católica, esto es, que la mision de aquellos que hoy en dia nos enseñan, suba por una sucesion no interrumpida hasta los Apóstoles, y de estos á Jesucristo... Despues los escogió Jesucristo para que se estuviesen con él, y por decirlo así, bajo de su mano, y á fin de poderlos enviar á predicar cuando, y á donde juzgare mas á propósito... Tal es aun la asignacion de aquellos que abrazan la vida apostólica : deben ellos estar en una entera dependencia de sus superiores, siempre prontos para ir á anunciar el reino de Dios á los pueblos á que serán destinados. Deben tambien estar habi-

tualmente con Jesucristo por medio de un interno recogimiento, á fin de recibir las luces necesarias para ir, para hablar, para obrar, y á fin de que el orgullo no los lleve á la disipacion, ó el éxito feliz á la vanidad.

Finalmente, llamados así los doce discípulos, les dió potestad sobre los espíritus impuros para que los echasen, y sobre todos los males y enfermedades, para que los curasen. Tales son aun las dos funciones del hombre apostólico: curar los males, y echar los demonios: curar las llagas del alma, alimentarla, fortificarla, echar la tibieza, y ponerla en un estado de sanidad y de fuerzas, por medio de las instrucciones, de las exhortaciones, de las advertencias y de la correccion, y con el uso de los Sacramentos; y hacer una guerra continua al demonio, desterrando la supersticion, el error, la heregía, los vicios, y los escándalos. Feliz aquel que sacrifica su vida, sus cuidados, su reposo y su salud á estas divinas funciones.

PUNTO II.

De aquellos que fueron escogidos.

Lo primero. *De los doce en general.* — « Y los nombres de los doce Apóstoles son estos: el primero Simon, que es llamado Pedro, y Jacobo del Cebedeo, y Juan hermano de Jacobo, y á estos puso el nombre de Boanerges, esto es, hijos del trueno;

y Andres, y Felipe, y Bartolomé, y Mateo, y Tomas, y Jacobo hijo de Alfeo, y Simon Cananeo, y llamado Celotes, y Tadeo... y Judas Iscariotes, que fue el traidor. »

¿Quiénes fueron estos hombres que escogió Jesus para fundar y establecer su Iglesia, para hacer mudar de semblante el universo, para reunir todos los pueblos del mundo en una misma religion, para hacerles renunciar á sus prejuicios, á sus supersticiones, y á sus vicios, para hacerles adorar un Dios hombre, pobre, crucificado, y muerto por ellos? Hombres sin nombre, y sin nacimiento; sin autoridad, y sin crédito; sin bienes, y sin riquezas; sin fuerza, y sin armas; sin letras, y sin elocuencia; sin política, y sin talentos. No hubiera sido cosa sorprendente si la empresa no hubiera salido bien desde sus principios; pero cuando se ve que se le sigue el éxito mas feliz, no podemos por menos de gritar: esta es obra vuestra, o Dios mio, ninguno sino Vos hubiera podido obrar tan grandes cosas con instrumentos tan débiles.

Lo segundo. *De los once Apóstoles fieles á Jesucristo, , y considerados en particular.* — La piedad y el reconocimiento piden de nosotros que reconozcamos á nuestros padres en la fe, y que en el curso del año celebremos sus fiestas con los mas tiernos sentimientos de amor y de respeto. La cabeza de los doce Apóstoles fue Pedro. — San Mateo le da el sobrenombre de *primero*; y los otros dos Evangelistas lo colocan tambien el *primero*, aunque en el

nombrar los otros Apóstoles no sigan algun orden. El primado de San Pedro, y de sus sucesores es de derecho divino: este es el centro de la union, el vínculo de los pastores y de los pueblos, y forma de toda la Iglesia un solo cuerpo unido á una sola cabeza, que es el sucesor de San Pedro, y Vicario de Jesucristo en la tierra. ¿Cómo, pues, han podido los hereges desechar un orden tan bello, tan util, tan claramente señalado en la Escritura, y tan constantemente reconocido y observado en toda la Iglesia? — Jesucristo da aquí á Simon el nombre de Pedro; ya se lo habia dado desde la primera vez que lo vió; pero lo que entonces hizo en presencia de todos los Apóstoles, y de los discípulos: ya nos explicará él mismo el misterio de este nombre. — S. Andres era hermano primogénito de S. Pedro, habia conocido á Jesucristo antes que él, y él mismo lo habia conducido á Jesus; y con todo eso Pedro es el *primero*, y esto prueba que el *primado* que se le da es de institucion de Jesucristo. — S. Jacobo y S. Juan eran tambien hermanos, y los dos hijos del Cebedeo, y les puso el sobrenombre de Boanerges, esto es, hijos del trueno, para indicar la fuerza y la viveza de su celo. — S. Jacobo ó Santiago es llamado el Mayor para distinguirlo del otro, hijo de Alfeo; ó sea porque conoció primero á Jesucristo, ó por ser mas viejo que él, y por haber sido el primero de los Apóstoles que derramó su sangre por Jesucristo, y la España en particular lo reconoce por su Apostol. — San Juan el Evangelista fue el discípulo mas amado de Jesu-

cristo : era el mas joven de los Apóstoles, y murió el mas viejo, y el último de todos. Estos dos hermanos y S. Pedro son los tres solos á quienes Jesucristo dió un sobrenombre particular, fueron los tres mas íntimos confidentes de su Maestro, y se hallaron con él en muchas circunstancias en que no fueron admitidos los otros.

Hubo tambien en el Colegio Apostólico otros dos hermanos con un primo hermano, esto es, Santiago, hijo de Alfeo, ó como dicen otros, Cleofas : S. Simon y S. Judas, llamado Tadeo. Los tres Evangelistas los nombran siempre seguidos : nombran á Santiago hijo de Alfeo, lo que nos hace creer que este solo fue hijo de Alfeo, por otro nombre Cleofas, y de María hermana de S. Joseph; y S. Simon y Judas fueron hermanos, hijos de otro llamado Jacobo, casado con otra hermana de S. Joseph *; y por este motivo se llaman estos tres Apóstoles hermanos del Señor, porque eran sobrinos de S. Joseph, que se reputaba padre de Jesucristo. Este segundo Santiago se llama el Menor para distinguirlo del primero... La Iglesia de Jerusalen lo reconoce por su primer Obispo. Santiago ha escrito una epístola canónica : otra escribió S. Judas, en la que se llama hermano de Santiago, esto es, primo hermano. Lo que lo empeña á calificarse así es que Santiago habia ya escrito otra epístola semejante, y porque en calidad de Obispo de Jerusalen era

* Hay sobre esto diferentes opiniones y aquí seguimos la mas comun.

mas conocido en la Judea. S. Mateo y S. Marcos dan á S. Simon el sobrenombre de Celotes ó Celador. Los tres Evangelistas colocan á S. Felipe en el quinto lugar, y á S. Bartolomé en el sexto. Este es sin duda el orden de su admision en el número de discípulos, como hemos visto en S. Juan en la Meditacion XXXIII; lo que no deja razon de dudar que el Natanael de S. Juan es el mismo que Bartolomé. Hemos visto tambien la vocacion de S. Mateo, hijo de otro Alfeo: este Santo Apostol solo hace aquí memoria por humildad de su primera profesion de publicano, y se coloca despues de Santo Tomas... Este despues de haberse distinguido con su obstinada incredulidad se señaló tambien con la eficacia de su fe.

Lo tercero. *De los tres Apóstoles que no fueron nombrados en esta ocasion.* — S. Matías era sin duda uno de los discípulos testigos de la eleccion que Jesucristo hizo de sus Apóstoles, y no pensaba entonces en que habia de llegar un dia á ser elevado á esta dignidad: á este se le dió el puesto del traidor Judas, y fue el que completó el número de doce... A estos doce primeros Apóstoles que recibieron el dia de Pentecostes la plenitud de Espíritu Santo, agregó despues nuestro Señor otros dos: S. Pablo, que la Iglesia nombra siempre con S. Pedro por la singularidad de su vocacion, y por la grandeza de sus trabajos; y S. Bernabé, que fue por mucho tiempo el compañero de los viages de S. Pablo.

Honremos, pues, estos santos Apóstoles, de quienes, y por quienes ha llegado hasta nosotros el Evangelio. Estos deben al fin de los siglos juzgar al mundo con Jesucristo. Celebremos con fervor sus fiestas; y encomendémonos á su santa intercesion, para que en nuestra muerte nos reciba Jesucristo con ellos en su eterno Reino.

PUNTO III.

Del traidor Judas.

Judas, por sobrenombre Iscariote, porque era de *Cariot*, ciudad pequeña de la Judea; y despues con bien justo título nombrado el *Traidor*, por la traicion que hizo á su Maestro Jesucristo, entregándolo á los Judíos: Judas nos ofrece aquí tres asuntos dignos de la mas sorprendente admiracion.

Primero. ¿No es por ventura cosa sorprendente que en una eleccion de doce hombres, y eleccion hecha por Jesucristo, se haya hallado uno que hiciese traicion á su ministerio y á su maestro; y que en un estado tan elevado, y en una compañía tan santa haya habido una alma tan abominable, y un corazon tan pérfido? No es, pues, señal cierta que la eleccion haya sido mala, que el elegido venga á ser traidor á sus

obligaciones... Por santo que sea un estado, tiene sus tentaciones y sus peligros : por divina y por inspirada que sea una vocacion, temblemos siempre, y no nos creamos jamas seguros. La santidad del estado y de la vocacion pueden honrarnos en la presencia de los hombres, y ser para nosotros un favorable perjuicio ; pero esto no nos santificará delante de Dios, si á proporcion no oramos, y no velamos sobre nosotros mismos para cumplir nuestras obligaciones. — La culpa de un particular no debe recaer sobre el cuerpo de que es miembro : el cuerpo no debe colocar su gloria en defender la culpa de uno de sus miembros ; antes al contrario debe ser el primero á condenarlo, y el mas celoso para castigarlo.

Segundo. ¿No es cosa sorprendente que un hombre que habia comenzado tan bien, cuya vocacion venia evidentemente del cielo; que habia correspondido con tanta fidelidad ; que habia predicado con tanto celo ; que habia hecho tantas conversiones y tantos milagros, haya venido á acabar con el mayor de todos los delitos, y á morir desesperado y réprobo? No basta, pues, haber empezado bien, conviene perseverar y acabar bien. — La indignidad del ministro no recae sobre el ministerio. — La virtud de Jesucristo, de su palabra, y de sus Sacramentos es la misma en el ministro mas indigno, y seria este igualmente culpable en no aprovecharse de ella.

Tercero. Finalmente ¿se puede decir sin espanto

y sin horror, que aquel que habia practicado largo tiempo todas las virtudes, vencido los demonios y vicios, se haya dejado vencer de aquel que entre todos parecia que menos se debia temer, la avaricia? Espantoso monstruo, que se disfraza con el nombre de economía y de prudencia para las necesidades que pueden ocurrir; mas que se apodera tan enteramente de un corazon, que le hace tener en poco la crueldad, la inhumanidad, las injusticias, y aun la mas inicua y la mas negra perfidia.

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí! ? No soy yo por ventura en mi estado otro Judas? ¿Todo el odio, y toda la vergüenza que han caido sobre este traidor, no debieran caer sobre mí, que soy un perjuro, un traidor, un infiel á mi bautismo, á mis obligaciones, á mis empeños, y á mis promesas? ¡Cuántas veces, o divino Jesus, os he vendido yo! Vuelvo á Vos, o Señor, imploro vuestra misericordia. ¡Ah! no permitais que una funesta desesperacion ponga el colmo á mis traiciones. Haced, Señor, que antes bien, participando de las virtudes y de la intercecion de vuestros Apóstoles, vuelva á entrar en el cumplimiento de las obligaciones de mi estado, cumpla con las promesas que hice en el bautismo, y profese con fidelidad el cristianismo, el cual,

como fue para los Apóstoles el Apostolado, debe ser para mí la carrera de los trabajos, la profesion de la pobreza, y la escuela del martirio. Amen.

MEDITACION LXXX.

SERMON DE JESUCRISTO EN LA LLANURA.

S. Luc, c. VI, v, xvii, xxvi.

Observemos aquí primero, cuatro beneficios concedidos por Jesucristo á los hombres. Segundo. Cuatro bienaventuranzas anunciadas á los hombres por Jesucristo. Tercero. Cuatro anatemas fulminados por Jesucristo contra los hombres.

PUNTO PRIMERO.

Cuatro beneficios que Jesucristo hace á los hombres.

Primero. *El primer beneficio es de haber bajado hasta nosotros.* — «Y bajando con ellos, se paró en la llanura.» Jesucristo, despues de haber escogido sus Apóstoles, bajó con ellos y con los otros discípulos, y se pararon en la llanura para alivio é instruccion de la multitud que lo esperaba... ¿En cuántas maneras no ha bajado Jesucristo para venir hasta nosotros? Bajó del seno de Dios al seno de María para hacerse hombre como nosotros, y ponerse en

un estado de ser visto y amado por nosotros. Bajó del trono que le era debido sobre la tierra, para mantener una vida comun y popular entre nosotros, ponerse en estado de ser imitado por nosotros. Bajó de la eminencia de su contemplacion para tomar un lenguage simple y familiar con nosotros, y ponerse en estado de ser entendido por nosotros. Cuanto ha hecho Jesucristo es una continua condescendencia por nosotros, habiendo sacrificado siempre su gloria á nuestras necesidades, ó antes bien ha puesto toda su gloria en procurar nuestros intereses. ¿Nos olvidaremos por ventura que baja aun todos los dias del cielo sobre el altar para inmolarse por nosotros, que se mantiene y conserva en él para estar siempre con nosotros, y que del altar baja á nuestros corazones para unirse íntimamente á nosotros, y hacerse una misma cosa con nosotros?

Segundo. *El segundo beneficio de Jesucristo es el habernos llamado á sí.* — «Se paró en la llanura, y la turba de sus discípulos, y una gran multitud del pueblo de toda la Judea, y de Jerusalen, y del pais marítimo, y de Tiro, y de Sidon habian venido á oirlo...» Esta prodigiosa multitud del pueblo que esperaba á Jesus en la llanura, habia sido ciertamente atraida por la gracia. ¿No es por ventura el mismo Dios de bondad el que nos ha llamado tambien á nosotros de la extremidad de la tierra al conocimiento de su Evangelio? ¿No es por ventura el que del mismo modo de la prodigiosa distancia á

que nos habian arrojado nuestros pecados, y nuéstra infidelidad, nos llama aun ahora todos los dias á sí para instruirnos en su doctrina, librarnos del demonio, y sanar nuestras almas de sus enfermedades? Vamos, pues, á él: no resistamos mas á sus llamamientos, y unámonos á esta multitud de almas fieles, que lo siguen con tanto ánimo, y lo sirven con tanto fervor.

Tercero. *El tercer beneficio de Jesucristo es escuchar y atender nuestros votos.* — « La cual gente habia venido para oirlo, y para que la sanase de sus enfermedades; y aquellos que eran atormentados de los espíritus inmundos eran restituidos á su sanidad...»

Luego que bajó Jesucristo, se halló rodeado de una multitud de enfermos, de cojos, mancos, y endemoniados, que imploraron su socorro, y todos los enfermos quedaron sanos, y fueron echados todos los demonios... ¿No tendremos nosotros siquiera una vez confianza en un Dios tan poderoso y tan bueno, siempre pronto á escucharnos, y que mas que nosotros mismos desea oirnos, sanarnos, purificarnos y santificarnos?

Cuarto. *El cuarto beneficio de Jesucristo es el permitirnos tocarle para atraer nuestra fuerza.* — « Y todo el pueblo procuraba tocarle, porque manaba y salia de él virtud, y sanaba á todos...» Esta multitud impaciente de sanar de sus males no esperaba ya que Jesus les impusiese las manos, ó que le hiciese sentir su voz: cada uno procuraba y hacia sus es-

fuerzos para llegar donde estaba, y tocarlo, sin observar siquiera en esto ni conveniencia, ni moderacion. ¿Pero Jesus huyó acaso de esta multitud importuna? ¿Ordenó á los Apóstoles por ventura, ó á sus discípulos que la hiciesen desviar? No: se abandonó enteramente á su indiscrecion, tuvo solo en mira su fe, pensó solo en recompensarla, y los sanaba á todos con la virtud vivificante que de él salia, y á que no podian resistir ni los espíritus malignos, ni suerte alguna de enfermedades... ¡O bondad, o caridad infinita! ¡O Jesus! ¿no sois por ventura aun ahora lo mismo para nosotros? Nosotros os tocamos recibiendo vuestros Sacramentos: de Vos sale aquella virtud que tienen ellos para sanarnos de nuestras enfermedades, para fortificarnos, para alimentarnos, para sostenernos, y hacernos perseverar hasta el fin. ¿Por qué no tengo yo, pues, un eficaz deseo de recibirlos? ¿Porqué no hago algun esfuerzo para recibirlos dignamente, y con aquella fe que penetra hasta Vos, que os toca, y os arranca por fuerza de las manos, por decirlo así, los milagros?

PUNTO II.

De las cuatro bienaventurazas que anuncia Jesucristo.

Primero. *La primera para los que son pobres.* — Luego que concluyó las obras de misericordia corporales, guardó silencio el pueblo para oir á Jesucristo... « y él alzando los ojos hácia sus discípulos, decia : Bienaventurados los pobres, porque es vuestro el Reino de Dios... » Vosotros que sois pobres, esto es, vosotros que estais privados de todas las esperanzas de la tierra, y que no estais apegados á cosa alguna de este mundo : vosotros que no teneis riquezas, y que no os lamentais de no tenerlas, que ni las deseais, ni os esforzais por buscarlas : vosotros sois bienaventurados, porque el Reino de Dios es vuestro, porque sueltos de los cuidados terrenos, escuchais y recibís el Evangelio del Reino, vosotros gustais de sus verdades, y poseeis los divinos tesoros; porque estando vuestro corazon purgado de las inmundicias de las riquezas, Dios habita en él, y en él establece su Reino por medio de su amor ; y porque habiéndose elevado vuestra alma sobre los falsos bienes de la tierra, recompensa Dios vuestra generosidad con la posesion del Reino celestial, de que gozareis un dia, y que ya poseeis por medio de una firme y segura esperanza... ¡Ah! se sufren sin duda con júbilo algunos momentos de pobreza cuando se espera un Reino, cuya posesion,

si nosotros queremos, no puede faltar. ¡O, y cuán facil es procurarse esta bienaventuranza! La pobreza es tan comun, ¿por qué se ha de mirar solo lo penoso de este estado, y no se ha de procurar lo que tiene de provechoso? ¿por qué aumentar mas la pena, y desterrar la verdadera felicidad con la inutilidad de las quejas, de los deseos, y de los esfuerzos?

Segundo. *Segunda bienaventuranza: para los que tienen hambre.* — « Bienaventurados los que teneis ahora hambre, porque sereis hartos... » Se sufre la hambre cuando una persona está reducida á no tener lo necesario, y esta es una prueba de las mas grandes, y de las mas meritorias. Es justo que tantos miserables conozcan el precio. — Se sufre la hambre cuando falta, sino absolutamente lo necesario, á lo menos aquellas cosas, cuya privacion hace la vida dura y penosa. — Se sufre la hambre, cuando por espíritu de penitencia y de mortificacion se ayuna, se guardan abstinencias; y cuando se priva una persona de cuanto podria satisfacer sus gustos, y sus deseos. Estos son tanto mas bienaventurados, cuanto mas á la larga llevan esta privacion; pero ha de ser manteniéndose siempre en los justos límites de la discrecion, y no dar paso, ni emprender en esto cosa alguna extraordinaria sin el dictamen de un sabio director. Todos aquellos que sufren la hambre son bienaventurados, porque serán hartos: en este mundo del pan de los Angeles, y

de las dulzuras de la gracia, y en el otro del mismo Dios, y de las dulzuras de la eternidad.

Tercero. *Tercera bienaventuranza: para aquellos que lloran.* — « Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis... » Hay lágrimas de resignacion que nos hacen derramar las desgracias y los males de esta vida; pero que se esparcen solo en la presencia de Dios y en su seno, al pie de la cruz de Jesucristo, y uniéndolas con aquellas que este divino Redentor derramó por nosotros... Hay lágrimas de penitencia, que nos hace derramar la vista de nuestros pecados. Cuando el corazon está contrito, si no brotan siempre por los ojos las lágrimas sensibles, esparcen por lo menos sobre nosotros un luto general, las lágrimas del mismo corazon, teniendo siempre por compañeras la dulzura, la modestia y la humildad... Hay lágrimas de devocion, que hace derramar la meditacion de los beneficios de Dios, de los misterios de Jesucristo, y de los dolores de su pasion. Bienaventurados aquellos que de esta manera lloran con resignacion en espíritu de penitencia, y por amor; porque reirán, porque vendrá un dia para ellos en que no solo se enjugarán sus lágrimas, sino en que toda su alma será inundada de una alegría perfecta y eterna.

Cuarto. *La cuarta bienaventuranza: para aquellos que son perseguidos, aborrecidos, desechados, insultados y ultrajados por causa de Jesucristo.* — «Sereis bienaventurados cuando los hombres os aborrecieren, y os apartaren de sí, y os zaherieren, y des-

echaren vuestro nombre como malo á causa del hijo del hombre. Alegraos entonces, y regocijaos, porque grande es vuestro premio en el cielo; porque de esta manera trataron á los Profetas los padres de ellos... »

Aun cuando no haya alguno que no pueda tener parte en esta bienaventuranza, mira ella mas particularmente á los hombres apostólicos. A estos toca conocer la propia felicidad, y meditar la grandeza de la recompensa que les está preparada en el cielo; pero á nosotros toca el no alucinarnos, y errar en este punto: hemos de distinguir aquellos que son aborrecidos y perseguidos del libertinage, de la impiedad, y de la heregía, de los que se dicen perseguidos, porque son reprendidos de la Iglesia, y de sus legítimos superiores. Nosotros, pues, no debemos unirnos con los malos para aumentar la persecucion de los operarios evangélicos, ni escandalizarnos de lo que sufren, ni despreciarlos por el oprobio que toleran, sino al contrario, debemos estimarlos y reputarlos bienaventurados, respetarlos siempre mas, y pensar que de esta manera fueron tratados tambien los Profetas y los Apóstoles. Examinemos si tenemos alguna parte en esta bienaventuranza, y hagamos todos nuestros esfuerzos por procurárnosla.

PUNTO III.

De cuatro anatemas de Jesucristo fulminados contra los hombres.

Primero. *El primero es contra los ricos.* —«¡Pero ay de vosotros, o ricos, porque ya teneis vuestra consolacion...» ¿Cuál es, pues, la culpa de los ricos...? Jesucristo no dice, ay de vosotros, porque vuestras riquezas han sido injustamente adquiridas, y porque las haceis servir para el pecado, para la opresion y para el engaño: esta moral la han conocido los paganos; mas dice: « Ay de vosotros, porque ya teneis vuestra consolacion... » El mundo no advierte aquí mal alguno; pero esta funesta consolacion las mas veces hace que insensibles los ricos á las cosas de Dios no le tienen amor alguno: que indiferentes por el cielo, no tienen en él alguna esperanza: que disgustados de la religion, de sus dogmas, de sus máximas, y de sus ejercicios, no tienen en ella alguna fe: que endurecidos sobre la miseria y sobre la desolacion en que vive el prójimo, no tienen con él caridad alguna. ¿Cuál será su castigo? No solo no tendrán que esperar cosa alguna de la liberalidad de Dios, habiendo colocado en sus riquezas toda su felicidad, y hallando en ellas su consolacion, sino que caerán en una pobreza extrema, en una total necesidad, en la privacion absoluta y eterna del sumo bien, y del Dios de toda

consolacion. ¿Cómo, pues, evitar tan infausta suerte? No poniendo nuestra consolacion en las riquezas, antes mirándolas siempre con temor, sirviéndonos de ellas con circunspeccion, y empleando la mayor parte en obras de piedad, de celo y de caridad.

Segundo. *El segundo anatema es contra aquellos que están hartos.* — «Ay de vosotros los que estais hartos, porque sufrireis la hambre...» ¿Cuál es, pues, la culpa? Jesucristo no habla aquí de aquellos que se dejan llevar de los excesos de la destemplaza en comer y beber: de esto tienen tambien horror aun los Paganos: habla de aquellos, cuya vida del todo sensual se pasa en las delicias de regaladas mesas, y que nada niegan á sus apetitos. Su culpa es la misma que la de los ricos: una entera insensibilidad para con Dios: una total indiferencia por el cielo y por la salvacion: un disgusto insuperable para los ejercicios de religion y de penitencia, y una dureza desapiadada para con el prójimo. Su tormento particular será el sufrir la hambre y la sed corporal y espiritual: la una ocasionada del ardor de las llamas en que se abrasarán, y la otra de la privacion del sumo bien, solo capaz de hartarlos.

Tercero. *El tercer anatema es contra aquellos que rien.* — «Ay de vosotros que ahora reís, porque llorareis y gemireis...» ¿Cuál es, pues, su delito? Jesucristo no habla de aquellos que se abandonan á las alegrías indecentes y perversas, á placeres ver-

gonzosos, condenados por los mismos Paganos: habla de aquellos que atienden únicamente á los placeres, que piensan solo á procurarse todas sus comodidades y todas sus satisfacciones, á los cuales todo rie y todo prospera, y cuya vida es una cadena de divertimientos y de placeres: su delito es el mismo que el de los dos precedentes, y será semejante su castigo. Pervierten estos el orden establecido por Dios para la vida presente y para la futura: hacen un tiempo de gozo, de reposo, de alegría y de placer de esta vida, que es tan breve, y que Dios ha hecho un tiempo de pruebas, de penitencia, de lágrimas y de sufrimiento. No encontrarán estos otra cosa en la otra vida, que será eterna, que llanto, tormento y desesperacion para el alma y para el cuerpo.

Cuarto. *El cuarto anatema es contra aquellos que serán benditos, aplaudidos y amados de los hombres.* « ¡Ay de vosotros, cuando los hombres os bendecirán, porque así lo hacian con los falsos Profetas los padres de ellos... » Aunque este anatema sea fulminado contra todos aquellos que viven seguros en sus desórdenes sobre la aprobacion del mundo, mira mas particularmente á aquellos que se emplean en la instruccion y en la direccion de las almas: estos deben desconfiar de la aprobacion de los hombres, y examinar bien de dónde ella viene, y por qué motivo. Los falsos Profetas fueron siempre aplaudidos, porque se adaptaban á las costumbres de la nacion en que estaban, y porque decian á los

hombres cosas agradables y de gusto, y que no pudiesen turbar sus conciencias, ni contradecir á sus placeres.

Examinemos si por desgracia merecemos nosotros estos anatemas, y hagamos todos los esfuerzos para evitarlos.

Peticion y Coloquio.

¡Ah Señor! sí, lo comprendo, que el verdadero bien del Cristiano consiste en despreciar las riquezas, en vivir en la afliccion y en las lágrimas, en ser aborrecido y perseguido. Lo sé; á este desprecio, á estas pruebas Vos vinculais una recompensa abundante, que no tendrá otros límites que vuestra magnificencia, cuyos tesoros son inexhaustos. Esté, pues, mi vida mezclada con la amargura pasagera de la penitencia y de las aflicciones, para evitar un dia la amargura eterna de vuestra divina venganza: si acaso Vos, o Jesus mio, me hallais digno de caminar siguiéndoos como pobre: si la pobreza debe ser mi porcion, haced que yo me contente, que acaricie mi estado, para que en mí y sobre mí reposen vuestras bendiciones: si Vos me colocais en un estado de prosperidad y de abundancia, haced que sea humilde, caritativo y mortificado, para que no caiga debajo de vuestros anatemas. Amen.

MEDITACION LXXXI.

CONTINUACION DEL SERMON EN LA LLANURA DE LA CARIDAD PARA CON EL PROJIMO.

S. Luc, c. VI. v. xxvii, xxxviii.

Jesucristo nos instruye aquí primero, sobre las reglas, y sobre la perfeccion de la caridad cristiana. Segundo, sobre la insuficiencia de la caridad mundana. Tercero, sobre los motivos de la caridad cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Reglas y perfeccion de la caridad cristiana.

Hablando Jesucristo á sus discípulos, les habia anunciado sus bendiciones y sus anatemas. Para ellos y para sus imitadores eran sus bendiciones, y sus anatemas al contrario, para aquellos cuya vida seria opuesta á la suya. De aquí se volvió al pueblo, y dijo: « Pero á vosotros que escuchais os digo... » Hacedme la gracia, o divino Salvador, de ser del número de los que os escuchan, de comprender la belleza y la perfeccion de vuestra ley,

y de meditar las reglas de conducta que Vos me quereis prescribir.

Primera regla : sobre los sentimientos internos. A la enemistad y al odio oponed sentimientos contrarios, esto es, el amor y los beneficios.... « Amad vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen... » Examinemos nuestro corazon sobre esta regla... En vano querremos persuadirnos que amamos á aquellos que miramos como nuestros enemigos, si presentándose la ocasion, no les hacemos todos aquellos servicios que podemos... Y si al contrario les hacemos daño, nos oponemos á ellos, ó nos alegramos de sus desgracias; ¿creeremos por ventura entonces que los amamos, y que cumplimos la ley de la caridad?

Segunda regla : sobre las palabras. — A las palabras injuriosas, á las maldiciones, á las murmuraciones, y á las calumnias oponed las bendiciones, las alabanzas y las oraciones... « Bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian... » Sobre esta regla examinemos nuestras palabras ; ¿cuántos motes satíricos y críticos, cuántas palabras de befa y de queja se nos escapan cada dia contra aquellos que creemos que han hablado mal de nosotros? ¿cuántas respuestas ofensivas que nosotros reputamos como motes airosos, como pruebas de honor, de que nos gloriamos, por las que otros nos aplauden, y por las que Jesucristo nos condena?

Tercera regla : sobre las acciones. — A la violencia oponed una perfecta paciencia, al fraude una liberalidad generosa y benéfica, ó sea que la violencia venga ejercitada sobre vosotros, sobre vuestro honor, ó sobre vuestros bienes, mostrad una dulzura y una caridad invencible... « Y al que te hiere en una mejilla, preséntale tambien la otra... Y al que te quita la capa, no le prohibas tomar tambien la túnica * ... » Estan sin duda permitidos los caminos de la justicia para obtener la reparacion del honor, y la restitucion de los bienes; pero ciertamente no se debe jamas recurrir á ellos con menoscabo de la caridad, y hay algunas ocasiones en que la caridad veda todo recurso á la justicia... « Da á cualquiera que te pide, y no vuelvas á pedir lo que es tuyo á quien te lo quita... » Esto es : dad, prestad, haced el servicio á quien os le pide; sea conocido ó desconocido, amigo ó enemigo, sin examinar tanto, si tiene ó no tiene necesidad. La caridad es verídica, generosa, liberal y benéfica : si alguno toma sin pediros, y se lleva lo vuestro, no se lo volvais á pedir. La ocasion de practicar esta regla, y en que no se puede pedir la restitucion de lo que es propio sin ofender la caridad, es mas frecuente de lo que se piensa; pero su cumplimiento es poco conocido, poco gustado, y muy raro.

Finalmente, cuarta regla general de caridad. —

* Vestidura interior sin mangas que usaban los antiguos.

«Y lo que vosotros quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos del mismo modo... » Como quereis ser tratados vosotros de los hombres, tratadlos vosotros á ellos. Esta regla bien meditada, bien aplicada, y bien observada, decidirá todas las cuestiones, calmará todas las amarguras del corazon, impedirá todas las indiscreciones de la lengua, y desterrará todas las injusticias de las acciones. Poneos vosotros en el lugar de los otros, y á estos ponedlos en el vuestro: reflexionad que vosotros mismos os habeis hallado en la misma situacion en que estan los otros, ¿estando los otros en la vuestra, qué cosa pediríais de ellos? Hacedlo, pues, ahora.

PUNTO II.

Insuficiencia de la caridad mundana.

Lo primero. *En el amor.* — «Y si amais á los que os aman ¿qué mérito tendreis? Porque tambien los pecadores aman á los que los aman á ellos... » Las gentes del mundo aman á aquellos que los aman, ¿no es acaso este el término de nuestra caridad? Nosotros nos alabamos de que tenemos un corazon bueno: que vamos con aquellos que nos dan señales de afecto, y de que somos fieles en nuestra amistad; ¿pero en esto qué sacrificio hacemos á Dios? ¿Qué mérito nos hacemos, y qué re-

compensa tenemos derecho de esperar? ninguna. Tambien los pecadores y paganos, y los idólatras aman á aquellos que los aman.

Lo segundo. *En los beneficios.* — « Y si hiciéreis bien á los que os hacen bien, ¿qué mérito tendreis? Porque tambien los pecadores aman á los que los aman á ellos... » Las gentes del mundo hacen bien á los que se lo hacen, y dicen bien de aquellos que lo dicen de ellos, y de los que tienen parte en sus intereses, y de los que son solamente de su partido. Si es tal solamente nuestra caridad, no es una caridad cristiana; no hacemos otra cosa que lo que hacen los pecadores. Nuestra pretendida caridad no es de algun mérito delante de Dios, y no recibirá recompensa alguna.

Lo tercero. *En los servicios.* — « Y si dais prestado á aquellos de quienes esperais recibir, ¿qué mérito tendreis? Porque tambien los pecadores prestan á los pecadores para recibir otro tanto... » Las gentes del mundo dan y prestan, y hacen servicios á aquellos de quienes los reciben, de quienes los han recibido, ó esperan recibirlos. Nosotros no queremos absolutamente la tacha de ingratos, y tenemos razon : no perdemos la memoria de los servicios que se nos han hecho, y estamos siempre prontos á hacer otro tanto viniendo la ocasion; pero exigimos tambien que se haga otro tanto con nosotros : todo esto es justo. Pero si damos, ó prestamos, ó hacemos el servicio únicamente por miras tan interesadas, estamos muy lejos de la perfeccion

de la caridad cristiana, y no debemos esperar la recompensa.

PUNTO III.

Motivos de la caridad cristiana.

Primero. *La grandeza de la recompensa.* — « Amad por tanto á vuestros enemigos, haced bien, y prestad sin esperanza de provecho, y grande será vuestro premio... » Acordémonos que tenemos en el cielo un remunerador liberal, y un tierno padre .. Reflexionemos que renunciando finalmente, y para siempre estos viles y temporales intereses, que son el único movil de la mayor parte de nuestras acciones, que dando, haciendo servicios, y prestando, sin querer sacar, ni esperar provecho alguno, encontraremos nuestros intereses de una manera mas noble y mas ventajosa. Nuestro Salvador nos asegura por sí mismo que nuestra recompensa será grande en el cielo, ¿y este interes no será por ventura poderoso para movernos, y para hacer alguna impresion sobre nuestro corazon?

Segundo. *La gloria de ser hijo de Dios imitándolo.* — « Y sereis hijos del Altísimo, porque él es benigno con los ingratos y malos. Sed, pues misericordiosos, como tambien vuestro Padre es misericordioso... » Nosotros nos lamentamos de la ingratitud y de la malicia de los hombres; ¿pero su

malicia y su ingratitud no es aun mucho mayor con Dios? Vemos no obstante con qué bondad, con qué liberalidad, con qué indulgencia y misericordia trata él con ellos, ¿podemos nosotros acaso mirar como una bajeza, ó como una debilidad el imitar á nuestro Dios, hacernos semejantes á él, y merecer ser contados en el número de sus hijos? ¿Y será por otra parte conveniente que nos lamentemos todo el dia de la ingratitud y de la malicia de los hombres? ¿No somos nosotros por ventura estos ingratos, estos malos que colma él de sus beneficios, y sobre quien derrama la abundancia de sus misericordias? Todo cuanto él pide de nosotros es, que demos pruebas de nuestra gratitud, mostrándonos misericordiosos y benéficos con los otros, como él lo es para con nosotros. Si rehusamos obedecer á una ley tan dulce, no somos ya sus hijos, sino monstruos de ingratitud, que no merecen otra cosa que el infierno.

Tercero. *La ventaja de ser tratados por Dios, como nosotros habremos tratado al prójimo.* —Vosotros temeis con razon el juicio que al salir de este mundo se hará de vosotros en el tribunal de Jesucristo, Juez soberano; pero teneis un medio facil para hacéroslo favorable... *No juzgueis*, dice el mismo Señor, *y no sereis juzgados*, esto es, desterrad de vuestro espíritu y de vuestro corazon todos aquellos juicios internos y secretos, aquellos juicios que pronunciais tan temerariamente, y que vendeis por verdades demostradas; aquellos juicios que todos

son perjudiciales al prójimo, ó ya caigan sobre ciertas personas particulares, ó sobre cuerpos enteros. Estos juicios penetran las intenciones, las miras, los designios, y cuanto hay de mas impenetrable en el hombre. Reformad todos estos juicios, ó por mejor decir, no juzgueis jamas, y nada tendreis que temer del juicio de Dios.

Vosotros temeis ser condenados en el tribunal de la soberana y divina magestad.—¿Quereis, pues, evitar la condenacion que temeis? *No condeneis, y no sereis condenados.* Interpretad en buena parte lo que hace al prójimo: si no se puede hacer esto, olvidaos, disimulad el mal que ha hecho, y no penseis en él, ni de él hableis jamas, y Dios jamas os condenará.

Vosotros temeis que vuestros pecados no se os perdonarán. —¡Dichoso aquel que pudiese estar seguro de que se le han perdonado! Pues este es el medio de estar cierto en cuanto es posible: *Perdonad* vosotros mismos, *y sereis perdonados.* No llameis jamas á vuestra memoria las faltas pasadas de vuestros hermanos, no discurrais sobre ellas, ni hableis de ellas con otros, y todo se os perdonará.

Vosotros todo lo esperais de Dios, para el cuerpo y para el alma, para el tiempo y para la eternidad... ¿Quereis atraeros y apropiaros las bendiciones de Dios, y la abundancia de sus dones? ¿Y quién habrá que no lo desee? Pues este es el medio de obtenerlo: «dad, y se os dará: medida buena, llena, movida ¡y colmada darán en vuestro seno.

Porque con la misma medida con que habeis medido, se os medirá.»

Peticion y Coloquio.

Esta abundancia y plenitud de bienes, esta medida de felicidad que Vos dais sin medida, y que no es otra cosa que Vos mismo, o Dios mio, Vos la concedeis á sola la caridad, y al amor que tendré para con mis hermanos. Estoy, pues, resuelto: trataré á mi prójimo, amigo ó enemigo, como Vos me lo mandais, como me tratais á mí mismo, con indulgencia y liberalidad... Mi amor para con aquellos que me son útiles, no se restringirá á sentimientos naturales de reconocimiento, á un comercio interesado de conveniencias recíprocas, en que no tienen alguna parte las miras cristianas, y que no nos distinguen de los infieles; amaré á mis hermanos; amaré á mis enemigos, porque Vos los amais, o Dios mio, y como Vos los amais. Vos usais con ellos misericordia, como conmigo: Vos, como á mí, los buscais, y los prevenís con vuestra gracia. ¿Seré yo, pues, mas delicado que Vos, ó encontraré bajeza en imitaros? No, Señor: esta divina caridad, que nos hace semejantes á Vos, que nos hace vuestros siervos, ó por mejor decir, vuestros hijos, y de que Vos nos habeis dado las primeras lecciones y los primeros ejemplos, será el único estudio de mi corazon sobre la tierra, y su recompensa en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXXII.

FIN DEL SERMON DE JESUCRISTO EN LA LLANURA.

SEIS COMPARACIONES Ó SEMEJANZAS.

S. Luc, c. VI, v. xxxix, xlix.

PUNTO PRIMERO.

De las dos primeras semejanzas.

Primero. *Primera comparacion.* —Del ciego que conduce otro ciego... Jesus acabó su instruccion al pueblo por via de semejanzas ó comparaciones. « Y les decia tambien una semejanza : ¿acaso puede un ciego guiar un ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo...?»

Esta es una advertencia para aquellos que guian á otros. Pastores, y sobre todo Doctores y Directores, si aquellos que habeis de guiar son ciegos, guardaos de serlo tambien vosotros. Si vosotros no conoceis los caminos del Señor, las máximas del Evangelio, las reglas de la fe, vosotros os perdereis

con los que guiais... Este es tambien un aviso para aquellos que deben ser guiados. Deben estos guardarse, y no dejarse guiar de ciegos. Procuren primero rogar al Señor para que les dé un guia fiel. En la eleccion que hacen, no juzguen por ciertos talentos que lisongearian su vanidad, y no les serian muy á propósito para edificarlos: despues asegúrense que él traiga sus luces de fuentes limpias: reflexionen con un corazon recto la manera con que los guia: observen si es exacto, iluminado, si sabe conciliar la debilidad del pecador con los deberes del penitente. Finalmente no se abandonen totalmente á él, de suerte que lleguen hasta cegarse sobre lo que le toca: de otra manera se expondrán á caer con él en el infierno.

Segundo. *Segunda semejanza.* — Del Maestro y del discípulo. «No es el discípulo mas que el Maestro; pero será perfecto todo aquel que fuere como su Maestro....» Primeramente estas palabras nos representan la desgracia de aquellos que son enseñados y conducidos por guias ciegos y corrompidos; y ellas son una continuacion de la primera semejanza. Si los maestros son malos, no se ha de esperar que formen buenos discípulos... Padres y madres, parientes y amigos, señores y señoras, y vosotros, cualquiera que seais, que sin luz ó sin costumbres guiais á los otros, los instruís, los aconsejais, cuando vuestros discípulos, vuestros hijos, vuestros amigos y vuestros instruidos serán como vosotros, se creerán perfectos y muy iluminados,

mientras que á cada paso se extraviarán, tropezarán, y darán vergonzosas caidas.—Estas palabras representan tambien la ventaja de aquellos que han tomado á Jesucristo por Maestro, que van conducidos segun las máximas del Evangelio, y segun las reglas de la fe. Nosotros tenemos la dicha de ser de este número. Acordémonos, pues, de esta máxima de nuestro divino Maestro: «no hay discípulo que sea mas que su maestro.» Acordémonos de esto cuando se trata de ser humillados, de ser despreciados, de sufrir las injurias, las calamidades, las calumnias, los tormentos, y la muerte. Jesucristo ha sufrido todo esto, y en la semejanza que con él tendremos, consiste nuestra perfeccion.

PUNTO II.

De las dos últimas semejanzas.

Primero. *Tercera semejanza.* —De la viga y de la paja en el ojo... » ¿Por qué miras la pajuela en el ojo de tu hermano; y no adviertes la viga que tienes en tu ojo? ¿O cómo puedes decir á tu hermano, deja hermano que te saque del ojo la pajilla; no viendo tú la viga que hay en tu ojo? Hipócrita, sácate primero la viga de tu ojo; y entonces mirarás cómo has de sacar la pajilla del ojo de tu hermano... »

Un herege echa de ver en la Iglesia Católica

defectos y abusos, y no ve el delito de su separacion; no ve en su secta la impiedad, y la blasfemia erigidas en dogmas que él cree, como otros tantos artículos de fe. Un lego advierte en un Eclesiástico, y en un Religioso, interes y disipacion, y no ve en sí la injusticia, el libertinage, la impiedad y la irreligion. Un mundano advierte en las personas devotas sensibilidad y caprichos; pero no ve en sí la cólera, la venganza y el escándalo. ¿Cuántos defectos observamos y vemos en los otros, mientras que nosotros mismos los tenemos mucho mayores? Celo farisáico, tan comun como despreciable, que nos hace iluminados para con los otros; mientras no sabemos reflexionar sobre nosotros mismos; y atendemos bien á todo lo que sea reformar nuestra conducta. ¡O, qué hipócritas que somos! ¡Ah! Entremos en nosotros mismos; hagamos util nuestro pretendido celo, empléandolo primero sobre nosotros. Comencemos por el corregirnos antes de meternos á corregir los otros: comencemos por quitar la viga de nuestro ojo, antes de querer quitar la paja del de nuestro hermano.

Segundo. *Cuarta semejanza.* — Del arbol bueno y del malo... « Por qué no es arbol bueno el que hace malos frutos: ni mal arbol el que hace frutos buenos. Porque todo arbol se conoce por su fruto: ya que ni se cogen higos de los espinos, ni se vendimian ubas de una zarza!.. »

Aprendamos de esta máxima á justificar al prójimo, y á condenarnos á nosotros mismos: á notar

en los otros solo las cosas de edificacion; á no ver por lo menos cosas que nos escandalicen; y á ver siempre en nosotros cosas que nos sirvan de mortificacion y de afliccion. No creamos el mal que se nos dice de nuestros hermanos, cuando vemos que estos producen frutos de dulzura, simbolizados en los higos; esto es, frutos de modestia, de sumision y de edificacion; y por otro lado frutos de fuerza, indicados en las ubas, esto es, frutos de celo, de firmeza y de constancia. — Examinémonos, pues, á nosotros mismos, ¿qué árboles somos en el jardin del Señor? ¿Qué frutos producimos? ¡Ay de mí! No somos, por ventura, otra cosa, que árboles estériles, que no producen fruto alguno: somos acaso como el espino y la zarza, que no se pueden tocar sin lastimarse y herirse. ¿Nuestro humor áspero, nuestra manera rígida; nuestro aire altanero; nuestras palabras ofensivas; no son ellas por ventura espinos? ¿Nuestras críticas, nuestras sátiras, nuestras quejas, y nuestras maledicencias; nuestros discursos libres contra la modestia, y contra la Religion; y otros muchos defectos que podemos reconocer en nosotros, no deben por ventura hacernos temer que somos en el campo del Señor una zarza, que se verá obligado á arrancar y á echarla en el fuego?

PUNTO III.

De las dos últimas semejanzas.

Primero. *Quinta semejanza.* — Del tesoro bueno y malo escondido en el corazon... « El hombre bueno del tesoro bueno de su corazon, saca bien: y el hombre malo del mal tesoro saca mal: porque de la abundancia del corazon habla la boca... » Todos los hombres llevan en su corazon un tesoro; esto es, un fondo en que se deleitan con ardor; que aumentan todos los dias; y esconden con atencion.

Observemos lo primero. *La naturaleza de este tesoro.* — En los buenos es un tesoro precioso de virtud, de amor de Dios, de religion, de piedad, de caridad, de buenas obras, de intenciones puras, y de piadosos deseos: en los malos un tesoro abominable de vicios y de corrupcion, de mentira y de injusticia, de amor desordenado de las criaturas y de sí mismos. Examinemos bien nuestro corazon, y veamos cuál es el tesoro que llevamos dentro de nosotros.

Consideremos lo segundo. *Cuál sera la manifestacion de este tesoro.* — Cada uno aquí en la tierra tiene el tesoro de su corazon escondido. La humildad lo esconde en los buenos; y la hipocresía en los malos. Pero en el grande dia, la hipocresía será desmascarada, y no tendrá ya lugar la humildad.

¡O, y cuán glorioso será este dia para los buenos, y cuán terrible para los malos! Al tesoro de los buenos corresponderá de parte de Dios, un tesoro de gloria, y de eterna felicidad: al tesoro de los malos corresponderá un tesoro de cólera, y de eternos suplicios.—Renunciemos, pues, al tesoro de la iniquidad, y procuremos adquirir el de la virtud.

Lo tercero. *Examinemos, qué cosa se sacará de este tesoro.* — De un tesoro se sacará lo que se ha echado: las obras son las que salen del corazon. Nosotros obramos segun las impresiones que se hacen en nosotros. Veamos, pues, de qué naturaleza son nuestras obras buenas ó malas, y conoceremos de qué naturaleza es el tesoro de nuestro corazon; si es bueno ó si es malo. Juzguemos sobre todo de nuestras palabras; porque *la boca habla de la abundancia del corazon.* Ahora, pues, ¿cuáles son por la mayor parte nuestros discursos con los otros? ¿en qué ocupamos nuestros pensamientos? Si Dios, si Jesucristo, si los misterios de la fe y de la esperanza del cristiano, son los que suministran la materia, nuestro tesoro es bueno; pero será malo, si el objeto de nuestros discursos son los defectos de otros; si moralizamos solo por tener lugar de criticar: si nuestras palabras ofenden la modestia ó la Religion; y es asimismo cierto que será por lo menos vano é inutil, si nuestros discursos se agitan solo sobre bagatelas, sobre entretenimientos frívolos, y sobre objetos de disipacion.

Lo cuarto. *Consideremos cuál debe ser el aumento*

de este tesoro. — Cuanto mas se saca de un tesoro, tanto mas se disminuye : al contrario sucede en el tesoro del corazon : cuanto mas nos entretenemos en divertimientos vanos y frívolos, mas pecados se cometen ; cuanto mas amamos el pecado, tanto mas queremos cometerlo : y por el contrario, tantas mas obras buenas se hacen, cuanto mas queremos hacerlas. ¡Ay de mí! Cuanto tiempo perdemos en llenar inútilmente el tesoro de nuestro corazon de cosas despreciables, mientras que pudiéramos llenarlo de cosas preciosas, y de riquezas inmortales que nos coronarian de gloria, y nos procurarian una felicidad perfecta y eterna.

Segundo. *Sexta semejanza.* — De la casa fabricada sobre un sólido fundamento ó sin fundamento... « ¿Por qué pues me llamais, Señor, Señor ; y no haceis lo que yo os digo?... Todo aquel que viene á mí, y escucha mis palabras, y las pone en ejecucion, os explicaré á quien se asemeje ; es semejante á un hombre, que fabricó una casa, el cual cavó profundamente, y puso el cimiento sobre la piedra : y viniendo la avenida, la inundacion hizo su impulso en la casa, y no la pudo mover, porque estaba fabricada sobre la piedra. Pero aquel que escucha, y no hace, es semejante á un hombre que fabricó una casa sobre tierra sin cimiento ; en la cual hizo fuerza la avenida, y ella vino luego abajo, y fue grande la ruina de aquella casa... »

En vano invocamos al Señor, sino practicamos su doctrina ; en vano nos decimos Cristianos, si no

vivimos de Cristianos: Quien creyendo en Jesucristo, practica su ley, es semejante al que fabrica sobre piedra. Las tentaciones, las persecuciones, la muerte misma; nada puede destruir el edificio: subsiste por toda la eternidad. Al contrario, quien creyendo en Jesucristo, no practica su ley, es semejante al que fabrica sobre la tierrra y sin cimientos. Este edificio que tenia solo la apariencia, sin solidez, luego se arruina, sirve solo de manifestar la vanidad de quien lo habia levantado. ¿Convenia gastar tanto para construir un edificio tan expuesto á la ruina? ¡Ay de mí! ¿No soy yo por ventura este insensato?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, lo entiendo: el edificio de mi salud debe ser un edificio eterno; lo estableceré, pues, sobre la piedra; esto es, sobre la práctica de las virtudes cristianas. No contento de escucharos, o divino Jesus, de admirar vuestra doctrina, y de consentir con el espíritu á las verdades que ella enseña; mi corazon, y mis obras serán conformes á mi fe para poderme presentar con confianza, á aquel terrible juicio en que callarán las bocas, y hablarán solo las acciones. Amen.

MEDITACION LXXXIII.

VUELVE A ENTRAR JESUCRISTO EN CAFARNAUM, Y RESPONDE A LAS BLASFEMIAS DE LOS ESCRIBAS.

S. Luc, c. VII, v. 1. — S. Marc, c. III, v. xx, xxx.

Jesucristo nos ofrece aquí el modelo mas perfecto de la paciencia, de la firmeza, y de la severidad del verdadero celo.

PUNTO PRIMERO.

Firmeza del verdadero celo.

Lo primero. *La paciencia del celo de Jesucristo contra la indiscrecion del pueblo.* — « Y cuando acabó de decir todas sus palabras al pueblo que lo escuchaba, entró en Cafarnaun... y vinieron á la casa y se juntaron de nuevo las turbas; de modo que no podian ni aun tomar el alimento... »

Habia Jesucristo pasado la noche en oracion; por la mañana habia hecho la eleccion de sus Apóstoles; despues se habia ocupado en curar los enfermos,

y en echar los demonios, y en instruir al pueblo. Acabada la instruccion tenia necesidad de reposo y de alimento. Despidió las turbas, y con sus doce Apóstoles se volvió á entrar en Cafarnaun. Apenas habia entrado en la casa se vió cercada de un nuevo concurso del pueblo; y en cada momento se multiplicaba la gente. Quiso tambien Jesus en esta ocasion condescender con sus deseos, de manera, que ni él, ni sus Apóstoles pudieron comer. De este modo las ocupaciones del celo de Jesucristo le quitaban muchas veces el tiempo de tomar el alimento, y el sueño; y solo le quedaba intacto y libre el tiempo de la oracion... ¿Un Pastor obligado á dar su misma vida por su rebaño; podrá negarle el derecho sobre todo su tiempo? ¿Cómo podrá él preferir á las necesidades que miran al alma, á la conciencia, y á la salvacion del prójimo, las necesidades personales que miran solo el cuerpo, á la salud y á la vida presente?

Lo segundo. *La paciencia del celo de Jesucristo contra los falsos juicios de los hombres.*—«Y habiéndolo oido los suyos, fueron para recogerlo; porque decian: se ha puesto furioso...» Los Parientes de Jesucristo por la mayor parte, parece que se interesaban poco por él: no se veia que lo siguiesen, ni acompañasen; y es probable que no fuesen testigos de los milagros que obraba. Si estaban informados de algunas cosas, las habian oido, y las sabian por varios y confusos discursos, y sobre este conocimiento superficial, no tenian dificultad de

decir que se habia vuelto loco ; que la devocion , y el fanatismo le habian perturbado el espíritu ; y que tanto él como los que lo seguian , vivian en un engaño. Ellos pues , como gente de reputacion y de bien creyeron que tenian obligacion de impedir este escándalo. Y, ó sea que ellos mismos hubiesen tenido estos pensamientos ; ó sea que se los hubiesen sugerido los Fariseos , vinieron á Cafarnaun ; no para oir , ni para examinar , sino para asegurarse de la persona de Jesucristo , como de un insensato que deshonraba toda su familia , y que podia acarrearles el odio y la persecucion , que en Jerusalen se tramaba por sus enemigos los mas poderosos , por la libertad de sus discursos y de sus amonestaciones... No se sabe lo que intentaron ; ni qué cosa les impidió la ejecucion de tan extravagante designio : pero lo cierto es , que no lo ejecutaron. — Tambien nosotros oimos algunas veces en el mundo que los parientes de algunas personas que se consagran á Dios, ó que abrazan una vida religiosa, tienen los mismos pensamientos y el mismo lenguage , y que por el mismo motivo , se empeñan en disuadirles sus piadosas intenciones. — Se ven del mismo modo en el cristianismo cristianos de solo nombre , que teniendo un mero y superficial conocimiento de la Religion , todo lo atribuyen á error , al fanatismo , á la ilusion : Personas que saben solo porque lo oyen decir; que dan su juicio , porque oyen que tal lo dan los impíos , con quie-

nes comunican : y personas tan ciegas y tan insensatas , que se creen sabias , iluminadas , y en estado de dirigir á otros.

Lo tercero. *La paciencia del celo de Jesucristo contra las calumnias de los malos.* — « Y los Escribas que habian venido de Jerusalen , decian , él tiene á Belcebub , y echa los demonios en virtud del Príncipe de los demonios... » Los Escribas estaban mas instruidos que los Parientes de Jesucristo ; é iban con una ansiosa curiosidad por todas las partes por donde andaba Jesucristo... Habia Escribas que venian de Jerusalen por oirlo hablar , y verlo obrar , pero su partido estaba ya tomado... no venian ellos por instruirse , por edificarse , ó verificar los hechos ; venian sí unicamente por censurar , criticar , meter en ridículo á Jesucristo y desacreditarlo. — Ved , o Salvador mio , como se miran vuestras penas : os cargan de las mas atroces calumnias; os hacen las mas indignas afrentas : estudian la manera de impedir vuestro santo ejercicio , y de teneros encerrado , como á un insensato , ó como á un mago , en el tiempo mismo que os empleais y os fatigais por nuestra salvacion , y por la de vuestros mismos enemigos. — Aprendan , o Jesus , vuestros ministros á ejercitar vuestras obras á pesar de las penas y las contradiciones que puedan encontrar.

PUNTO II.

Severidad del verdadero celo.

Lo primero. *Firmeza del celo de Jesucristo para preservar los pueblos de la seduccion.*—«Y llamándolos les decia en parábolas; ¿cómo puede Satanas echar á Satanas? Y si un reino está dividido contra sí mismo no puede aquel reino conservarse: y si una casa estuviese dividida contra sí misma, no puede aquella casa subsistir. Y si Satanas se levantare contra sí mismo, dividido está, y no podrá subsistir, antes está para acabar... »

No se habia lamentado Jesucristo de la indiscrecion del pueblo; ni de la calumnia atroz de sus parientes, pero no pudo sufrir los discursos de los Escribas, porque se dirigian á engañar los pueblos, y apartarlos de la fe.— Aprendamos á ser pacientes y mudos en las injurias que nos son personales; pero no suframos que se tengan en nuestra presencia discursos escandalosos, propios para engañar á quien los oye. En estas ocasiones nuestro silencio contribuiria á la seduccion, y nos hariamos culpables.

Lo segundo. *Firmeza del celo de Jesucristo para confundir á los seductores.* — El discurso del Señor era sencillo, adaptado á la capacidad del pueblo, y de una fuerza invencible... Jesucristo lo empleó tambien en otras ocasiones, sin haber podido jamas

los Escribas darle una respuesta.—Si en algun tiempo nosotros nos viésemos obligados á asistir á algunas juntas en que fuese atacada la Religion, es obligacion nuestra estar instruidos de las respuestas que se deben dar á los impíos, y á los novatores para contener su temeridad y confundirlos, si no los podemos convertir. Estos solo son atrevidos cuando ninguno les contradice. El estrépito de sus palabras, y la propia satisfaccion con que dogmatizan, hace parecer fuertes sus ataques, pero solo una palabra los desconcierta, les hace callar, y muchas veces les hace tambien huir.

Lo tercero. *Firmeza del celo de Jesucristo en establecer la verdad.* —«Ninguno puede entrar en la casa del fuerte, y robarle los muebles, si primero no ata al fuerte, y entonces dará el saqueo á la casa... » Jesus declara aquí lo que ha hecho por nosotros contra el enemigo de nuestra salvacion: lo ha atado, y le ha quitado el poder de hacernos mal, y así no puede ejercitar su imperio sobre nosotros sino por culpa nuestra... El demonio está ahora como un leon encadenado, que puede meter miedo con sus rugidos, pero que solo puede herir á aquellos que tienen la temeridad de acercársele. Nuestro Señor, despues de haber encadenado al demonio, saqueó su casa, quitando los cuerpos y las almas que poseia, echando á tierra los altares que se le habian levantado, arruinando su culto, y destruyendo la idolatría. —Démosle gracias por tan grande beneficio: estemos siempre unidos á él: ve-

lemos y alejémonos lo mas que podamos de un enemigo furioso, que no ha perdido aun el deseo, ni la esperanza de perdernos.

PUNTO III.

Severidad del verdadero celo.

Lo primero. *La severidad del verdadero celo no desespera un punto al pecador.* — « En verdad os digo, que les serán perdonados á los hijos de los hombres todos los pecados y blasfemias que hayan proferido...»

Tened buen ánimo, pecadores, seais quien fué-seis... Jesucristo mismo es el que os asegura, que todos vuestros pecados, por grandes que sean, os serán perdonados, siempre que vosotros recurrais á sus méritos, y á los medios que os ha dejado para alcanzar vuestro perdon. Es el mismo Jesus el que os da esta seguridad en el mismo tiempo que está ultrajado, y para fulminar contra los pecadores endurecidos la mas formidable sentencia que jamas salió de su boca. Daos priesa, pues, á recurrir á su misericordia, y no formeis de su bondad un pretexto para la impenitencia, que os conduciria como á otros muchos á una eterna reprobacion. —Almas timoratas, á quienes la memoria de vuestras culpas pasadas pone algunas veces en cierta perplejidad y en la pusilanimidad, aseguraos sobre la palabra de vuestro Salvador, y tened confianza en él.

Lo segundo. *La severidad del verdadero celo no lisongea al pecador.* — « Pero el que habrá blasfemado contra el Espíritu Santo, no tendrá perdon en toda la eternidad, sino que será reo de delito eterno...»

La blasfemia contra el Espíritu Santo propiamente dicha y consumada es la impenitencia final, la muerte en el pecado mortal, ó sea que una persona haya rehusado convertirse en la hora de la muerte, ó sea que una muerte improvisa no le haya dado tiempo para arrepentirse. La blasfemia contra el Espíritu Santo comenzada y seguida las mas veces de la impenitencia final, es el pecado de los Escribas, que atribuian al poder del demonio los milagros que Jesucristo obraba por virtud del Espíritu Santo: es tambien el pecado de los impíos y de los Deistas, que se esfuerzan á destruir el Cristianismo: es tambien el pecado de los Hereges, que no queriendo reconocer las operaciones del Espíritu Santo en la perpetuidad de la Iglesia Católica, la han creido sujeta al error, y no cesan de hacerle resistencia; y finalmente es el crimen de cualquiera que vive en estado de pecado mortal, con riesgo de ser en cada instante sorprendido, y de morir en él. — ¡Ah! ¡Miserables pecadores que somos! No queramos ser enemigos de nosotros mismos. Hagamos, sí, hagamos reflexion muchas veces sobre esta grande palabra: *Eternidad, pecado mortal.* Pensemos bien que estas palabras son de Jesucristo, que pronunciándolas, nos ha revelado las profundida-

des impenetrables de su divina justicia, y ha querido excitarnos á una pronta y saludable penitencia.

Lo tercero. *La severidad del verdadero celo no infama al pecador.* — Jesucristo les hablaba en estos términos: « Porque decian: tiene el espíritu inmundo... »

Jesucristo hablaba así para rebatir la blasfemia de los Escribas, é impedir la seduccion, y lo hace sin nombrarlos, y sin enderezar á ellos las palabras, queriendo antes ganarlos, que confundirlos. — Su obstinacion, la obligacion de prevenir mayores escándalos, y la necesidad de instruir las generaciones venideras fue lo que lo empeñó despues á quitar la máscara á estos hipócritas, aunque jamas los nombró, sino con el nombre general de Escribas y Fariseos. Mas esto no quitaba que entre ellos pudiese haber, como de hecho habia, algunos que buscasen sinceramente el reino de Dios, y estuviesen unidos á Jesucristo. Adoremos esta bondad del Salvador, y hagámoslo nuestro modelo en todas nuestras acciones. Nuestra grande severidad esté siempre, á ejemplo de Jesucristo, templada con la dulzura.

Peticion y Coloquio.

Sí, o Señor mio, la dulzura y la moderacion estarán siempre en mi corazon ; las tendré siempre delante, tanto para despreciar la calumnia, como para rebatirla : me opondré siempre á la impiedad : pero perdonaré, y aun procuraré si puedo ganar al impío. Concededme, Dios mio, este precioso efecto de vuestra misericordia, que perdona hasta las blasfemias con que os ultrajan : haced que yo no caiga en las manos de vuestra justicia cuando ella ya no perdona. Haced que no abuse con mis dilaciones de vuestra indulgencia, que todo lo perdona al pecador verdaderamente contrito ; inspiradme los sentimientos de la verdadera penitencia: encadenad al demonio, aquel vencedor de mi alma, quitadle mi corazon, en que ha establecido su habitacion, quitadle las pasiones, los malvados deseos que en él ha suscitado, y que aun ahora mantiene, para que triunfando aquí en la tierra, con la gracia de mis enemigos y de los vuestros, pueda participar del triunfo de vuestra gloria en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXXIV.

OTRA SANIDAD DEL CRIADO DE UN CENTURION.
S. Luc, c. VII, v. 1, x.

Consideremos aquí primero, la eficacia de la intercesion para con Jesucristo. Segundo. Qué progresos conviene hacer en la virtud para agradar á Jesucristo. Tercero. Cuál es la bondad de este Dios Salvador para con nosotros.

PUNTO PRIMERO.

De la intercesion para con Jesucristo.

Lo primero. *Es necesario hacer uso de ella con discrecion.* — «Y el criado de cierto Centurion, amado de él, estaba enfermo, y cercano á la muerte... Y habiendo oido hablar de Jesus, envió á él ancianos de los Judíos, rogándole que viniese á sanar su criado...»

El Centurion escogió las personas mas distinguidas de la ciudad para que intercediesen á su favor con Jesucristo, y empeñarlo á ir á su casa para sanar su criado enfermo... Encomendémonos tambien

nosotros á las oraciones de las almas justas que hay sobre la tierra: invoquemos los Santos que estan en el cielo: todos estos son amigos de Jesucristo, y grande su poder. Recurramos á María Santísima: no ignoramos la preeminencia de su esfera, y su poder para con su divino Hijo. Entre los Santos reconocidos por la Iglesia tenemos nuestros patrones, aquellos cuyo nombre llevamos, y aquellos que fueron sobre la tierra de nuestra misma condicion y estado. Tenemos los Patrones de los lugares donde hemos sido bautizados, y en que vivimos. Entre los Santos Angeles tenemos nuestro Angel Custodio, y los de aquellos con quienes hemos de tratar. Entre los fieles difuntos en el seno de la Iglesia, y en olor de santidad, podemos tener parientes y amigos; y bien que no sea lícito prevenir el juicio de la Iglesia con un culto público, nada nos impide invocarlos privadamente.

Lo segundo. *Es necesario acompañar esta intercesion con nuestras buenas obras.*—«Y ellos (los ancianos de los Judíos de Cafarnaum) luego que llegaron á Jesus, le suplicaron instantemente, diciéndole: merece que le otorgues esto, porque ama nuestra nacion, y él mismo nos ha fabricado la sinagoga. Y Jesus iba con ellos... »

Jesus condescendió á la súplica de estos Judíos, y á los motivos en que la apoyaban. —¿Y con qué cosa interesamos nosotros los Santos que invocamos en nuestro favor? ¿Qué pueden ellos decir de nosotros para dar valor á su intercesion? ¿Harán valer

nuestro amor para con ellos, y nuestro celo por imitarlos, nuestros ayunos, nuestras limosnas, nuestros ejercicios de piedad, y el culto religioso que les tributamos? Pero si nuestra vida los deshonra, si celebramos sus fiestas con alegrías profanas, ó acaso con vergonzosas disoluciones, en vez de intercesores esperemos de cierto hallar en ellos acusadores que solicitarán con Dios nuestra condenacion.

Lo tercero *Es necesario emplear esta intercesion con espíritu de humildad.* — « Y cuando estaba ya poco lejos de la casa, el Centurion le envió sus amigos, diciéndole: Señor, no te incomodes, porque yo no soy digno de que entres bajo de mi techo, y por esto ni aun me he creido yo mismo digno de ir á vos; pero mándalo con una palabra, y será sano mi muchacho... »

Si el Centurion empleó los principales de Cafarnaun para con Jesucristo, lo hizo porque se creia indigno de presentarse él mismo al Señor. — Con este mismo espíritu de humildad debemos invocar los Santos, y apoyarnos en su intercesion para con Jesucristo. No dudemos de su bondad y de su poder; pero estemos persuadidos de nuestra indignidad: sepamos que los Santos nada pueden por sí mismos, y sin él; pero sepamos que son sus amigos, y que para con él son poderosos. ¿No es honrar un grande de la tierra honrar á sus favorecidos, y enderezarse á ellos para obtener las gracias que deseamos? Conviene, pues, decir que es una grande prevencion de la heregía tratar de supersticion y de

idolatría la invocacion de los Santos. Jesucristo condena aquí el orgullo y la calumnia de estos pretendidos reformadores. Bien lejos de reprender al Centurion por no haberse enderezado á él, se rinde á las súplicas de los intercesores, que ha empleado, y hace el elogio de su fe. Invoquemos, pues, á los Santos con confianza, y no olvidemos un socorro tan poderoso para nuestra salvacion. Veamos cuáles son para este efecto nuestros ejercicios de piedad, y procuremos cumplirlos con mayor fervor.

PUNTO II.

De los progresos de la virtud para agradar á Jesucristo.

Lo primero. *Para adelantarnos en la virtud conviene aprovecharnos de las atenciones de la providencia sobre nosotros.* — Este oficial, que implora aquí el socorro de Jesucristo, era Gentil : habia nacido, y se habia criado en el seno de la idolatría : la providencia lo coloca en el único pais del mundo en que se adora al verdadero Dios, en el centro mismo de las misericordias del Hijo de Dios, y bien presto reconoce el Dios que allí se adora, y ama al pueblo que ofrece un culto solemne. Hace aun mas : favorece á este pueblo con su autoridad, y lo gratifica con sus liberalidades ; y apenas ha oido hablar de Jesus, y de las maravillas que obra, cuando cree en él. — Un corazon recto que ama á Dios, no tiene dificultad en creer en Jesucristo su Hijo.

Lo segundo. *Para adelantarse en la virtud conviene aprovecharse de las aflicciones.* — Era necesaria al Centurion alguna prueba para hacer resplandecer su virtud... Uno de sus criados cae malo, y está reducido á los extremos : este Centurion reanima su fe, é implora el socorro de Jesucristo con otra tanta humildad sincera, fundada de una parte sobre el sentimiento de su bajeza, y de otra sobre la idea de la grandeza y de la omnipotencia de Jesus.—Si el orgullo nos ha alejado de Dios, la afliccion nos debe volver á él.

Lo tercero. *Para avanzarse en la virtud conviene aprovecharse de los buenos ejemplos.* — « Porque yo tambien (dijo el Centurion) soy un hombre subordinado que tengo bajo de mí algunos soldados, y digo á uno : ves, y él va; y á otro, ven, y él viene ; y á mi criado, haz esto, y lo hace. Lo que oido por Jesucristo, quedó maravillado, y vuelto á las turbas que lo seguian, dijo : en verdad os digo que no he encontrado tanta fe ni aun en Israel. »

Si este Centurion es diferente de aquel de quien habla San Mateo, como nos lo hace creer la diversidad de circunstancias, se puede decir que instruido de cuanto le habia sucedido á su cólega, en el imitarlo copió todas las expresiones, pues tenia todos sus sentimientos ; por esto obtuvo del Salvador el mismo elogio de su fe, y el mismo éxito de su súplica.

Lo cuarto. *Para adelantarse en la virtud conviene*

aprovecharse de los favores particulares de Dios.—«Y volviendo á casa los que habian sido enviados, hallaron sano al criado que habia estado enfermo...» Habiendo llegado á casa los amigos del Centurion, encontraron lleno de vida y de sanidad al que habian dejado moribundo. Juzguemos cuáles fueron despues de este favor el amor, el reconocimiento y el fervor de un Señor tan virtuoso, y de un criado que se habia merecido ser tan amado de su Señor. — ¿Esta fe del Centurion que condena la infidelidad de Israel, condena acaso tambien la nuestra? ¿Desde que vivimos qué hemos aprovechado en la virtud? La providencia nos ha puesto en las circunstancias mas favorables para nuestra salvacion, ¿cómo, pues, nos hemos servido de ellas? No nos han faltado las aflicciones, ¿qué provecho hemos sacado de ellas? Se nos han presentado buenos ejemplos, y nos han solicitado, ¿qué resoluciones nos han inspirado? Se nos han concedido mil favores, varias disposiciones de una singular providencia nos han librado de tantos peligros, ¿con qué aumentos de fervor hemos dado pruebas de nuestro reconocimiento? ¡Ay de mí! ¿No abusamos de todo, y no volvemos atras cada dia en los caminos de la virtud en vez de adelantarnos?

PUNTO III.

De la bondad de Jesucristo.

Esta bondad resplandece en su conducta, en sus palabras, y en sus operaciones.

Lo primero. *Bondad de Jesus en su conducta.* —Apenas le suplicaron, parte sin detencion alguna, lo detienen estando ya para llegar á la casa, y se para. ¡Admirable condescendencia! ¿Pero de qué se trataba aquí? De un criado que pertenecia á un Oficial Romano, á un Gentil. Podia sanarlo sin ir á él: habria podido responder á aquellos que le suplicaban, como respondió á aquel Señor que le pidió por su hijo: *andad lo encontrareis sano.* Pero no: por temor que esta respuesta tuviese alguna sombra de desprecio partió inmediatamente. Delante de Jesucristo todos son iguales, el Judío y el Gentil, el Señor y el criado, el hijo y el familiar, le es igualmente preciosa su alma, y ha muerto igualmente por todos: la fe sola, sola la virtud los distinguirá un dia á sus ojos. — ¿Tenemos nosotros los mismos miramientos? ¿hacemos el mismo juicio sobre las diferentes condiciones de los hombres?

Lo segundo. *Bondad de Jesucristo en sus palabras.* — Jesus no puede ver la virtud sin alabarla: vendrá el dia en que la recompensará. — ¿Qué alabanzas merecemos nosotros de Jesucristo? ¿Puede alabar nuestra fe, nuestro amor, nuestro celo, nuestro

fervor, nuestras buenas obras, deseo de agradarle, y nuestra aplicacion á servirlo? ¿Y si no puede ahora alabar cosa alguna, qué cosa podrá recompensar un dia? ¡Ay de mí! Bien lejos de aplicarme á merecer las alabanzas de Jesucristo, ¿no he vivido hasta ahora de manera de traer sobre mí sus disgustos aquí en la tierra, y un dia su reprension y sus castigos? Jesucristo pone la fe del Centurion sobre la de los Israelitas, no por mortificar á estos, sino para animarlos á una santa emulacion. ¡Ay de mí! Nosotros vemos cada dia nuevos convertidos; ó sea que vuelvan del pecado á la penitencia, ó de la heregía al catolicismo, los cuales nos avergüenzan con su fervor; bien que nosotros seamos católicos antiguos, bien que de largo tiempo hagamos profesion de vivir una vida regulada. Jesus nos presenta estos ejemplos para confundir nuestra flojedad; y animar nuestro fervor. ¿Le resistiremos aun continuamente, y no podrá su bondad vencer nuestra malicia?

Lo tercero. *Bondad de Jesucristo en sus obras.* —Jesus no hizo otra cosa que alabar la fe del Centurion, sin hablar de su peticion; sin declarar si la habia aceptado, ó no; sin pronunciar sentencia sobre la enfermedad, ó sobre la sanidad del criado, y sin instruir los presentes de lo que habia de hacer, pero el milagro ya estaba hecho. Jesucristo se volvió á su casa, y los diputados á la del Centurion, donde encontraron al criado ya sano. ¡Ah! no puede Jesus negar cosa alguna á una súplica humilde animada de la fe. ¿Y nosotros no conoceremos jamas á

nuestro Salvador para amarlo únicamente , y para poner en él toda nuestra confianza ?

Peticion y Coloquio.

¡Ah Señor! el criado del Centurion le era á él menos amado que lo es á mí mi alma. Esta desfallece: mirad , Señor , esta alma : ella se halla en el mas próximo peligro de una muerte eterna. En este horrible estado yo soy mas indigno que este Oficial Romano de acercarme á Vos , o Salvador mio, y de obtener mi sanidad. ¡Pero ah! haced eficaces las súplicas de tantos justos sobre la tierra , y de tantos Santos en el cielo , que delante de Vos se interesan por mí. Y como la fe de este Centurion lo hizo digno de recibiros en su corazon por medio de vuestra gracia, cuando se reconocia indigno de recibiros en su casa, el vivo sentimiento de mi humildad, de que mas que nunca estoy en este momento penetrado , me alcance, o Señor, de vuestra infinita bondad la sanidad de mis males : sacadme de esta languidez y de esta debilidad en esta vida, y concededme en la otra la recompensa en mí de vuestros propios dones. Amen.

MEDITACION LXXXV.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES PARA SU PRIMERA MISION.

S. Mat., c. X, v. v, xv. — S. Marc, c. VI, v. vii, xi. — S. Luc., c. IX, v .1, v.

Primero. Jesucristo envia sus Apóstoles. Segundo. Los instruye de las virtudes que deben practicar. Tercero. Les enseña la conducta que deben tener.

PUNTO PRIMERO.

De la mision de los Apóstoles.

Lo primero. ¿*Quién los envia?* Jesucristo... « A estos doce Apóstoles envió Jesus...» Todos los doce recibieron inmediatamente su mision del Salvador... Es el mismo Jesus el que envia aun ahora para el ministerio de los primeros superiores los pastores y los predicadores que nos anuncian su palabra, y los buenos libros que nos instruyen : recibámoslos de sus manos, y aprovechémonos de sus instruc-

ciones: mas si somos nosotros mismos los enviados por Jesucristo, partamos diligentemente con sumision, con alegría, y con una entera confianza, que aquel que nos envia sostendrá con su gracia la eleccion que ha hecho de nosotros.

Lo segundo. *¿Cómo envia Jesucristo sus Apóstoles.*?—De dos en dos... « Y llamó á los doce, y empezó á enviarlos de dos en dos... » ¿Por qué una tal conducta...? Porque deben ellos dar testimonio de la verdad por todas partes á donde los envia... El testimonio de un hombre solo no basta segun la ley. — Con esto acaso queria tambien Jesucristo indicar la union que debe reinar entre sus ministros, y entre sus verdaderos discípulos : por otra parte un compañero de nuestros trabajos nos sirve en las tentaciones penosas del ministerio de socorro, de consuelo y de consejo : en las tentaciones contra nuestra propia debilidad de preservativo, de apoyo y de defensa; y en todas nuestras acciones contra las falsas sospechas, contra la maledicencia y la calumnia, de testigo, y de fiador.—Es máxima de prudencia procurarse en cuanto se pueda este socorro, que Jesucristo ha establecido, santificado y procurado á sus Apóstoles.

Lo tercero. *¿Cuál es el lugar donde Jesucristo envia sus Apóstoles*?—Nuestro Señor lo determina, no segun las propias inclinaciones de ellos, sino segun las miras de su infinita sabiduría... Los envió, ordenándoles, y diciendo : « no vayais á camino de los Gentiles, y no entrareis en las ciudades de

los Samaritanos, sino andad á las ovejas perdidas de la casa de Israel... No habia llegado aun el tiempo de anunciar el Evangelio á los Gentiles, era necesario empezar á anunciarlo á los Judíos, que debian estar mas dispuestos á recibirlo.—La voluntad de Dios se nos manifiesta por la de los superiores, por el concurso de los acaecimientos dispuestos por la providencia, y por las luces que en los casos particulares dirigen á aquellos que estan siempre atentos á ellas. Cuanto menos sigamos nuestra propia voluntad, tanto mas seguros estaremos de seguir la de Dios, y de salir bien.

Lo cuarto. *¿A qué fin envia Jesucristo á sus Apóstoles?* — « Y andando anunciad, y decid: el Reino de los Cielos está ya vecino... Esto es, el Reino del Mesías, el Reino de la gracia, el Reino del amor, el Reino de la santidad se acerca... Para nosotros ya llegó: nosotros vivimos en este feliz Reino, que debe conducirnos á Dios, al cielo, y este Reino no está lejos de nosotros: apresurémonos, pues, á borrar con la penitencia nuestros pecados, á hacernos dignos de la corona de nuestras buenas obras, y á ponernos en el estado en que querremos morir. Prediquemos nosotros mismos este Reino, hagámoslo sin cesar la materia de nuestras reflexiones, y de nuestros discursos.

Lo quinto. *¿Con qué autoridad envia Jesucristo á sus Apóstoles?* — « Dad la sanidad á los enfermos: resucitad los muertos: limpiad los leprosos, y echad los demonios... » Los envia con la potestad de ha-

cer los mismos milagros que él... Milagros, no de ostentacion y de vanidad, sino de beneficencia y de caridad, como debian ser los que anunciaban un Salvador, un libertador. — Sanar los enfermos, echar los demonios, resucitar los muertos, ¿con tales pruebas quién podria dudar que no anunciasen la verdad? Aun subsisten estas pruebas, aunque no subsista el mismo poder, fuera de las circunstancias en que sea necesario para distinguir la verdadera Iglesia de Jesucristo de las sectas que de ella se han separado.

PUNTO II.

De las virtudes que deben practicar los Apóstoles.

Primera *el desinteres.* « Gratuitamente habeis recibido, dad gratuitamente... » Palabra bien considerable, y de una grande extension, que no solo excluye los bienes materiales de fortuna, sino tambien los de la estimacion, los de la gloria y del favor. Cualquiera que busca estos bienes en el ejercicio de su ministerio, cualquiera que los recibe, que se goza, y se apega á ellos cuando se le presentan, no ha dado gratuitamente.

Segunda. *El despojo y la pobreza.* — « No poseais oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforjas para el camino, ni dos vestidos, ni zapatos, ni baston... » ¡Qué precepto! En los viages que ha-

reis no lleveis bolsa al lado en que lleveis oro y plata, no lleveis alforjas en que tener las provisiones, no lleveis armas, ni baston apto para herir ó defenderos, no lleveis vestidos, ni zapatos para mudar en las necesidades, contentaos con los que teneis puestos... Vestid y calzad simplemente, nada pretendais para el viage, *excepto solo el baston para sosteneros.* En este estado de pobreza y de despojo se deben presentar los Apóstoles para anunciar el Evangelio á aquellos que no lo conocen.—Aunque predicando á los cristianos no estemos obligados á seguir literalmente la severidad de este precepto, ello es cierto que cuanto mas lo practiquemos en nosotros, será mayor el fruto que sacaremos en la salvacion de las almas.

Tercera. *La confianza en Dios.* —«Porque el operario se merece su sustento...» Un enviado de Dios no debe temer aun en medio de las naciones bárbaras, que le falte su sustento. En el seno del Cristianismo, está ya este provisto por los fieles; mas la Iglesia ha recibido los dones de su liberalidad con el espíritu de Jesucristo, y con el mismo los deben gozar aquellos á quienes ella da el uso. Primero. El espíritu de Jesucristo pide que aquellos que los gozan, sean operarios aplicados y constantes en el trabajo, segun su vocacion y sus talentos... Pero si nada hacen, y viven en un ocio vergonzoso; si trabajan por perseguir y combatir la Iglesia, si se ocupan solo en cosas que la deshonran y desacreditan, ¿de qué son estos dignos sino

del castigo que les está preparado? Segundo. El espíritu de Jesucristo quiere que aquellos que trabajan, se sirvan de estos bienes solo para su necesario mantenimiento, y para sus propias necesidades, y no para engrandecerse, ni para enriquecer sus familias; no para el lujo, ni para la profusion; no para el juego, ni para los placeres; no para la avaricia, para acumular riquezas, ó sostener pleitos... Quiere tambien este espíritu, que aquello que les sobra, despues de haber provisto á lo necesario, se consagre á las necesidades de los pobres, al ornamento y culto de los templos, á la utilidad de las almas, y al servicio de la Iglesia.

Todo hombre sobre la tierra debe ocuparse en un trabajo honesto, util y proporcionado á su condicion: sin esto no merece que la tierra le sustente. — ¿Merecemos nosotros nuestro alimento con nuestro trabajo? ¿Gozamos con el sudor de nuestra frente, como fuimos condenados, los frutos de la tierra?

PUNTO III.

De la conducta que deben tener los Apóstoles.

Lo primero. *En la eleccion de una casa.* — «Y en cualquiera ciudad ó aldea en que entrareis, preguntad quien hay en ella digno (de alojaros)...» Luego que habreis llegado á algun lugar, os infor-

marcis si hay allí algun hombre de bien y temeroso de Dios, algun virtuoso Israelita, de sana reputacion y de virtud conocida, donde podais alojaros.—No solo un Eclesiástico, sino tambien cualquiera que tenga cuidado de su salvacion, debe usar todas las precauciones posibles para escoger una habitacion en que igualmente esten seguras su virtud y su reputacion.

Lo segundo. *Conducta de los Apóstoles al entrar en la casa que habrán elegido.* — « Y al entrar en la casa, saludadla, diciendo: paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; pero si no fuese digna, vuestra paz se volverá á vosotros... » Al primer paso que dareis en la casa que os será señalada, saludad amigablemente á los que la habitan, anunciadles la paz, y la bendicion de Dios, diciéndoles: *la paz sea en esta casa.* Si esta casa merece el bien que le deseais, si es digna de recibiros, y de hecho os recibe, se cumplirán sobre vuestros anuncios: Dios oirá vuestros votos, y la colmará de sus bendiciones. Si al contrario, esta casa no es digna de recibiros, y rehusa alojaros, no creais que es inutil vuestro anuncio, las bendiciones volverán sobre vosotros: vosotros cogereis los frutos de vuestra caridad, vuestra paz volverá á vosotros... para que vayais á llevarla á otra casa que sea mas digna que la primera... » La salutacion de los verdaderos cristianos, y principalmente de los Apóstoles, no es como la del mundo, un lenguage de pura ceremonia, que

muchas veces no tiene sentido alguno, y casi siempre falto de sinceridad, es al contrario una súplica fervorosa hecha á Dios, y un anuncio lleno de caridad para con el prójimo : anuncio eficaz, si el prójimo fuese digno; y si fuese indigno, la caridad tendrá siempre su recompensa. ¡Ah, cuántas veces podemos con poco trabajo ejercitar la caridad! ¿Y por qué perder tan bellas ocasiones por falta de atencion, y de espíritu interior? Cuando el Sacerdote lleva el santo Viático hace la misma salutacion á la casa del enfermo en que entra. ¡Feliz la casa, feliz el enfermo que se halla digno de recibir esta paz tan necesaria en aquellos momentos en que el temor de la muerte ocasiona ordinariamente tanto terror y tanta inquietud!

Lo tercero. *Conducta de los Apóstoles mientras estan en la casa en que habitan.* — « Y les decia : en cualquiera parte que entreis, en una casa deteneos en ella hasta tanto que partais de allí... » Nuestro Señor los ordena expresamente, que despues de haber escogido una casa, y haber sido recibidos en ella, no salgan para tomar otra, sino que permanezcan en ella hasta el dia que se hayan de partir... ¡O, y cuán lleno de bondad y de sabiduría es este orden! De hecho : mudando de habitacion podrian contristar al que primero los hospedó, y dar materia de discurrir y sospechar con perjuicio suyo, y excitar los celos de otros muchos contra él... Ellos mismos se harian culpables, ó á lo menos sospechosos de inconstancia, y de predileccion, de amor

propio, y de buscar su comodidad. ¡O, y cuán poco basta para apartar al pueblo del bien, para desacreditar un operario evangélico, y para destruir el fruto de la palabra de Dios! ¡Cuánta atencion, y cuánta precaucion es necesaria para prevevir aun el mas mínimo escándalo!

Lo cuarto. *Conducta de los Apóstoles cuando se parten de una casa ó de una ciudad que habrá rehusado recibirlos* — « Y si alguno no os recibirá, ni escuchará vuestras palabras, saliendo fuera de aquella casa; ó de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.... En testimonio contra ellos.... En verdad os digo, que será menos castigada en el dia del Juicio Sodoma y Gomorra que aquella ciudad... » Deben los Apóstoles retirándose de esta ciudad, ó de estas casas, sacudir el polvo de sus pies en testimonio contra los ingratos que habrán rehusado escucharlos, de que la gracia y el Evangelio se retiran de ellos. Se alegrarán estos infelices, lo aplaudirán, harán burla de una ceremonia de que no quieren comprender el misterio: esta será el objeto de su burla y de sus desprecios; pero en el dia del Juicio su suerte será mas terrible que la de los habitadores de Sodoma y de Gomorra. ¡Cuántas naciones ¡ay de mí! cuántos reinos y ciudades se han opuesto de este modo, y aun hoy se oponen á la predicacion del Evangelio! ¿Cuántas otras, despues de haberlo recibido, lo han corrompido con novedades y con errores, que les han hecho primero despreciar la voz y las amenazas de

los Pastores, y despues romper el vínculo de la unidad Apostólica? ¿Cuántas almas han desechado en particular las luces continuas del Evangelio por seguir sus inclinaciones, y por abandonarse á sus pasiones con mayor libertad?

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¿Señor, no soy yo por ventura de este número? ¿Cómo recibo, o Dios mio, vuestra santa palabra? ¿Cómo miro á aquellos que me la anuncian? ¡Ah! si yo me retiro por no escucharlos, ó si nada practico de cuanto me hacen oir: si no me aprovecho de cuanto leo, de cuanto Vos mismo me inspirais, o Salvador mio, ¡cuál será en el último dia mi castigo y mi desesperacion! ¿Y qué? ¿volveré yo contra mi mismo vuestros beneficios, y de los instrumentos de mi salud haré otros tantos instrumentos de mi perdicion. No, no Señor: resuelvo desde ahora servirme de todos los medios de salud que Vos me dais: de todos los momentos de gracia que me presentais, y no obligaré á los ministros de vuestra palabra á retirarse de mí: no los pondré en la dolorosa necesidad de acusarme un dia delante de Vos, cuando ellos desean tan ardientemente hacerme agradable á vuestros ojos, y procurarme la verdadera paz. ¡Ah! soy bien afortunado en ver que aun ahora me la ofrecen, no le cerraré jamas las puertas de mi corazon. Así sea.

MEDITACION LXXXVI.

DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES : DE LA PERSECUCION QUE DEBEN ESPERAR.

S. Mat., c. X, v. XVI, XVII.

Examinemos : primero, la naturaleza de esta persecucion : segundo, la manera de sostenerla : tercero, los motivos de sufrirla.

PUNTO PRIMERO.

De la naturaleza de esta persecucion.

Lo primero. *Esta persecucion será injusta é irracional.* — « Mirad, yo os envio como ovejas en medio de los lobos... » Esto es, débiles, sin armas, sin defensa : os envio en medio de los censores de mi doctrina, en medio de los enemigos de mi moral, y en medio de los perseguidores de mi religion... Su persecucion contra vosotros no tendrá otro motivo que su propia ferocidad, la antipatía natural contra la virtud, y la codicia por los bienes de que os despojarán, ó de que os creerán poseedores.

Lo segundo. *Esta persecucion será ignominiosa é*

infame. — « Porque os harán comparecer en sus juntas, y os azotarán en sus Sinagogas... » El senado y los tribunales se juntarán para perderos; su conspiracion tendrá todo el aparato y toda la formalidad de la justicia que se emplea contra los verdaderamente culpados, convencidos de ser perturbadores, blasfemos, impíos y rebeldes; y despues de haber hecho creer que sois tales en sus juntas jurídicas y en las Sinagogas autorizadas, os condenarán á padecer penas corporales las mas ignominiosas é infames.

Lo tercero. *Esta persecucion será pública y cruel.* — « Y sereis llevados por causa mia delante de los presidentes y de los Reyes, como testimonio contra ellos y contra las naciones... » Desesperados de no poder cerraros la boca, y no teniendo derecho de disponer de vuestra vida os llevarán con violencia delante de las potestades de la tierra, por el oido que á mí me tienen y á mi doctrina, para obtener de ellas sentencia de muerte contra vosotros. Judíos y Gentiles todos se unirán para exterminaros; solo vuestra muerte podrá apagar su rabia y su furor. Pero al morir, vosotros predicareis en alta voz mi Evangelio, y vuestra muerte será un testimonio que les probará y hará manifiesto que ha llegado ya el reino de Dios.

Lo cuarto. *La persecucion será particular y doméstica.* — « Y el hermano dará la muerte á su hermano, y el padre á el hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres y los harán morir... » Los mas

sagrados vínculos no servirán de impedimento á la persecucion; el hermano no escuchará la voz de la sangre, el padre no oirá los sentimientos de su corazon, ni la madre los gritos de la naturaleza: no seguirán ni obedecerán otra cosa que el espíritu de furor: el hermano entregará por sí mismo á su hermano á la muerte; el padre llevará á ella al hijo, contra sus mismos padres se sublevarán los hijos y los sacrificarán con sus propias manos: se creerán autorizados de aquel celo que manda la ley á los Judíos ejercitar contra los Apóstatas; os mirarán como á tales y no cesarán de perseguiros hasta que no os vean espirar en los suplicios.

Lo quinto. *La persecucion será general y universal.* — « Y sereis abominados de todos por mi nombre... »Por los mas infames malhechores cuandoson llevados al suplicio se encuentra compasion en el público, pero por vosotros nadie la tendrá: el desenfreno será general: vosotros sereis despreciados, insultados, aborrecidos y detestados de todo el mundo. El título de Apóstoles y de ministros mios os hará objeto de odio á aquellos Judíos indóciles, que son vuestros hermanos segun la carne, y que vosotros procurareis hacer vuestros hijos segun el Evangelio... En cuanto á vuestra persona, por ningun motivo os merecereis este furor y esta especie de execracion general; mas seré yo el que aborrecerán en vosotros, y porque tendreis siempre en la boca mi nombre á que ellos tendrán horror, no podrán sufriros.

Veis aquí, o divino Jesus, lo que vos anunciásteis y lo que prometísteis á vuestros Apóstoles y á vuestros Discípulos. ¿Será posible que el mundo conciba contra ellos sentimientos tan inhumanos y que los persiga con tanta rabia? ¡Ay de mí! Vuestra prediccion, o Señor, se ha verificado á la letra: esta persecucion que habeis anunciado ha durado trescientos años, y despues se ha renovado varias veces.—¿Será posible que en medio de tan cruel y obstinado desenfrenamiento se sostenga vuestra religion, triunfe, se extienda y se perpetue? Sí, Dios mio, y esto es cabalmente lo que vemos con nuestros propios ojos. ¿Pero de qué armas proveeis vos á vuestros Discípulos contra tantos enemigos? ¿Qué especie de defensa ponen en práctica para no caer en tantos y tan violentos ataques...? No tendrán ellos otras armas contra estos lobos rapaces que la dulzura, la paciencia y la caridad: y esto es lo que pone el colmo á las maravillas de vuestra omnipotencia; y lo que prueba que el establecimiento de la Religion Cristiana no ha podido ser otra cosa que obra de vuestra diestra.

PUNTO II.

De la manera de sostener la persecucion.

Nuestro Señor no da á sus Apóstoles otro medio para sostener la persecucion que la práctica de las virtudes las mas perfectas... ¿Cuáles son estas virtudes?

Primera. *Una dulzura inalterable.*— « Mirad que yo os envio como ovejas á los lobos... » dijo á sus Apóstoles... No se pueden dar enemigos mas crueles que aquellos que os levantará la religion : yo no quiero con todo eso que vosotros tengais otras armas, otro espíritu, otras disposiciones contra ellos, que aquellas que estan figuradas por la oveja. El caracter de esta es la dulzura : ella es incapaz de dejarse trasportar de la cólera y de hacer resistencia.

Segunda. *Una simplicidad perfecta.* — Sed simples como las palomas... » Simplicidad que excluye toda doblez, toda mentira y todo artificio : no respiren otra cosa vuestras palabras y toda vuestra conducta, que simplicidad y candidez... ¡Cuántos corazones ha ganado al Cristianismo esta sinceridad y esta franqueza! Al contrario el impío, el Herege son falsos en todas sus operaciones, sus manejos son secretos para fortificar su partido : estan llenos de malicia y de imposturas : la exposicion de su doctrina está llena de equívocos y de

ficciones. La doblez está en sus corazones, la mentira sobre sus labios, y la falsedad en sus juramentos : niegan la evidencia de los hechos; falsifican los autores; litigan sobre una expresion; calumnian á sus contrarios y solo procuran engañar y sorprender.

Tercera. *Una prudencia racional y discreta.* — « Sed prudentes como las serpientes... » Esta prudencia consiste en estar siempre advertidos, en desconfiar de los hombres, en no exponerse temerariamente y sin razon, en velar y orar, y en prepararse para todo. — Esta consiste en regularse de manera que no excite ó que no se aumente la persecucion con hechos imprudentes, y con un celo indiscreto y mal entendido, consiste en salvar nuestra fe y nuestra inocencia, aunque sea con la pérdida de nuestros bienes, de nuestro cuerpo y de nuestra vida, como la serpiente acometida procura salvar la cabeza aunque sea con riesgo de lo restante del cuerpo con que la cubre.— Consiste en el huir en ciertas ocasiones y en exponerse en otras... « Y cuando os persiguieren en esta ciudad... » Si fuéreis vosotros los que toman entre ojos : si vuestra presencia lejos de ser util en aquel lugar ha de servir de acrecentar el tumulto y tirar sobre vosotros la pasion de vuestros enemigos, huid á otra : sin que os detenga allí la carne, la sangre; la amistad de algunas personas; la amenidad del pais, ó las comodidades que allí gozais : vuestra presencia será mas util en otra parte; porque en las miras de

la providencia, la infidelidad de los unos es causa de la salvacion de los otros... Y si vosotros fuéseis pastores, si sois padres de muchos hijos en Jesucristo, siendo ellos los perseguidos, estaos quietos para animarlos y sostenerlos, sacrificaos por ellos. Guardaos de los hombres en general; ellos son peligrosos cuando persiguen, pero lo son muchos mas cuando adulan. Por lo demas no os faltarán lugares y soledades donde poder huir... « En verdad os digo, no acabareis de instruir las ciudades de Israel antes que el hijo del hombre... » Nuestro Señor habla aquí sin duda de la terrible venganza que debe tomar presto de la infidelidad de los Judíos, destruyendo con las armas de los Romanos su nacion. Pero tambien nos anuncia el rigor de su último juicio contra aquellos que no habrán sido santificados por su Evangelio, y no se habrán puesto en salvo de las saetas de su cólera.

Cuarta. *Una confianza filial en Dios.* — « Y cuando os entregaren no penseis cómo ó qué habeis de hablar, porque en aquella hora se os dará lo que habeis de decir; porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros... » En virtud de esta confianza, y por el efecto de esta promesa se han visto esclavos, hombres sin letras, tiernas vírgenes, y jóvenes de poca edad confundir los tiranos con la sabiduría de sus respuestas y reducirlos al silencio y á la desesperacion.

Quinta. *Una constancia imperterrita.* — « Porque

el que perseverará hasta el fin se salvará... » No basta haber trabajado mucho : nada se ha hecho sino se persevera hasta el fin, hasta la muerte. Sin esta perseverancia final no hay corona, no hay recompensa, no hay que esperar la salud.

Sexta. *Un corage intrépido.* — « No tengais miedo de ellos, porque nada hay escondido que no se haya de revelar ; y ninguna cosa hay oculta que no se haya de saber... » Esta máxima es verdadera en el uso comun de la vida ; *presto ó tarde se descubre todo :* no hagais, pues, cosa alguna de que podais despues avergonzaros si se llega á saber. No temais las calumnias de los malos : serán descubiertas sus conjuras, y vosotros sereis justificados : esta máxima es tambien universal relativamente al juicio final... En aquel dia todo se revelará ; todo será descubierto. Reflexionad en todo aquello que pensais, en todo lo que haceis, en todo lo que sufrís... Esta máxima general la aplica nuestro Señor aquí á su doctrina... Decid en medio del dia lo que yo os digo al oscuro ; y predicad sobre los techos lo que se os ha dicho al oido... Inaccesibles al temor, manifestad en dia claro y publicad sobre todos los techos lo que yo os he enseñado en los discursos particulares ; y por decirlo así en las tinieblas y á la oreja... La predicacion de la verdadera religion debe ser pública, luminosa, intrépida : se debe sostener delante de los tribunales de los jueces, al pie del trono de los Reyes, y sobre los palcos : se debe hacer oir á los Judíos y á los Gentiles; á los Griegos

y á los bárbaros hasta los fines y extremidad de la tierra, hasta la consumacion de los siglos, hasta que venga el mismo Hijo del hombre, el autor de esta santa religion á juzgar el universo; á recompensar sus siervos y á castigar los pecadores.

PUNTO III.

De los motivos de sostener la persecucion.

La causa por que se sufre... « Sereis llevados por mi causa delante de los presidentes... y sereis aborrecidos de todos por mi nombre... »

Por Dios se pueden sufrir todas las aflicciones de la vida, porque vienen de su providencia á que debemos someternos con resignacion, y este motivo es capaz de endulzar las mayores penas; pero cuando la causa inmediata de nuestros sufrimientos es sola nuestra consagracion á su servicio y la profesion abierta que hacemos de estar unidos á la religion y á su Iglesia: entonces sí, que verdaderamente sufrimos por Jesucristo y por la gloria de su nombre. Ahora, pues, ¿qué felicidad, qué gloria, qué dulzura sufrir por Jesucristo? Esto es lo que hacia triunfar á los Apóstoles cuando despues de haber sido azotados, apaleados y maltratados con injurias, salian de los tribunales llenos de júbilo y de alegría, porque habian sido estimados, dignos de sufrir alguna cosa por el nombre de Jesus.

Segundo. *El efecto del sufrimiento.* — « Por darme testimonio delante de ellos y de los Gentiles...» El primer efecto de los sufrimientos es la salvacion del prójimo. La sabiduría de Dios ha sabido sacar el bien del mal... ¿Cuántos Gentiles y aun cuántos verdugos ha convertido la sangre de los mártires? Las persecuciones que la Iglesia ha padecido nos dan aun hoy testimonio, y son para nosotros una prueba de la verdad de nuestra religion.

El segundo efecto de los sufrimientos es nuestra propia salvacion... « El que perseverará hasta el fin se salvará... » ¿A un tal precio se nos hará aun alguna cosa dificil? ¿Qué cosa son todas las penas de esta vida, persecuciones, tormentos, ultrages, desgracias, enfermedades, penitencias, mortificaciones? ¿qué cosa es todo esto en comparacion de la salvacion? Todo esto es nada, y la salvacion es una gloria y una felicidad infinita: todo esto durará solo un instante, y la salvacion es una felicidad completa y eterna. Animo, pues, alma mia; suframos todavía un momento, y entremos en el puerto, que será nuestra recompensa una gloria inmortal.

Tercero. *El ejemplo de Jesucristo.* — « No es el Discípulo mas que el Maestro, ni el siervo mas que su Señor; basta al Discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor... ¿Si han llamado Belcebub al padre de familias, cuánto mas á sus domésticos...? »

El ejemplo que nos debe animar y sostener en el

sufrimiento que debemos mirar, no solo como ligero, sino tambien como dulce y glorioso, es el ejemplo de Jesucristo. Él es nuestro Maestro, nosotros somos sus Discípulos, él es nuestro Señor, nosotros somos sus siervos: ¿si á él que es el padre de familia, llamaron Belcebub, y fue tratado de endemoniado, qué nombres queremos nosotros que nos den? ¿de qué injuria nos podemos ofender?

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí! Señor, Vos hablais á vuestros Discípulos solamente de las blasfemias que los Judíos se han atrevido á proferir contra Vos; ¿de qué valor y de qué esfuerzo se sentirán animados cuando habrán visto saciarse sobre vuestra santísima carne el furor y la rabia de los verdugos; cuando os habrán visto cubierto de vuestra sangre, harto de oprobios y por fin espirando en una cruz? ¿Quién podrá con esta memoria no desear sufrir, y no gloriarse de asemejarse á Vos? ¡Ah, qué importa que el Discípulo sea como el Maestro! ¿Y qué es lo que sufro yo por Vos en comparacion de lo que Vos habeis sufrido por mí? ¡Ay de mí! ¿Si la piedad, si la devocion, si la práctica del bien obrar, si vuestra santa religion me atraen alguna palabra de burla ó de desprecio, ó alguna mortificacion ligera, en vez de alegrarme y de radicarme siempre mas en el bien, no me dejo luego por ventura desconcertar, alterar,

y casi reducir á términos de ser perjuro? ¿Soy por ventura Cristiano? ¿Soy Discípulo vuestro, o Jesus mio? ¡Ah, divino Salvador! llenadme de vuestra misma fuerza y de vuestra adorable sabiduría: animadme con vuestro espíritu, y haced que esté siempre lleno de él. Amen.

MEDITACION LXXXVII.

CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES.

S. Mat., c. X, v. xxvii, xxxvi.

DE TRES OBLIGACIONES PARA CON DIOS.

Estas tres obligaciones son primero el temor de Dios. Segundo. La confianza en Dios. Tercero. La profesion de la fe en Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Del temor de Dios.

Lo primero. *Este temor es justo.* — « Y no temais aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: sino temed antes al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno... »

El temor es una especie de homenage que se ofrece á la persona que se teme. El temor de Dios, que es el principio y el fundamento de la sabidu-

ría y de la perfeccion, es un homenage que pagamos y ofrecemos á su divina sabiduría; porque conoce todas nuestras acciones; á su santidad que aborrece el pecado; á su justicia que lo condena, y á su potencia que lo castiga. No tenemos el temor de Dios cuando le ofendemos; cuando libremente hacemos lo que sabemos que le puede desagradar, y dejamos de hacer lo que sabemos que le debe agradar; cuando delante de él nos presentamos sin respeto, y le suplicamos sin atencion.—¿Puedo yo decir que tengo el temor de Dios, cuando con tanto atrevimiento lo ofendo de tantas maneras y en tantas ocasiones?

Lo segundo. *Este temor es superior á todo temor humano.* — No hay hombre mas intrépido que el que teme solo á Dios... ¿Qué tiene él que temer de los hombres...? El poder de estos se puede extender solamente sobre los cuerpos; y puede obrar solo por un momento: el cuerpo solo cae bajo de sus golpes: el alma vuela y se escapa de su furor. ¡Pero Dios! ¡Ah! Él es Señor del cuerpo y del alma, y tiene una eternidad para vengarse. ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces he temido mas los hombres que á Dios! No he estado amenazado de tormentos, ni de la muerte, y con todo eso he temido ser visto, ser conocido: he temido una palabra de burla, de afrenta y de desprecio: he temido discursos tenidos en mi ausencia, y aun otros muchos que no he sabido: no tengo aun el principio de la sabiduría; no tengo aun el temor de Dios.

PUNTO II.

De la confianza en Dios.

Esta confianza en el Señor está fundada sobre su infinita providencia, y sobre su infinita bondad...

Lo primero. *Sobre su providencia infinita.*—«¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto: y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre...?»

Esta es una verdad, sobre que nosotros no reflexionamos bastantemente; que bien meditada, seria para nosotros un manantial de paz y de tranquilidad. No: en toda la naturaleza, en lo físico y en lo moral, nada puede suceder sin que lo sepa, sin que lo ordene, ó lo permita el Criador. Tanto los mas pequeños accidentes, como los mas grandes, estan sujetos á su providencia. Así, como no seria Dios, si alguno de estos acaecimientos se pudiese escapar de su conocimiento; tampoco lo seria, si alguno de ellos pudiese suceder sin el orden de su voluntad. ¿Una verdad como esta sostenida por la autoridad de Jesucristo, no deberia hacernos gozar un profundo reposo en el Señor, á pesar de los vanos esfuerzos del mundo, por quitárnoslo? Cuanto mas simple es la comparacion de que se vale el Salvador, tanto es mas culpable nuestra desconfianza, y debe ser tanto mayor nuestra confusion.

Lo segundo. *Confianza en Dios fundada sobre su infinita bondad.*— « Pero los cabellos de vuestra cabeza estan todos contados. No temais pues, porque mejores sois vosotros que muchos pájaros. »

Dios regula la suerte de un pajarillo, y el hombre, que Dios ha criado á su imagen y semejanza, que ha destinado á ser participante de su felicidad, de su gloria, de la eternidad; el hombre de quien no solo él es Criador, sino tambien Padre, y que Jesucristo rescató con su sangre; el hombre ¿no será por ventura el objeto de su ternura y de las atenciones de su paterna Providencia? No temamos, pues, todos los cabellos de nuestra cabeza estan contados, y no caerá uno solo sin la permision de nuestro Padre celestial. No temamos la malicia de los hombres; los accidentes improvisos; la pérdida de los bienes; el dolor de las enfermedades; ni aun la misma muerte. Reposemos con tranquilidad en el seno de la Providencia de un Dios que es nuestro Padre: recibamos de su mano todo lo que permita que nos suceda, y estemos seguros de que proporcionará sus socorros á nuestras necesidades, y su recompensa á nuestra fidelidad.

PUNTO III.

De la profesion de la fe.

Jesucristo nos enseña primero cuál será el efecto de esta profesion en el otro mundo; segundo cuál será tambien en este.

Lo primero. *¿Cuál será su efecto en el otro mundo?*—«Por tanto cualquiera que me confesare delante de los hombres, yo tambien lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negará delante de los hombres, yo le negaré tambien delante de mi Padre que está en los cielos...»

Confesar á Jesucristo es declararse abiertamente por él, y hacer profesion manifiesta de ser del número de sus discípulos, de creer las verdades que nos ha revelado, y de ser sumisos y obedientes á su Iglesia: es practicar fielmente sus preceptos, seguir sus máximas, y cumplir todas las obligaciones de la religion sin respeto humano: es sostener y defender la causa de Jesucristo contra los que la asaltan; defender su fe, su doctrina y sus siervos; y oponerse, segun las propias fuerzas, á las calumnias que se esparcen contra su religion, y á las persecuciones que se le quisiesen suscitar... Faltar á estas obligaciones es negar á Jesucristo y avergonzarse de él. — Examinémonos sobre todos estos puntos; y consideremos las consecuencias. Aque-

llos que delante de los hombres se habrán declarado por Jesucristo, tendrán la aprobacion de Jesucristo: él se declarará á su favor en el cielo; y los reconocerá por sus discípulos, por sus amigos y por sus hermanos y por sus compañeros en la heredad... Al contrario, Jesucristo no conocerá á aquellos que no habrán tenido valor para declararse en su favor: los negará y los desechará como que no son suyos, y como que no tienen derecho á su herencia, porque no han querido participar de sus afrentas... ¡Qué felicidad para los unos! ¡Qué anatema para los otros!... ¿Y delante de quién hará Jesucristo este juicio? Delante de su Padre que está en los cielos. ¡Ay de mí! ¿Dónde estarán entonces los hombres? ¿Dónde estará entonces su poder? ¿Dónde estarán sus amenazas y sus promesas? ¿Y despues que Jesucristo se habrá declarado así por los unos, y habrá negado á los otros, qué se seguirá? Los primeros teniendo á Jesucristo por mediador, serán admitidos por el Padre celestial en el reino de los cielos para reinar para siempre: los segundos negados, desechados y reprobados por el Hijo, sin apoyo y sin defensa, caerán en el abismo para arder eternamente con los demonios.

Lo segundo. *¿Cuál será el efecto de nuestra profesion de fe tambien en este mundo?*— Será una guerra continuada y eterna entre la carne y el espíritu; entre los esclavos del mundo y los adoradores de Jesucristo; guerra, de que debemos estar advertidos para estar siempre prontos; para tenernos en

ejercicio, para combatir, y para no quedar sorprendidos, si esta guerra fuese cruel, larga y obstinada. « No penseis, dice Jesucristo, que he venido á poner paz sobre la tierra ; no he venido á poner paz sino espada ; porque he venido á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra. Y enemigos del hombre los propios domésticos... »

Jesucristo es el Dios de la paz ; él la ha traido á los hombres: está en mano de los hombres el gozarla. Paz celestial, por la cual si quieren aceptarla, estan reconciliados con Dios que les perdona sus pecados ; consigo mismos, gozando el reposo de una buena conciencia ; y con los otros hombres, á quienes desean todo bien. Pero como muchos entre los hombres no querrán esta paz, antes si perturbarla, y quitarla á los discípulos de Jesucristo, contra estos y á estos ha venido Jesucristo á traer la guerra : guerra espiritual, para la que desde la infancia es necesario estar armados, y para la que se debe emplear valerosamente toda la vida, y solo desistir en la muerte : guerra que debe separar y romper los vínculos de la naturaleza, y cortar todos los nudos que nos detuviesen en el pecado ó en el error, y que se opusiesen á la voluntad de Dios, y á nuestra salvacion. El mundo no conoce esta guerra ; todo le parece bueno, con tal que no le inquieten en el goce de los bienes terrenos. La heregía no conoce esta guerra: todas las sectas se han unido desde que á este precio pueden gozar la paz

de la tierra ; y si la heregía, por sostenerse hace la guerra, sus armas son materiales y mortales, desterradas por Jesucristo, y no las espirituales que él ha traido sobre la tierra. Finalmente el hombre perezoso no conoce esta guerra; no hace uso de las armas ; se deja ganar por los halagos; arrastrar de la concupiscencia, y corromper de su misma flojedad ; y no comprende que sus mas peligrosos enemigos, de los que él mas debe desconfiar y separarse cuando son de evidente obstáculo á su propia salvacion y perfeccion, son aquellos con quienes tiene mas estrechos vínculos, y con quienes habita.

Peticion y coloquio.

Hacedme, o Dios mio, aborrecer todos los vínculos que me pudieren separar de Vos, y amar aquellos que vienen de vuestra mano. El temor que tendré será de temer demasiado á los hombres que son tan débiles, y de no temeros á Vos, o Señor; á Vos, que solo podeis perderme ó salvarme, y que ciertamente me salvareis, si me uno solo á Vos. ¿O hombres débiles y mortales como yo ! ¿qué tengo que esperar ó qué temer de vosotros? Desprecio igualmente vuestros bienes y vuestros males, vuestro favor y vuestra cólera; y me declaro públicamente por Jesucristo mi Salvador y mi Maestro. ¡Ah! Señor, haced que yo no esté penetrado de

otra cosa que de vuestro saludable temor ; que no conozca ni tema otro mal que el de ofenderos, ni otra desgracia que la de perderos. Estoy resuelto á ser aquí en la tierra vuestro discípulo, para que despues un dia me presenteis á vuestro Padre, como compañero vuestro en la herencia de la gloria. Amen.

MEDITACION LXXXVIII.

FIN DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES.

DEL AMOR DE JESUCRISTO.

S. Mat., c. X, v, xxxvii. xlii.

Nuestro Señor en este lugar da cuatro calidades al amor que desea de nosotros. Primera. Amor dominante. Segunda. Amor crucificante. Tercera. Amor vivificante. Cuarta. Amor celante.

PUNTO PRIMERO.

Amor dominante.

Amor que quiere la preferencia, y á que se debe sacrificar cualquiera otro amor... « El que ama á padre ó á madre mas que á mí, no es digno de mí: y el que ama á hijo ó á hija mas que á mí, no es digno de mí. »

Lo mismo se debe decir de cualquier otro amor... Examinemos aquí nuestro corazon, y confrontemos con esta regla nuestros afectos. Ama-

mos á una persona mas que á Jesucristo, si no estamos dispuestos á separarnos de ella por amor de Jesucristo; si el amor de esta persona debilita, disminuye, contradice ó contrapesa al amor de Jesucristo; si nos distrae, y nos aleja del amor de Jesucristo, y nos lo hace desagradable: *Este no es digno de mí*, dice el Salvador. No: Jesucristo quiere un amor noble y generoso, que nos eleve sobre todo lo criado: él se lo merece, porque es infinitamente grande, y sobre todas las demas cosas; porque aunque es infinitamente grande, nos ama mas que cualquier otro pueda amarnos; porque nos ha hecho mas bien que cualquier otro pueda hacernos; porque puede y quiere hacernos felices; y él solo nos puede dar una felicidad sólida, infinita y eterna. *Aquel no es digno de mí*, dice Jesucristo; esto es, no es digno de tenerme por mediador y por Salvador; sino por Juez y por vengador.

PUNTO II.

Amor crucificante.

Amor que nos presenta solo cruces; y por el que conviene sufrirlo todo... « Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí... »

Tomar la propia cruz es aceptar de buena voluntad todas las penas de esta vida, de cualquiera

parte que vengan : sea de nuestra condicion y de nuestro estado; sea del curso ordinario de la naturaleza, como las enfermedades y las estaciones; sea de los accidentes improvisos, dirigidos por la providencia; ó de parte de los hombres por su malicia, ó por sus imperfecciones : y sufrir todo esto sin lamentarse, sin quejas, sin impaciencias; y añadir á todo esto cruces voluntarias, privaciones de ciertas cosas, penitencias y mortificaciones. Ahora pues ¿quién puede hacer todo esto, sino el amor?

Seguir á Jesucristo es sufrir por él y como él... con las mismas virtudes, y por el mismo fin que él tuvo : y uniendo nuestras cruces con la suya, de la que todas las nuestras traen su precio. Quien no lo hace, *no es digno de mí*, dice el Salvador. No : Jesucristo quiere almas nobles y corazones generosos, y esta es la prueba á que los pone. Es propio de un corazon vil no querer sufrir cosa alguna, aun á la vista de su Rey, y viendo que el mismo Rey sale al encuentro á todos los peligros, aguanta todos los trabajos; se expone á todo, y lo sufre todo. ¡Ah! el no tener valor para seguirlo; el no querer participar de sus peligros y de sus fatigas; ¿cómo se ha de llamar una tal vileza? *Este no es digno de mí,* dice Jesucristo; no es digno de tenerme por cabeza y por Rey, ni de ser admitido en el número de mis soldados; ni de tener parte en mis victorias; ni de triunfar conmigo en el cielo, donde sola-

mente admitiré las almas nobles y generosas : este no merece otra cosa que el oprobio, justa porcion de las almas viles; y el castigo de que son dignos los desertores y los traidores.

PUNTO III.

Amor vivificante.

Amor, que pide nuestra vida para conservárnosla... « El que halle su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por mí, la encontrará... »

Conservar la propia vida en el sentido de Jesucristo, es buscar la seguridad de la propia persona, aunque sea con menoscabo de la propia fe, y de la propia inocencia : es seguir las pasiones con desprecio de la Ley de Dios : es procurarse los deleites y las diversiones con perjuicio de las propias obligaciones; es preferir la propia voluntad á la de Dios, y la propia libertad á la vocacion divina; es buscar en todas las cosas la propia estimacion; referirlo todo á sí mismo, á su amor propio, á su vanidad, á su comodidad, y reposar de este modo en sí mismo, como en su suma felicidad... ¡Oh, y cuán ciego y miserable es el que abraza un partido tan funesto! Esta vida que él ama con tanta pasion, y á que está tan apegado, la perderá para toda la eternidad, donde estará en una muerte continua, en una

privacion absoluta de todo bien, y en los suplicios horribles.—Pensemos bien esta verdad: Ojalá, que de esta manera llegase ella á hacernos amargos y desagradables nuestros placeres; y á conducirnos de nuevo á la verdadera sabiduría.

Perder la propia vida al presente, es morir antes que perder la fe ó la inocencia; es morir á las propias pasiones, á las inclinaciones viciosas, por atender á la santa observancia de la Ley de Dios; es morir á los placeres de los sentidos, á los frívolos divertimientos del mundo, por reducirse á la práctica de las propias obligaciones; es sepultar la propia vida en el retiro, en la oracion y en la penitencia: es referirlo todo á Dios; trabajar únicamente por él y por su gloria: es olvidarse enteramente de sí mismo. ¡Oh, y cuán feliz, y cuán sabio es el que abraza un partido tan ventajoso! Esta vida que parece que desprecia, y de que no hace caso alguno; esta vida, de que absolutamente no goza, sino que consume y extenua con las fatigas; esta vida, en una palabra, que pierde y sacrifica, la encontrará en la eternidad, donde gozará de Dios con una vida perfecta, y en las delicias inefables.— ¡Ah! pensemos sin cesar esta verdad; ella nos anime, nos sostenga y nos fortifique. ¡Ay de mí! ¿Cuando el buscarnos á nosotros mismos no fuese mas por su naturaleza, que un pecado venial; no seria siempre una ofensa hecha al amor, y por consiguiente una pérdida hecha por nuestra alma en

la eternidad...? ¡O Señor cuántas pérdidas hago yo todos los dias!

PUNTO IV.

Amor celante.

Amor que Jesucristo exige, aun de aquellos que no estan destinados al santo ministerio. «El que os recibe á vosotros me recibe á mí; y el que me recibe, recibe á aquel que me envia. El que recibe á un Profeta, en nombre de Profeta, recibirá la merced de Profeta; y el que recibirá á un justo en nombre de justo, tendrá la merced del justo: y todo el que diere de beber un vaso de agua fresca á uno de aquellos pequeñitos solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa... »

El cielo no es de tal suerte propio de los Apóstoles, y de los varones apostólicos, que no puedan tambien participar de él los otros, como tambien de sus recompensas. El que recibe en su casa un Apostol, recibe á Jesucristo. ¿Con qué júbilo, con qué atencion, con qué caridad debe recibirse? El que recibe un Ministro del Evangelio, no por cualquier motivo humano, sino como Ministro de Jesucristo, como Sacerdote, Predicador, Misionero, tendrá él mismo la recompensa de un Ministro del Evangelio. El que recibe un justo, no en calidad

de pariente, de ciudadano ó de amigo, sino porque es justo y amigo de Dios, tendrá él mismo la recompensa debida á un justo. ¿Promesas tan ventajosas, no deben por ventura animar á los ricos á emplear sus riquezas en obras de celo, en el alivio, y en la manutencion de aquellos que trabajan por la salvacion de las almas? Este celo es el que ha dado á la Iglesia aquellas rentas con que mantiene tantos Ministros útiles, el que ha fundado tantos santos institutos para la instruccion de los pueblos, y para el alivio de tantos miserables, el que ha dado fondos para misiones, para retiros, para escuelas, para hospitales... ¡Felices aquellos que aun hoy dia estan animados de este mismo celo! Es verdad que no todos estan en estado de dar pruebas de su celo con ser liberales; pero el amor da pruebas del suyo por medio de las cosas mas pequeñas, y hace que tengan su precio los mas mínimos servicios que hace. Dios ve el corazon, y el amor con que es amado: un vaso de agua dado á un Discípulo de Jesucristo, tendrá su recompensa: ¿quién jamas lo hubiera creido? Pero este Divino Salvador nos lo asegura por sí mismo con juramento. ¡O, y cuán dulce cosa es servir á un Señor tan liberal y tan benéfico! No sucede así cuando se sirve al mundo: ¿cuántos servicios no conocidos? ¿Y entre los conocidos, cuán pocos son los premiados? Antes bien, ¿qué recompensas se dan?

Peticion y Coloquio.

A Vos solo pertenece, o Salvador mio, que sois un buen Señor, pagar con un tal precio los mas pequeños servicios. Cuantos medios me sugeris vos para participar en alguna manera del honor del Apostolado, y para tener su mérito delante de vos, los emplearé, recibiendo vuestros Ministros, como vuestros Discípulos, cooperando á sus miras, y favoreciendo sus designios y sus trabajos, mil veces felicísimo por poder con esto dar pruebas de mi amor; pero esto es demasiadamente poco para mi corazon: en este momento mismo tomo la firme resolucion de llevar mi cruz, de cargármela por eleccion, ó por lo menos de aceptarla de buena voluntad, de seguiros, o Salvador mio; esto es, de unir mis penas á las vuestras, y de gloriarme de caminar constantemente sobre vuestras mismas pisadas: tales son mis resoluciones: sostenedlas, o Jesus mio, con vuestra gracia. ¡O corazon mio! Serias ciertamente indigno, vil y despreciable si rehusases copiar en tí estos caracteres del amor que de tí pide tu Criador. ¿Qué cosa amarás si no amas á Jesus? Amen.

MEDITACION LXXXIX.

MISION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

S. Mat., c. XI, v. 1. — S. Marc, c. VI, v. XII, XIII.—S. Luc, c. IX, v. VI.

Primero, cuál fue el lugar de su mision : segundo, cuáles fueron sus discursos : tercero, cuáles fueron sus obras.

PUNTO PRIMERO.

Del lugar de su mision.

Lo primero. *No fue su patria.* — «Y acaeció que cuando acabó Jesus de dar esta enseñanza á sus doce Apóstoles, partió de allí á enseñar y predicar en sus ciudades...»

Jesus con haber tomado por compañeros los doce Apóstoles, no habia pretendido eximirse del trabajo, y procurarse el descanso, sino apresurar la obra de Dios. Despues de haber acabado su discur-

so, y sus instrucciones sobre las obligaciones y empeños, sobre las fatigas y sobre los peligros, sobre el fruto y sobre el éxito, sobre los privilegios y sobre la corona del Apostolado, ordenó á sus Apóstoles que partiesen á practicarlas en las ciudades de la Galilea que les habia señalado; y partió tambien él á predicar en las ciudades del pais. —El mayor fruto no se coge en la patria: los intereses, los celos, las enemistades que se encuentran en las familias, los respetos que se tienen á los parientes, y las comodidades que nos procuran, los discursos de un pueblo que nos ha conocido desde la infancia, son muchas veces obstáculos grandes á los frutos del santo ministerio.

Lo segundo. *Tampoco fueron las grandes ciudades el lugar de su mision.* — « Y habiendo salido, iban girando de lugar en lugar, evangelizando y sanando por todas partes...»

Los lugares y las aldeas fueron su primer teatro: en estas poblaciones se distribuyeron los Apóstoles, despues de haber dejado á Jesucristo, y haberse dividido en seis partes, para anunciar el Evangelio, y ejercitar la potestad de los milagros que Jesucristo les habia comunicado. —El pueblo de la campaña es el objeto mas favorecido del verdadero celo, porque por una parte está mas desprovisto de instrucciones, y de otra es mas docil al Evangelio... De aquí estan desterradas las mas fuertes pasiones, y los delitos son aquí mas raros: son inocentes las ocupaciones, y muchas veces no necesitan mas que

de motivos para hacerse virtudes. ¡O y cuánto bien se puede hacer en las campañas por quien tiene un verdadero celo!

PUNTO III.

De sus discursos.

Los Apóstoles, á ejemplo de Jesucristo y de Juan Bautista, exhortaban los pueblos á la penitencia, anunciaban la venida del reino de Dios, y los terribles castigos de la divina cólera, que vendria sobre los Judíos incrédulos... «Y ellos fueron, y predicaban (á los hombres) que hiciesen penitencia...» Esto es lo que aun nos predica el Evangelio. Pretender salvarse sin penitencia, es contradecir á Jesucristo, á su Precursor, á sus Apóstoles y á su Iglesia. —Examinemos, pues, con la mayor atencion.

Lo primero. *Cómo la hacemos nosotros.* — Esto es, cómo recibimos las penas y las aflicciones de esta vida, que son una penitencia de necesidad: cómo practicamos las abstinencias y los ayunos de la Iglesia, que son una penitencia de precepto: cómo mortificamos nuestros sentidos, nuestros gustos y nuestra carne: qué uso hacemos de la austeridad de la oracion, de las vigilias, que son la penitencia voluntaria y exterior: cómo detestamos nuestros pecados: cómo los lloramos, si huimos las ocasiones, si pedimos perdon, si reprimimos los malos hábitos, que es en lo que consiste la penitencia in-

terior: cómo nos acusamos al Ministro de Jesucristo, con qué frecuencia, con qué sinceridad, con qué dolor, con qué deseo de corregirnos nos presentamos á pedirle la absolucion de nuestros pecados, que es en lo que consiste la penitencia como sacramento.

Lo segundo. *Cómo la predicamos nosotros á los demas.* — Esto es, cómo la hacemos practicar en nuestra familia, cómo enseñamos su necesidad á los que dependen de nosotros, cómo nos aprovechamos de las ocasiones de inspirarla, de exhortar y de animar á ella á aquellos con quienes tratamos: una palabra de un amigo, de un superior, de un hombre de autoridad dicha á tiempo y á propósito, seria á las veces mucho mas eficaz para la salvacion y conversion de un alma que los mas elocuentes discursos. ¡Ay de mí! Cuántas ocasiones perdemos de ejercitar un Apostolado, el cual por no ser tan brillante, no seria menos glorioso para Dios, ni menos util para el prójimo y para nosotros mismos!

PUNTO III.

De sus obras.

« Y echaban muchos demonios, y ungian con oleo á muchos enfermos, y sanaban... »

No por sí mismos ciertamente y sin motivos predicaban los Apóstoles la penitencia, y hacian estas uciones sobre los enfermos. Nuestro Señor seña-

lándoles lo uno y lo otro, tenia puestas las miras en lo futuro... Luego que llegó el tiempo determinado puso en ejecucion sus designios, elevando á la dignidad de sacramento la penitencia que habian predicado los Apóstoles, y la uncion de que se habian servido : nosotros llamamos esto último el sacramento de la Extrema-Uncion. — Dos consideraciones se ofrecen aquí á nuestra mente.

Primera. *Para el tiempo de la enfermedad.* — Observemos que esta santa uncion, que en las manos de los Apóstoles tenia la virtud milagrosa de sanar los enfermos, no la ha perdido ciertamente cuando ha sido elevada á un sacramento : es al contrario la primera que le atribuye el Apostol Santiago * : ella alivia al enfermo, lo sana tambien si es voluntad de Dios, le da las gracias necesarias para sufrir y padecer con resignacion ; y ademas, si se halla en él alguna reliquia del pecado, se la borra, y acaba de purificar su alma. — ¿ Cómo, pues, podremos nosotros hacer materia de temor y de espanto un sacramento tan saludable ? Pidamos á Dios la gracia de recibirlo dignamente en nuestra última enfermedad : temamos ser privados de él por nuestra culpa : seamos los primeros á pedirlo, y pongamos en él toda nuestra esperanza, como en un sacramento establecido por Jesucristo para nuestra santificacion... Con este mismo espíritu de fe, tengamos cuidado de procurarlo á los enfermos que vi-

* Epist. Cath., c. V, v. XIV.

sitemos, á nuestros parientes, á nuestros amigos, y á aquellos que viven en nuestra casa: dispongámolos á recibirlo bien, asegurémolos contra los terrores de la naturaleza, y animemos su confianza en las promesas de Jesucristo.

Segunda. *Para el tiempo de la sanidad.* — Consideremos que la manera de disponernos á recibir bien este sacramento es pensar en tiempo de la sanidad á lo que seguirá en la enfermedad cuando se nos administrará. ¿En qué estado estará entonces nuestro cuerpo? ¿Qué impresion le harán todos los objetos que lo habian lisongeado, que lo habian tentado, y que lo habian solicitado? ¿Qué uso querriamos entonces haber hecho de nuestros sentidos, que Dios nos habia dado solo para ayudarnos á servirlo? Hagamos, pues, ahora un santo uso: comencemos con pedir á Dios perdon de todos los pecados, que por medio de ellos hemos cometido: despues apartemos de ellos todo lo que los pueda corromper: pongámoles el freno de la ley de Dios: tengámolos finalmente esclavos en las cadenas de sus divinos preceptos; si queremos gozar la paz durante la vida, y la mas sólida consolacion á la hora de la muerte.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! No permitais, o Señor, que yo cierre los oidos á tantas voces que me predican la necesidad de hacer penitencia; y ya que una vida cristiana es una continuada penitencia, haced que mi vida sea penitente, para que sea santa, y me lleve á una bienaventurada eternidad. Amen.

MEDITACION XC.

RESUCITA JESUCRISTO EL HIJO DE UNA VIUDA DE NAIM.
S. Luc, c. VII, v. XI, XVII.

Meditemos primero, el encuentro de Jesucristo: segundo, lo que hace Jesucristo para resucitar el muerto: tercero, lo que hace el muerto resucitado: cuarto, la admiracion del pueblo.

PUNTO PRIMERO.

El encuentro de Jesucristo.

« Y sucedió despues que iba á una ciudad llamada Naim, y iban con él sus Discípulos, y una gran turba del pueblo; y cuando ya estaba vecino á la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, y esta era viuda, y gran número de personas de la ciudad la acompañaban... »

Lo primero. *Encuentro admirable.* —Encuentro de la vida y de la muerte, del consuelo y de la desolacion: de una parte Jesus acompañado de sus Discípulos, y seguido de una turba innumerable

del pueblo se acercaba á una de las puertas de la ciudad de Naim; de la otra una comitiva fúnebre salia con pompa por esta misma puerta para ir á dar sepultura fuera de los muros de la ciudad, segun el uso del pais, á un muerto que habia sido de gran consideracion, como se echaba de ver por el numeroso cortejo que lo acompañaba...Este encuentro no era ciertamente un efecto del caso, y sí de la providencia admirable de Dios, que queria hacer resplandecer la gloria de su Hijo, y que fuese conocido este amable y poderoso Salvador que nos ha dado.

Lo segundo. *Encuentro instructivo.*— Era un joven el que llevaban al sepulcro, un hijo único muerto en la flor de su edad, criado en el mundo entre los placeres, entre los honores, entre los bienes de fortuna, en las esperanzas del siglo, acompañado de un gran número de parientes, de amigos, de ciudadanos, todos en duelo, en afliccion, en lágrimas. — Este es el mundo en su verdadero punto de vista, y tal cual es necesario conocerlo para juzgar de él sanamente. ¡O mundo engañador! En vano ensalzas placeres, en vano haces pompa de tu lujo y de tus riquezas, en vano haces resonar por todas partes el entrépito de tus necias alegrías, y de tus magníficas fiestas: á pesar de tu necia vanidad te hallas obligado á mudar semblante, y á presentarnos escenas lúgubres que descubren lo caduco de tus glorias, tu miseria y tu nada... ¡Ah! Jóvenes, no os dejeis engañar: las mas veces que se muda escena

se hace por vosotros: por mas promesas que os haga el mundo no os puede asegurar la vida; y si se os quita esta, todo lo demas que puede hacer por vosotros es llevaros en pompa al lugar de vuestra sepultura, donde con vosotros quedarán sepultados vuestro nombre, vuestra memoria, vuestros proyectos y vuestras esperanzas.— ¡Ah! Unidos al vencedor de la muerte, seguid á Jesucristo, que solo puede libraros de la tumba; esto es, haceros pasar de una vida pacífica, y llena de una verdadera y sólida consolacion, á una vida bienaventurada y eterna.

Lo tercero. *Encuentro tierno.* — « Y habiéndola visto el Señor, movido de misericordia por ella... » La madre de este jóven seguia el cuerpo de su hijo: su desolacion era extrema, sus gritos y sus lágrimas enternecian todos los corazones. Habia ya perdido su marido, y perdiendo este hijo único, perdia todo lo que tenia mas apreciable y mas amado en el mundo: perdia su consuelo, su apoyo, su gloria y toda su felicidad... Jesus la ve en este estado de afliccion, y se movió á compasion... ¿Este Divino Salvador, que no ve infelices sin moverse á compasion de su triste suerte, podia no moverse en la crítica situacion de esta madre desolada? ¿No es él el Dios de las viudas, la consolacion de los afligidos? Recurramos, pues, á él en nuestras aflicciones... ¡Ah! ¿Si ha consolado á esta madre afligida que no lo conocia, que no esperaba de él algun alivio, y que no se lo pedia, se estará insensible á

nuestras lágrimas cuando imploremos su socorro, y se lo pidamos con instancia?

Lo cuarto. *Encuentro afortunado.* — Se adelantó Jesucristo hácia esta afligida madre, y acercándose á ella le dijo : *No llores.* — ¿Quién es, pues, este que puede usar un tal lenguage? ¿Quién es el que en una situacion tan dolorosa puede decir : *no llores?* ¡Ah! Vos solo, o Jesus mio, podeis hablar así, porque vos solo podeis enjugar el manantial de nuestras lágrimas, ó hacerlas correr con dulzura.— Afortunado el momento en que Jesus dice á un alma, *No llores :* ó le dice, llora únicamente por mí y tus lágrimas seran tu consolacion. ¡Ah! Si recurriésemos á Jesucristo en nuestras penas, él nos haria sentir en el fondo de nuestro corazon aquella palabra de consuelo, *no llores* : cesa de llorar, yo puedo reparar todas tus pérdidas, y las puedo convertir en tu bien : llora solo tus pecados, y las lágrimas que quieres derramar, sean lágrimas de penitencia, lágrimas de amor mio.

PUNTO II.

Lo que hace Jesus para resucitar el muerto.

« Y se acercó y tocó la tumba. Y los que lo llevaban se pararon, y dijo : Mocito, á tí digo, levántate... »

Lo primero. *Jesus se acercó.* — Así lo hace para la conversion de un pecador muerto á la gracia,

arrastrado de sus pasiones, y próximo á ser precipitado al infierno... A él se acerca con remordimientos que excita en su corazon, con las gracias interiores que lo solicitan á volver á la vida, con las luces que le vienen ó de un sermon que oyó, ó de un libro devoto que lee tal vez en el momento que menos esperaba: ¡afortunados momentos para quien sabe aprovecharse de ellos! ¿Cuántas veces Jesucristo se ha acercado á nosotros de este modo? Démosle pruebas de nuestro reconocimiento.

Lo segundo. *Jesus tocó la tumba, y los que la llevaban se pararon.*— La expectacion del pueblo fue sin duda grande, y podemos creer que fue agitado vivamente el corazon de la madre... Tal es la expectacion de los Santos de la tierra y del cielo, tal es la agitacion del corazon de la Iglesia, de esta tierna Madre, cuando Dios por un exceso de su misericordia toca la tumba de un pecador que parecia desesperado: esto es, cuando Dios extiende su mano sobre aquello que era la ocasion y la materia de su pecado, cuando para el curso de la disipacion y del desenfrenamiento, ó con la publicacion de una mision, de un jubileo, de unos santos ejercicios, ó de la solemnidad de una Pascua: cuando toca aquella carne rebelde con algun accidente, ó con alguna enfermedad: cuando hace desaparecer el esplendor de aquella belleza que deslumbraba: cuando permite que aquella reputacion que tenia escondidas ciertas prácticas vergonzosas, sea oscurecida con algunos rumores, ó destruida del todo con al-

guna pública infamia, que revela la maldad escondida: ó cuando echa por tierra aquellos proyectos de fortuna, ó con improvisos accidentes, ó con injusticias, ó con traiciones. — ¡O mano poderosa! ¡O golpes saludables que hacen parar el ímpetu de las pasiones: dan al pecador tiempo de entrar en sí mismo, y le suministran los mas poderosos motivos de volver á Dios!

Lo tercero. *Mando.* — Jovencito, á tí te digo: levántate... » Pecadores muertos á la gracia; ah! no cerreis los oidos de vuestro corazon á las voces de vuestro Salvador: levantaos, salid de ese estado de muerte: volved á la vida... Jóvenes, á vosotros en particular se endereza este precepto, aprended el medio de huir de la muerte... Justamente en la fresca edad de la juventud es mas conveniente, y es cosa mas feliz darse á Dios, consagrarse á su servicio; y abrazar el partido de la piedad... ¡O, cuántas buenas obras se pueden hacer! ¡Cuántos méritos se pueden adquirir! ¡Cuántas culpas se pueden evitar! ¡Ah! No espereis una edad mas avanzada: acaso no la vereis, ó acaso entonces la voz de Dios apenas se hará sentir, sino débilmente, y acaso entonces no la querreis vosotros oir. Lo cierto es que entonces encontrareis dificultades para vuestra conversion infinitamente mas grandes que en vuestra juventud, y acaso serán tales, que no tendreis valor para vencerlas; y aun cuando llegáseis á vencerlas, ¿qué dolor no tendreis entonces de haber pasado en los desórdenes el tiempo de vuestros

mejores años? ¡O! Rogad á Jesucristo que se acerque á vosotros, que os toque y que os mande.

PUNTO III.

Lo que hace el muerto resucitado.

« Y se sentó el que habia estado muerto, y empezó á hablar, y lo dió á su madre... »

Lo primero. *Se alzó, y se sentó.* — Apenas el muerto oyó la voz que lo llamaba, se levantó, y se sentó... ¡Cuál fue su sorpresa, cuando se vió en una tumba rodeado del pueblo, y que la llevaban al sepulcro! Tal debe ser el primer paso del pecador despues de haber oido la voz que lo llama á vida: debe alzar la cabeza, y sacarla del abismo en que está sumergido, y considerar el horrible estado en que se halla. ¡Ah! ¿Podrá ver sin estremecerse el peligro de su situacion, la vida que tiene, el camino que lleva, y el horrendo precipicio á donde lo conduce? ¡Ah! Es nada una tumba en comparacion del infierno.

Lo segundo. *Empezó á hablar.* — ¿Habria querido este joven volver á acostarse en la tumba, y de nuevo dormir el sueño de la muerte, y dejarse llevar al sepulcro? No, sin duda, y solo por librarse de esto comenzó á hablar... ¡Ah! ¿Por qué, pues, despues de haber comenzado á alzarse, y salir de aquel estado de tibieza y de pecado, de que entrevemos las funestas consecuencias, por

qué sofocar los pensamientos saludables que nos dan priesa para salir? ¿Por qué sumergirse de nuevo en el olvido de Dios, en el tumulto del mundo, y dejarse arrastrar de las malas inclinaciones que nos llevan al infierno? ¿Por qué no nos damos priesa á hablar, y á salir prontamente de un estado tan malo !

Habló. ¿Pero qué dijo? Esto no lo dicen; pero es verisimil que les dijese á los ministros del funeral que lo dejaran salir de la tumba, y que así anunciase su resurreccion. — Tal debe ser el lenguage de un pecador, que penetrado del horror de su estado, suspire el momento de salir. Debe hablar para despedir, y alejar de sí todo aquello que lo ha empeñado en la muerte del pecado, para descubrir á un Sacerdote sus resoluciones presentes, y sus pasados desórdenes: debe hablar para edificar al público con la modestia, con sus buenos discursos, y manifestar de este modo la verdad de su resurreccion.

Lo tercero. *Caminó.* — Aquellos que llevaban el cuerpo, habiendo oido la voz del resucitado, dejaron luego la tumba en tierra. Entonces el joven se puso en pie, y Jesus cogiéndolo por la mano, lo condujo, y lo entregó á su madre... O madre inconsolable, dinos, ¿con qué trasporte de afectos recibiste á este tu amado hijo, objeto de tus ternuras? ¡Ah! Me imagino veros á los dos postrados á los pies de vuestro Salvador con lágrimas movidas de un regocijo tan vivo para darle las pruebas mas

seguras de vuestro amor y de vuestro reconocimiento. — ¡O, dulces momentos aquellos en que un pecador convertido, guiado de los avisos de un sabio Director, como por la mano de Jesucristo es restituido vivo á la Iglesia su Madre, que ya lo habia llorado muerto, y admitido á la participacion de los divinos misterios! ¿Cuántas veces fue la sagrada mesa bañada de estas preciosas lágrimas que os hizo derramar una tierna devocion?

PUNTO IV.

Admiracion del pueblo.

Esta admiracion se dejó ver en su temor, en sus alabanzas y en sus discursos.

Lo primero. *En su temor.* — « Y entró en todos el temor... » A la vista de tantas maravillas entró en todos los corazones un religioso horror, y tuvo los concurrentes en un profundo silencio.—Revistámonos de los mismos sentimientos, y humillémonos profundamente por respeto delante de la magestad de Dios: adoremos en el silencio los estrepitosos prodigios de la potencia de nuestro Salvador y de nuestro Redentor.

Lo segundo. *En sus alabanzas.* — « Y glorificaban á Dios, diciendo: Un Profeta grande ha aparecido entre nosotros; y Dios ha visitado su pueblo... » La admiracion no pudo estar mucho tiempo

muda; se manifestó luego en acciones de gracias, y en una general aclamacion : cada uno alababa y bendecia á Dios, que se habia dignado de visitar su pueblo de Israel, que en sus dias habia enviado el grande Profeta, el Mesías prometido á sus Padres.—Unamos nuestras alabanzas y nuestros agradecimientos á los de este pueblo : detestemos la infidelidad de aquellos Judíos, y de aquellos obstinados incrédulos, que aun con unas señales tan manifiestas, no quieren reconocer á Jesucristo. ¡Ah! Recompensen á lo menos nuestras alabanzas sus desprecios, su indiferencia aumente nuestro amor y nuestro reconocimiento, su infidelidad acreciente nuestro fervor y el mérito de nuestra fe, y finalmente, nuestro fervor los edifique de modo que se conviertan.

Lo tercero. *En sus discursos.* — « Y de esto se esparció la fama por toda la Judea, y por toda la comarca... » Toda la Judea, y todos los paises circunvecinos resonaron de la fama de este milagro, y de las otras maravillas que con esta ocasion se contaban.—Por todas partes se hablaba, y ninguno se cansaba de discurrir... ¿ Y nosotros de qué discurrimos con los demas, y en qué nos entretenemos con nosotros mismos? ¡Ah! Jesucristo seria mucho mas conocido y mas amado, si mas frecuentemente lo hiciéramos nosotros materia de nuestras conversaciones, de nuestros discursos y de nuestras reflexiones.

Peticion y Coloquio.

¡O Jesus! Yo deseo daros gloria, y hacer que os conozcan no solo con mis discursos, y con mis sentimientos, sino tambien con mis acciones: conceded á la Iglesia afligida vuestra esposa y tierna madre mia, la conversion estable y perfecta de mi corazon, que ha sido hasta ahora por tantas veces la víctima y la presa de la muerte y del pecado. Haced que verdaderamente resucitado, no viva ya de otra cosa que de la gracia, para merecer la vida de la gloria. Amen.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE TERCER TOMO.

(El asterisco * indica el fin del capítulo.)

SAN MATEO.

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Páginas.
VII.	—	I, IV.	—	LXI.	—	1
	—	V, XIII.	—	LXII.	—	12
	—	XVIII, XXII.	—	LXIII.	—	20
	—	XXIII, XXVII.	—	LXIV.	—	29
	—	XXVIII, XXXII.	—	LXV.	—	39
	—	XXXIII, XXXIV.*	—	LXVI.	—	49
IX.	—	I, VIII.	—	LXVII.	—	57
	—	IX, XIII.	—	LXVIII.	—	69
	—	XIV, XV.	—	LXIX.	—	79
	—	XVI, XVII.	—	LXX.	—	87
	—	XVIII, XIX.	—	LXXI.	—	99
	—	XX, XXII.	—	LXXII.	—	107
	—	XXIII, XXIV.	—	LXXIV.	—	126
	—	XXV, XXVI.	—	LXXV.	—	133
	—	XXVII, XXXI.	—	LXXVI.	—	139
	—	XXXII, XXXIV.	—	LXXVII.	—	146

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Páginas.
	—	XXXV, XXXVIII.*	—	LXXVIII.	—	154
X.	—	I, IV.	—	LXXIX.	—	160
	—	V, XV.	—	LXXXIII.	—	203
	—	XVI, XXVII.	—	LXXXVI.	—	232
	—	XXVIII, XXXVI.	—	LXXXVII.	—	244
	—	XXXVII, XLII.*	—	LXXXVIII.	—	253
XI.	—	I.	—	LXXXIX.	—	261

(Los textos de San Marcos y de San Lucas estan por necesidad divididos, y puestos en este y en el tomo IV siguiente.)

SAN MARCOS.

I.	—	XL, XLV.*	—	LXI.	—	1
II.	—	I, XII.	—	LXVII.	—	57
	—	XIII, XVII.	—	LXVIII.	—	69
	—	XVIII, XX.	—	LXIX.	—	79
	—	XXI, XXII.	—	LXX.	—	87
III	—	XIII, XIX.	—	LXXIX.	—	160
	—	XX, XXX.*	—	LXXXIII.	—	173
IV.	—	XXV, XX.	—	LXIV.	—	29
V.	—	I, XIII.	—	LXV.	—	39
	—	XIV, XXI.	—	LXVI.	—	49
	—	XXII, XXIV.	—	LXXI.	—	99
	—	XXV, XXXIV.	—	LXXII.	—	107
	—	XXXV, XXXVI.	—	LXXIII.	—	119
	—	XXXVII, XXXIX.	—	LXXIV.	—	126
	—	XL, XLIII.*	—	LXXV.	—	133
VI.	—	VII, XI.	—	LXXXV.	—	222
	—	XII, XIII.	—	LXXXIX.	—	261

SAN LUCAS.

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Paginas.
V.	—	XII, XVI.	—	LXI.	—	1
	—	XVII, XXVI.	—	LXVII.	—	57
	—	XXVI, XXXII.	—	LXVIII.	—	69
	—	XXIII, XXXV.	—	LXIX.	—	79
	—	XXXVI, XXXIX.	—	LXX.	—	87
VI.	—	XII, XVI.	—	LXXIX.	—	160
	—	XVII, XXVI.	—	LXXX.	—	173
	—	XXVII, XXXVIII.	—	LXXXI.	—	185
	—	XXXIX, XLIX.	—	LXXXII.	—	194
VII.	—	I.	—	LXXXIII.	—	203
	—	II, X.	—	LXXXIV.	—	213
	—	XI, XVII.	—	XC.	=	268
VIII.	—	XXII, XXV.	—	LXIV.	—	29
	—	XXVI, XXXIII.	—	LXV.	—	39
	—	XXXIV, XL.	—	LXVI.	—	49
	—	XLI, XLII.	—	LXXI.	—	99
	—	XLIII. XLVIII.	—	LXXII.	—	107
	—	XLIX, L.	—	LXXIII.	—	119
	—	LI, LIII.	—	LXXIV.	—	126
	—	LIV, LVI.	—	LXXV.	—	133
IX.	—	I, V.	—	LXXXV.	—	222
	—	VI.	—	LXXXIX.	—	261

INDICE

DE LAS MEDITACIONES DE ESTE TERCER TOMO.

Páginas.

MEDITACION LXI. Jesucristo sana un leproso. 1

— LXII. Sana Jesus al criado de un Centurion. 12

— LXIII. Parte Jesus para embarcarse, y pasar á la otra parte del lago. 20

— LXIV. Tempestad calmada: peligros de la vida presente. 29

— LXV. De los endemoniados de Gerasa: figura de la impureza. 39

— LXVI. De lo que sucedió despues que el Señor libró los endemoniados de Gerasa. 49

— LXVII. Jesus sana un paralítico en presencia de los Fariseos. 57

— LXVIII. Vocacion de San Mateo. 69

— LXIX. Responde Jesucristo á las quejas de los Fariseos, y de los Discípulos de Juan Bautista. 79

— LXX. Jesucristo confirma su respuesta con tres comparaciones. 87

— LXXI. Súplica de Jairo. 99

— LXXII. Sanidad de la muger que tenia flujo de sangre. 107

Páginas.

MEDITACION LXXIII. Muerte de la hija de Jairo. 119
— LXXIV. Preparativos para el funeral de la hija de Jairo. 126
— LXXV. Resurreccion de la hija de Jairo. 133
— LXXVI. Da vista Jesus á dos ciegos. 139
— LXXVII. Sana un mudo poseido del Demonio. 146
— LXXVIII. Recorre Jesus las ciudades y las aldeas. 154
— LXXIX. Eleccion de los doce Apóstoles. 160
— LXXX. Sermon de Jesucristo en la llanura. 173
— LXXXI. Continuacion del sermon en la llanura : de la caridad con el próximo. 185
— LXXXII. Fin del sermon de la llanura. 194
— LXXXIII. Vuelve á entrar Jesus en Cafarnaun, y responde á las blasfemias de los Escribas. 203
— LXXXIV. Otra sanidad del criado de un Centurion. 213
— LXXXV. Instruccion de Jesucristo á sus Apóstoles para la primera mision. 222
— LXXXVI. De la instruccion de Jesucristo á sus Apóstoles : de la persecucion que deben esperar. 232
— LXXXVII. Continuacion de la instruccion de Jesucristo á sus Apóstoles : de tres obligaciones para con Dios. 244
— LXXXVIII. Fin de la instruccion de Jesucristo á sus Apóstoles : del amor de Jesucristo. 253
— LXXXIX. Mision de los doce Apóstoles. 261
— XC. Resucita Jesucristo el hijo de una viuda de Naim. 268

FIN DE LOS INDICES.

248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE
vol. 3